

OU

El corazón,
no
tiene **sexo**

Roberto Mira

**El corazón,
no
tiene SEXO**

Roberto Mira

El corazón, no tiene sexo

El corazón, no tiene sexo por Roberto Mira Fernández tiene una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported License.

Los permisos fuera del alcance de esta licencia deberán solicitarse a través de robertomirafernandez.jux.com

Editor: Roberto Mira



Autor: Roberto Mira

Diseño de portada: Francisco José Cotes

Depósito legal: A-309-2010

Impreso en España / Printed in Spain
Fotocomposición, Impresión y Encuadernación:
CEE Limencop, S.L.

<http://www.limencop.com>

correo: publicaciones.elche@limencop.com

correo: reprografia.elche@umh.es

Teléfono: 966658487 / 966658791 / 965903400 Ext. 2784



Este libro ha sido confeccionado por personal discapacitado

pertenciente al Centro Especial de Empleo Limencop.

A todos aquellos que estimularon
mi creatividad literaria,
entre los que te encuentras tú:
Mariví Serrano de Perales.

El autor.

El corazón,
no
tiene sexo

Roberto Mira

Otro domingo más

Con las últimas frases de la obra el telón bajó lentamente dándose paso a los aplausos, que los espectadores emitían en respuesta a la valía de todos los elementos que habían configurado la representación teatral: decorados, texto, interpretación, dirección,... Los actores, cuatro tan sólo, fueron saludando al público individualmente para terminar frente a los asistentes, perfectamente alineados, según lo usual. Al levantarse, Héctor se dio cuenta de que el zapato del pie derecho, que tanto le solía molestar, no estaba a su alcance. Debía hallarse debajo del asiento delantero. Esperó sentado hasta que los espectadores de su fila fueron saliendo hacia los distintos pasillos del patio de butacas. Se agachó, lo localizó y se lo calzó de nuevo. Comenzó a andar por el pasillo central observando a los asistentes, pero sin interés alguno. Estaba aún conmocionado por el desenlace de la representación teatral a la que acababa de asistir: había sido tan cruel como la vida, a veces, le había demostrado que podía ser con él en cuanto se lo propusiera. Cuando llegó al hall del teatro, la minoría de los que aún quedaban rezagados, buscaban ansiosos sus respectivas cajetillas de tabaco, pidiendo y ofreciendo fuego para encender, con avidez, el cigarrillo extraído al efecto.

-“¡Qué noche tan hermosa!”- pensó cuando se halló en

la calle - El cielo, estrellado rabiosamente; la luna, llena y una ligera brisa en la ciudad dormida. Reinaba el silencio. Las calles céntricas por las que andaba camino del aparcamiento, resultaban inmensas: sin transeúntes, sin coches, sin bullicio alguno. Los grandes almacenes parecían templos griegos, pero eso sí, de consumismo puro y duro. Los contenedores, repletos de basura, anunciaban a los trabajadores contratados por la empresa de limpieza que la semana comenzaba de nuevo. Buscó en los bolsillos de su chaqueta y en uno de ellos encontró el ticket del aparcamiento. Esperó en la ventanilla hasta que le tocó el turno y abonó la cantidad correspondiente. Bajó las escaleras hasta la segunda planta de sótanos y, dudando el lugar en donde había aparcado el automóvil, respiró tranquilo cuando lo descubrió al lado de un descapotable con matrícula francesa, cuya carrocería resultaba más atractiva si se la comparaba con la de su coche. Arrancó el motor, encendió las luces e instintivamente fue a conectar el CD, sin recaer que le había sido robado días antes.

Abriendo la puerta de su piso recordó que esa noche hacían el programa del que lo único que le interesaba era la presentadora y se dirigió, rápidamente, a encender el televisor, desaguando a continuación en el lavabo el líquido retenido durante la representación teatral: sangró.

-“Tengo que consultárselo al médico de cabecera a ver qué es lo que ocurre” - pensó - “Aunque lo que ocurra

será lo que tenga que ocurrir, evidentemente”.

Entró en su dormitorio, se descalzó, se quitó toda la ropa que llevaba, a excepción del “slip” y, sentándose en el sofá que había frente al televisor se dispuso a ver el programa, masturbándose, al poco rato, a la salud de su presentadora.

¿Que ha encontrado mi cartera?...

Llamaron al timbre y se despertó. Eran las nueve de la mañana. Se levantó, abrió la puerta a la asistenta que había olvidado, como casi siempre, sus llaves y se volvió a acostar sin poder conseguir conciliar de nuevo el sueño. Su mente se despejó poco a poco y permaneció en la cama, boca arriba, durante un largo rato recordando la obra de teatro que había visto la noche anterior.

--¡Sí, dígame! ¿De parte de quién?... ¡No, no está! Héctor, Don Héctor no está. No sé. Mejor de tres a cuatro, a la hora de comer. Sí, yo se lo diré, no se preocupe.

La asistenta colgó el teléfono al mismo tiempo que Héctor salía de su dormitorio con una bata de seda que le cubría su cuarentón cuerpo desnudo.

--¡Buenos días Aurora! ¿Quién ha llamado?...

--¡Buenos días Héctor! Ha sido un tal Antonio. Antonio no sé qué, del apellido no me acuerdo. Se le oía muy mal. De todas formas le he dicho que llame a las tres; de tres a cuatro que, seguramente, estaría ya en casa.

--Pues no será hoy.

--¿Y eso?...

--Hoy tenía previsto ir al geriátrico. Desde el viernes

no sé nada.

--¿Y qué quiere saber?... Cuando no le han llamado hasta hoy es que está todo bien. Buena gana tiene de mortificarse viendo a su madre así. Total ella no se entera.

--No estoy muy seguro. Nadie está seguro de que sea así y yo, por si acaso, prefiero visitarla. Me quedo más tranquilo.

--Lo que debería hacer es casarse. Yo, no sé por qué no se decide. Aquí solo, día tras día, en este piso tan grande; con tantas amigas que tiene,...

--¡No empieces!

--Perdone, pero usted ya sabe que soy muy clara y, aunque yo esté separada por culpa del borracho de mi marido, no dejo de reconocer que el mejor estado del hombre es el de casado y, con lo bien que se conserva, estoy segura que a más de una le gustaría que se lo propusiera.

--¿Has desayunado? ¿Te hago a ti otro café?

--¡No, gracias! Y no hablo más. He cogido la indirecta.

Héctor se dirigió a la cocina y observó a través de la ventana que daba al jardín, que el gris dominaba el paisaje. Puso la cafetera al fuego y cuando sonó el desagradable pitido, avisando que el café ya estaba hecho, se lo sirvió en la taza que había dispuesto a tal fin con unas

gotas de leche.

--Si llama alguien le dices que lo vuelvan a hacer en diez minutos. Voy a ducharme.

--De acuerdo - Héctor entró en el baño y se miró al espejo-.

--¡Qué cara! -pensó- ¡Qué ojeras! Nadie diría que la noche anterior hubiera ido sólo al teatro; por su aspecto, más bien parecía que adonde había estado era revolcándose entre el sexo y el alcohol. Templó el agua de la ducha y con la cabeza debajo de la alcachofa de la misma, dejó que el líquido se deslizara sobre su cuerpo erotizado junto con el orín caliente, que evacuaba sobre la bañera destapada. Con abundante “gel” cubrió su tórax distribuyéndolo sobre las axilas, nalgas, muslos y genitales y de repente, pensó en el tiempo que hacía que nadie había rozado ni tan siquiera su boca.

--“Demasiado tiempo” -se dijo con ironía – “No tanto -se contestó con amargura - si de tener contacto sexual se trata. Ahora, si a lo que te refieres es a lo de amar...”

Sí, efectivamente hacía mucho, demasiado, que no había gozado de esa maravillosa experiencia. Tiempo tendría. Cuarenta y dos años aún era una edad en la que se podía esperar algo más profundo que el simple hecho de follar por follar.

Sonó de nuevo el teléfono, pero esta vez Héctor salió a tiempo de contestar a la llamada.

--¿Cómo? ¿Qué dice? Sí, estuve. ¿Cómo lo sabe? ¿Mi cartera?... ¿Que ha encontrado mi cartera?... ¡No, no me había dado cuenta! Oiga, ¿quién es usted, qué quiere?... ¿Verme para devolvérmela?... Pues iba a salir en este momento precisamente. Tenía que hacer unas gestiones; pero claro, lo más urgente ahora para mí, es recoger mi documentación. ¿Le viene bien que nos veamos en media hora, en la cafetería Grecia?... ¿No la conoce? ¡Ah!, que no es de aquí. Bueno,... pues entonces nos podemos encontrar en la puerta del Banco de España. ¿Sabe dónde está?... Sí, efectivamente. Entonces así quedamos. De acuerdo.

Colgó el teléfono y de pronto, se dio cuenta de que el sujeto no le había dado ninguna contraseña para identificarlo, aunque estaba claro que con él no tendría el mismo problema: la foto del DNI, que obraba en la cartera, era reciente. Se dirigió a su dormitorio y cogiendo la ropa que había utilizado la noche anterior, a excepción de la camisa y la interior, se puso a buscar la billetera para asegurarse de que era cierto que la había perdido sin darse cuenta. Efectivamente, era evidente que la había extraviado y con ella las tarjetas de crédito y algún que otro billete de curso legal.

Se vistió con rapidez, estaba deseando terminar cuando

antes con la cita contraída, rescatar su cartera, su documentación personal, comunicar rápidamente a los Bancos la pérdida de las tarjetas. Después se marcharía al geriátrico. Cogió dinero de uno de los cajones de su escritorio y despidiéndose de la asistente hasta la semana siguiente se dirigió a la calle.

Así es. Soy la misma persona.

A pesar de la época en la que estaba, el frío aún no se hacía sentir. Prefirió no coger el automóvil y se dirigió andando con rapidez a la cita. Miró la esfera de su reloj de pulsera y las agujas marcaban las diez y media de la mañana: llegaba media hora más tarde de lo previsto.

Cuando por fin se encontró en la puerta del Banco, no halló a nadie que le diera la impresión de estar esperándolo. Transcurrieron unos cinco minutos. De la oficina bancaria vio salir a una joven con pantalón vaquero, camisa ancha y una chupa de cuero negro que contrastaba con el rapado pelo color de pollo que lucía.

--¡Hola! Eres Héctor, ¿verdad? Héctor Albear...

--¡Sí! -respondió aturdido – Así es como me llamo.

--Te estaba esperando. He entrado al Banco por si estabas dentro. Creía que ya no vendrías.

--Pero, ¿tú eres quien me ha llamado por teléfono?.. Quien ha encontrado mi billetera...

--Así es. Soy la misma persona.

--Perdona, pero por teléfono creía que se trataba de un hombre.

--No te preocupes. Lo entiendo. Estoy acostumbrada. Me llamo Julián, aunque como verás voy camino de convertirme en Julia.

Le extendió la mano para saludarle y Héctor, con cierto reparo, le correspondió. La mano, que sujetó tan sólo por unos instantes, le dio la sensación de que correspondía a una persona de delicada piel, que nada tenía que ver con la de un tío. Julia sacó de la mochila que llevaba colgada a su espalda la billetera de Héctor, y se la entregó.

--¡Toma, aquí la tienes! Está con todo.

--¿Todo?... – preguntó con cierta incredulidad-

--Bueno, con todo lo que tenía cuando me la encontré.

Héctor abrió nerviosamente el billetero y una vez comprobado su contenido descubrió con inmediatez que no le faltaba nada: estaban hasta las tarjetas de crédito, que tanto peligro representaba extravíar. A partir de ese instante Héctor, empezó a tranquilizarse, a relajarse, reprochándose mentalmente el haber sido tan desconfiado con la persona que la había encontrado al temer que pudiera tratarse de alguien que le querría devolver la cartera con los documentos personales y sin las tarjetas de crédito, aduciendo que era lo único que había en ella cuando la encontró y, obtener así, encima, una recompensa por el hallazgo.

--Te faltan sólo veinte euros. He tenido necesidad de ellos para pagar al taxista, que no llevaba cambio de cien. ¡Toma, el sobrante!

--No te preocupes. No tiene importancia. Si quieres podemos gastar lo que ha sobrado en un café. ¿Has desayunado?.

--Sí, en la pensión, pero por mí,...

--Entonces vamos a una cafetería que hay cerca de aquí que está de moda. Te gustará.

--¿Cuál, Grecia?...

--Sí, Grecia. ¿Lo recuerdas? Es distinta. Hace poco que la inauguraron.

Héctor guardó en el bolsillo interior de su chaqueta la cartera y respiró hondo. Calle abajo fueron hablando de cosas intrascendentes, de las que normalmente se suelen hablar cuando se carece de temas que tratar: del frío, del calor, ... en definitiva, del tiempo.

Llegaron a la cafetería que estaba en la acera de enfrente y al cruzar la calle, Héctor observó en la cristalera de la fachada la figura de su acompañante, de Julia. Era asombroso, nadie diría que aquello pudiera ser un macho, salvo por la voz. Él le abrió la puerta de cristal y le cedió la entrada al interior del local. Se sentaron en uno de los pocos veladores que estaban libres. Un aroma de

café y bollería inundaba el espacio de ambiente intimista, inusual en este tipo de negocios.

--¿No eres de aquí?.

--No. Vengo de la provincia. Tú sí que vives aquí ¿verdad?.

--Sí, desde que tenía seis años.

--Pues no sabes lo que es vivir en un pueblo aunque tenga playa. En invierno, por ejemplo, se pasa fatal. Bueno, aunque no me lo digas, me imagino que estarás extrañado con lo de mi voz.

--Un poco.

--Es que, aunque nací varón, por lo de los genitales, de mentalidad siempre fui una niña. Imagino que sabrás poco más o menos la problemática de los transexuales.

--Bueno, algo. Por reportajes de la Tele, artículos de prensa, espectáculos...

--¡Ah! pero nosotras no tenemos nada que ver con ellos. Nosotras repudiamos el sexo que tenemos y nos sentimos muy femeninas. No explotamos nuestra imagen de esa forma tan vulgar.

--No, no he querido ofenderte.

--¡Ya! Si yo comprendo que la sociedad nos quiera me-

ter a todos en el mismo saco – mariquitas, maricones, travestis, transexuales- pero hay una gran diferencia. Por cierto no sé a qué viene ahora hablarte de todo esto. Debe de ser un rollo para ti. Disculpa.

--No en absoluto, me interesa el tema. Tienes un cuerpo muy bonito.

--Mi sacrificio me está costando, no creas. Y ahora, por si fuera poco, aún me quedan dos intervenciones que me suben un pastón. Por eso he venido a la capital. Aquí tenéis a uno de los más importantes cirujanos de estética: Andrés Alvarado.

--Sí, he oído hablar de él.

--¿Lo conoces?...

--Personalmente no, pero por mi profesión he tenido contacto con gente a la que ha intervenido.

--¿En qué trabajas?.

--Soy Abogado matrimonialista.

--¡Huy!, pues qué chollo. Por lo menos el trabajo lo tenéis seguro, porque separaciones no faltan nunca. Yo, sin embargo, estoy deseando encontrar alguno y no veas lo que me cuesta. Menos mal que los fines de semana y los pocos días festivos que hay durante el año, trabajo en un pub que hay en el pueblo de al lado y, en verano, como

vienen turistas, saco unos euros limpiando por horas en los apartamentos; pero claro, sin asegurar, como te imaginarás.

Él, la estaba escuchando hablar y se asombraba de ver con qué naturalidad lo hacía. Parecía que se conocieran de toda la vida. Observaba cómo cogía la taza de café; con qué sensualidad, impropia de la mayoría de las mujeres de hoy en día, se había cruzado las piernas posicionándolas de forma paralelamente inclinadas. De no ser por el tono de voz, que resultaba un poco aguardentoso, nada hacía presumir que se hallaba delante de un hombre, bueno de un transexual. Héctor, aunque intentaba disimularlo, no podía evitar mirar los pechos de Julia, pero era prácticamente imposible saber el tamaño de los mismos; la chupa de cuero se los ocultaba y en ningún momento ella intentó hacer demostración de su existencia.

--¿Tienes algo que hacer esta mañana?.

--Sí, tengo cita a las doce, con el cirujano que me está tratando. ¿Por qué me lo preguntas?... ¿Qué hora es?. Se me ha parado el reloj.

--Las once y media.

--¡Pues me voy rápidamente, llego tarde!.

--Bueno, antes de que te vayas quiero agradecerte el fa-

vor que me has hecho devolviéndome la documentación.

--No tiene importancia. Otra en mi lugar hubiera hecho lo mismo. Los pobres, como dicen, somos gente honrada.

--Yo, quisiera compensarte de alguna forma las molestias que te has tomado y darte dinero, que era lo primero que había pensado; pero no me parece correcto después de conocerte un poco y, por otro lado, invitarte a comer,...

--Lo comprendo y no tienes por qué preocuparte. Si quieres, en otra ocasión, cuando venga a la ciudad te llamo y quedamos para tomar un café; bueno, si crees que eso no alterará tu vida conyugal; tampoco quiero que por mi culpa tengas que violentarte con tu mujer.

--No, por eso no te preocupes. No estoy casado. Me separé hace cinco años. Vivo solo.

--Pues sí que lo siento, porque vivir solo es bastante duro, cuando lo es contra la voluntad de uno, como me ocurre a mí.

--¿Vives solo?. Perdón, ¿sola?.

--Sí, mi madre murió hace catorce años y mi padrastro cuatro.

--¿No tienes hermanos?.

--No, sólo tengo una tía, hermana de mi madre y dos

primas, hijas de ella; pero viven en otro pueblo.

--¿No tienes amigos?.

--Para lo que te estarás imaginando más de uno. Pero para eso, no me interesan. Yo prefiero estar con gente que me aporte algo y, como la mayoría de los tíos para lo único que me quieren es para acostarse conmigo, por lo del morbo y yo lo sé, prefiero estar sola. Bueno, sola tampoco, con la compañía de Dios, como decía mi madre. ¡Toma! te doy mi dirección, por si se te ocurre ir algún día a mi pueblo, aunque no sé a qué, porque es aburridísimo salvo en verano. Y me voy, que no llego. ¿Puedo llamarte, no te molestará?.

--Si me molestara no te estaría dando mi tarjeta.

Se levantaron y Héctor retiró un poco el velador para que Julia pudiera salir cómodamente. Sin querer, una de sus manos, rozó la bragueta del pantalón de Julia percibiendo la existencia de un oprimido “paquete”. Dejó en el plato el importe de la consumición y salieron a la calle donde se despidieron con nerviosismo, ella, por la hora que era y él, porque al besarla en la mejilla, lo hizo con agrado: a pesar de su problemática sexual se sintió atraído por la fragilidad e inseguridad que ella emanaba. Evidentemente, después de aquel encuentro, Héctor optó por dejar para otro día la visita al geriátrico donde se hallaba ingresada su madre desde hacía casi dos años.

¡Data, data!

Cuando sonó el despertador volvió a la realidad con desgana. Estaba soñando. Héctor siempre soñaba, aunque no con la facultad de recordar lo soñado. En esta ocasión era distinto: Héctor, sin saber cómo, se hallaba entre los brazos de Julia aprisionado por unos exuberantes pechos, dejándose acariciar con los besos que ella le daba hasta llegar a ser penetrado bucalmente con la lengua. Héctor recordó que, en su juventud, tal ensoñación, le habría originado una eyaculación, sintiéndose forzado a cambiarse inmediatamente los calzoncillos humedecidos por el semen, para poder continuar durmiendo cómodamente. Ahora, a la edad con la que él contaba no tenía, para su desgracia, la problemática que acarrea la eyaculación pasiva propia del despertar a la vida, al sexo. Repasó los detalles del sueño que acababa de tener y, con cierta satisfacción, se dio cuenta de que los genitales no habían sido protagonistas en el mismo – los genitales de Julia, claro – recordando que la actividad sexual se había desarrollado únicamente de cintura para arriba. Deseó aprovechar la reacción momentánea de su pene para masturbarlo, pero su “machismo”, por más que lo intentaba, no le permitía pensar en Julia como mujer, sino como hombre y, por más que lo deseó, no llegó al “clímax” pretendido. Contrariado, saltó de la cama y se dirigió al lavabo: orinó y, de nuevo, evacuó el orín con

tintes de sangre.

Cuando hubo terminado de vestirse salió a la calle dirigiéndose al geriátrico con el objeto de visitar a su madre, a quien no veía desde hacía una semana. En el camino, se detuvo en una cafetería cercana al aparcamiento de su coche. Se tomó un café con leche en la barra y ojeó el periódico. En la página dedicada a la salud, venía un estudio sobre los avances de la cirugía plástica en cuanto a cambio de sexo. Inmediatamente pensó en Julia. Ella no se había hecho esa intervención, estaba claro y, sin duda, por el alto costo que ello representaba. Julia, según sus propias declaraciones, no era más que una pobre persona, que tenía que maravillárselas para poder subsistir honradamente. Sin explicación lógica para ello pensó en sus ojos, en su mirada y le recordó a la de un perro sin amo, por mucho que Julia intentara demostrarle que era de carácter alegre y autosuficiente.

Antes de traspasar el hall del geriátrico donde se hallaba su madre, Héctor respiró hondo, para afrontar el espectáculo que allí se contemplaba.

--Buenos días Don Héctor --le dijo María, la enfermera de turno--.

--¿Qué hay, cómo va todo por aquí?.

--Pues ya sabe, como de costumbre. Su madre está ahora en la terraza. La hemos sacado porque esta mañana da

gusto estar al sol y ella, aunque no se da cuenta, seguro que lo agradecerá, porque para calor artificial ya tiene el del resto del día.

--¿Qué tal ha comido esta semana?.

--Muy bien. No nos da qué hacer. Ayer el doctor le tomó la tensión y revisó el resultado de los análisis de sangre y dijo que estaba muy bien, para su edad.

--No, si de aspecto yo la veo bien, dentro de lo que cabe, pero lo de la pérdida de la memoria,...

--No se sabe qué es mejor, porque a veces una que la tiene, termina loca de tanto pensar.

--Me gusta y envidio la forma de entender la vida que tiene. Su carácter.

--¿Y qué le voy a hacer?... Aquí no te dan a elegir, así que, lo que te toque, o te lo tomas con resignación o te amargas más, por tenértelo que tomar a disgusto.

--¿Y su hijo, cómo va?.

--¿Cómo va?. Pues va. El paro no te lleva, te arrastra y así va mi hijo, arrastrado y arrastrándonos a todos.

--¿Pero no consiguió entrar en uno de esos cursos del INEM?.

--Sí, pero a los cuatro días se cansó. Dijo que él podía

encontrar trabajo solo, sin tanta tontería. Ya veremos por dónde salimos.

--Bueno, hay que confiar siempre; tener esperanza en que todo se va a resolver.

--Eso es lo que yo digo, si no, no podría ni querría seguir aguantando más.

--¡No hable así! Mire, mire a su alrededor. Todo está lleno de personas que han vivido o mal vivido, pero ¿a que a ninguno le apetece tener que morirse?...

--No crea que, alguno de ellos, ya lo han intentado tomándose pastillas.

--¡No me diga! ¿Es posible?.

--Como se lo cuento. Mire, en concreto aquel hombre que ve sentado en el sofá, el de la derecha. Lo que le salvó fue que las pastillas que quitó del botiquín, para envenenarse, eran para el estreñimiento. Imagínese. Si nos descuidamos se nos muere, pero por la diarrea.

--Pues es extraño.

--No, qué va. Ahí donde lo ve, ese hombre ha sido muy influyente. Fue director de un Banco. Ganó mucho dinero. Es rico. Pero, hace cuatro años enviudó, se quedó solo y como la única hija que tiene vive en el extranjero,...

--¿Y cómo un hombre de esa cultura, se pudo confundir

de pastillas?.

--Porque apenas ve. Por lo de la albúmina. Un ojo lo tiene perdido y en el otro le han descubierto una catarata que no le pueden extirpar. Así que el pobre no me extraña que se confundiera de tubo de pastillas, con lo poco que ve y la depresión...

--Pues para no ver está muy pendiente de la televisión.

--El hombre es con lo único que se entretiene. No habla con nadie. Está como en otro mundo.

De pronto y por el pasillo se oyó gritar a una mujer a la que intentaban sujetar dos enfermeros, sin conseguirlo. La empleada que estaba hablando con Héctor, acudió rápidamente a ayudar a sus compañeros. La escena resultaba agresiva: una mujer de unos setenta años, levantándose las faldas del vestido y mostrando su sexo, se introducía uno de los dedos de su mano derecha en la vagina, gritando desaforadamente: “¡Que me violan, que me violan!” “¡Socorro, que me violan!”. Entre las tres personas pudieron reducirla y llevarla a su habitación. Uno de los enfermeros entró enseguida con los tranquilizantes adecuados para la crisis que, de vez en cuando, esta residente sufría.

Consternado por lo que acababa de ver, Héctor se dirigió a la terraza donde se hallaba, ajena a todo lo ocurrido, su madre. Sus ojos se iluminaron cuando Héctor, una vez

que la besó, le acarició el rostro.

--¿Cómo estás mamá?

-¡Data, data!- contestó-.

--¡Guapa, guapa, sí: muy guapa!.

Héctor mentía, había sido guapa, pero no lo estaba ni por los años ni por la enfermedad que había hecho que sucumbiera esa belleza que para él siempre tuvo su madre. Ella extrajo del bolsillo de su bata un pequeño pañuelo blanco intentando limpiarse la mancha que creía tener sobre la pechera de la misma.

--A pesar de su enfermedad, mi madre sigue siendo maniática de la limpieza - se dijo -.

Le miró las orejas, el cuello y las uñas de las manos por si detectaba algún signo de suciedad.

-Perfecta. -dijo - Tengo que agradeceréselo a María.

-¡Hola, buenas! -saludó una de las residentes dirigiéndose a Héctor - ¡Qué bien que está su madre!, ¿verdad?... Ayer vino mi sobrino a verme, y eso que era día de trabajo. Él también me quiere mucho y yo, como es el que más viene, pues le encargo siempre que me traiga algo de dinero de la Caja. Claro, como le tengo autorizado para que lo saque de la libreta, porque yo no entiendo de números. Su mujer no viene casi nunca, aunque no me

importa. Yo no la quiero, no la quise nunca. Por culpa de ella estoy aquí, porque ella fue la que se negó a tenerme en su casa, después de que me convenciera para vender el piso. La esposa de usted, tampoco la quiere ¿verdad?...

--¿A quién?.

--A su madre.

--¡No, no es eso, es que ella está trabajando!.

--¡Ya,... como la mujer de mi sobrino!.

La interlocutora se dio media vuelta y se metió en el salón refunfuñando unas palabras ininteligibles, pero propias de quien se cree descaradamente engañado.

-¡Menos mal! -pensó Héctor- Creía que no se iba a ir nunca. ¡Mamá, que sola está la gente! Gracias que no te enteras, aunque tú sola no has estado más que en los dos últimos años de mi matrimonio cuando, mi mujer y yo, empezamos a ir mal. Creo que te está dando demasiado sol en la cabeza. Voy a entrarte al salón.

Héctor cogió la silla de ruedas y la llevó hacia el salón donde estaba la televisión, pero hacia el rincón donde menos gente había sentada, porque el sonido era casi imperceptible – total a su madre poco le importaba, no se enteraba de nada o, por lo menos, así lo creían todos, menos Héctor que, lo que más temía era que no fuera del todo cierto y que tuviera algún ramalazo de cordura que

le hiciera comprender en qué lugar se hallaba -. La besó en la frente sujetando su cabeza con las dos manos. La arrojó con la manta y se quedó estática, como una efigie o, más bien, como una marioneta inanimada.

--María, me marcho.

--Muy bien Don Héctor. Perdona lo de antes, pero no he tenido más remedio. Ya ha visto que casi podemos llevarla a la habitación.

--¿Cómo está?.

--Relajada. Le hemos dado los sedantes y hasta la próxima.

--¿Se repiten muy a menudo?.

--Sólo de cuando en cuando.

--¡Y se sabe el porqué de esa manía!.

--Dicen, no me haga caso, que se llevaba muy mal con su marido y que éste un buen día, la abandonó por otra con la que tenía un hijo y parece ser que, con todo ese disgusto, empezó a írsele la cabeza y ya ve,... La hija viene todas las semanas a verla.

--¡Ah! ¿Que tiene una hija?.

--Sí, soltera. Muy guapa. Pero claro, como tiene que trabajar y su madre está como está, no puede dejarla sola

en casa y no ha tenido más remedio que ingresarla aquí. Así que hijo, por donde mires ves, cada cuadro,...

--Tome, y gracias por cuidar a mi madre.

--Don Héctor, no sea así. Usted sabe que yo lo hago con todos los residentes y usted no tiene por qué agradecer algo que es mi obligación, mi trabajo.

--Ya lo sé, pero yo se lo agradezco; así que esto no es pagarle nada, esto es en agradecimiento al cariño con que la atiende, aunque ella desgraciadamente por su Alzheimer no lo valore.

María recogió el sobre que contenía cien euros y, asegurándose de que nadie lo viera, se lo guardó con rapidez en uno de los bolsillos del uniforme blanco que llevaba.

Cuando Héctor salió a la calle respiró hondo sintiéndose satisfecho, más que por la visita, por poder haber tranquilizado su conciencia, gracias a la misma.

Un poleo doble. Gracias.

--¡Dígame! ¡Hola Antonio! Perdona que no te haya llamado ayer. Sí, oí el mensaje que me dejaste en el contestador, pero chico fui a la peluquería, luego me encontré con unos compañeros de trabajo, nos fuimos a tomar unas copas y... ya sabes, terminamos después de comer, en un pub de carretera: lo de siempre. ¿Que si quedamos para cenar esta noche? Por mí, no hay problema. ¿Llamas tú para hacer la reserva o la hago yo? ¿Para cuántos?... ¿Para cuatro? ¿Quiénes vamos a ser? ¡Ah! dos amigas tuyas y nosotros. ¡Estupendo! ¿Oye, pero tragan o no? ¡Cojonudo! Me viene de puta madre, porque estoy a tope. Vale. Sí, en la “Parra Verde”. De acuerdo: a la diez allí. Conforme. Un abrazo. Sí, ya me contarás. Vale. ¡Hasta luego!.

Colgó el teléfono y se arrepintió de haber dicho que sí a la cena que había organizado Antonio: no le apetecía mucho. De todas formas esa noche de sábado quedarse en casa, viendo la televisión, después de haber visitado a su madre, le resultaba mucho más angustioso que soportar la conversación forzada que se mantenía en ese tipo de “encuentros”. Su estómago le avisó que era la hora de almorzar y prefirió salir a un restaurante cercano y evitar

tener que ponerse a cocinar. Ésa fue la excusa que se dio a sí mismo cuando, en realidad, la verdad era que la casa se le caía encima.

--¿Qué va a tomar?.

--¿Qué me recomienda?.

--Yo, le recomendaría, del “menú especial”, la ensalada de salmón marinado y el solomillo de ternera a las finas hierbas,...

--Bien, pues tráigame eso.

--¿De beber?.

--Agua. Agua sin gas, por favor.

--Muy bien. Buen provecho.

Como el restaurante estaba a tope, Héctor se había sentado, con mucho sentido común, en una mesa de dos que se hallaba pegada a una de las paredes del local, desde donde podía observar perfectamente al resto de los clientes. En la mesa de al lado se encontraba una joven pareja de novios, que no hacían más que hablar del precio de los pisos que habían visitado a través de una inmobiliaria. A poca distancia había una mesa con siete comensales: un matrimonio mayor, su hijo, la esposa, los dos niños pequeños, de unos tres a cinco años, aproximadamente, y una chica, que era también hija del matrimonio mayor

y que se esforzaba en no demostrar su avanzada soltería y su ansia por poder aniquilarla con un matrimonio, aunque el novio fuera poco recomendable para sus padres. Quién iba a pagar la comida, estaba claro: los abuelos. Quién dominaba el cotarro, también: la nuera, que no paraba de recriminar a su marido por no ayudarla a llamar la atención a sus mal educados hijos. Cerca de la ventana del restaurante y en otra de las mesas se hallaba un matrimonio de jubilados, que no cruzaban palabra, degustando los alimentos pausadamente, como si se tratara de un ritual que había que prolongar hasta que se hiciera la hora propicia del café. Por su actitud, era evidente que nadie les esperaba ni les echaba en falta, hallándose forzados a sobrellevar con dignidad una independencia desarraigada. En otra mesa para cuatro comensales se hallaba un matrimonio de mediana edad, es decir de la suya, cuarenta y tantos, con una hija de unos veinticinco años, con evidente grado de subnormalidad, a la que tenían que dar de comer, porque las extremidades superiores, para más “inri”, las tenía atrofiadas. Se intuía amor hacia esa hija en la que, seguramente, habrían sido volcadas todas las necesidades de amar del matrimonio, cuya duración, obviamente, estaba sufriendo el consecuente desgaste.

El resto de las mesas estaba ocupado por gentes que no daban juego a la observación de Héctor. Es decir, gente común, sin singularidad alguna.

--De postre, ¿qué le pongo al señor?.

--Un poleo doble. Gracias. ¡Ah! y, de paso, me trae la cuenta.

--Muy bien.

La mayoría de las mesas habían sido servidas y los clientes estaban de sobre la misma. El ambiente se hallaba cargado y las voces se oían como si fuera un gallinero repleto de lo propio. El alcohol estaba haciendo efecto en parte de los clientes del restaurante. Era la hora de la siesta y Héctor, cuando abonó la factura al camarero, salió deseando gozar de la suya.

¡Mucho gusto!

--Buenas noches señor. Ahí, a mano derecha, puede aparcar.

Héctor aparcó el coche. Otra vez hizo el gesto de apagar el CD como si lo tuviera y otra vez se dijo: “¡mierda!”.

El restaurante elegido para la cena era un antiguo chalet de planta baja con buhardilla, que había sido acondicionado sin ningún acierto. En el hall, se hallaba instalada una pequeña barra donde se atendía al cliente con la informatización adecuada a las necesidades del negocio.

--¡Hola! ¡Buenas noches! ¿El señor tiene reserva?

--Sí, a nombre de Héctor Albear.

--A ver, sí, aquí está. Mesa para cuatro, a las diez. ¿Han llegado todos?

--No, por lo que veo soy el primero.

--Pues si lo desea puede pasar al comedor. Le acompaño. ¿De acuerdo?.

Héctor entró en el comedor que estaba pintado de color salmón. La sillería “un quiero y no puedo”, entre isabelina y castellana, un bombazo de mezcla. La cristalería, discreta, sencilla. Las mesas, vestidas con manteles del

mismo color que el de las paredes con sobre manteles blancos y adornadas con un centro de flores secas a las que, por cómo olían, les debían haber echado ambientador con aroma de rosas, para dar un toque de distinción a lo que no lo tenía.

--¿Le apetece, entretanto, un aperitivo al caballero?.

--Sí, tráigame un Martini, blanco y seco, por favor.

Al instante le fue servida la bebida solicitada acompañada de unos hojaldres salados. A los diez minutos, cuando Héctor estaba ya impacientándose, entró en el restaurante su amigo Antonio acompañado de dos amigas: dos tías de unos treinta y pico de años, de belleza neutra, pero con unos buenos pechos y unos prominentes culos.

--Perdona Héctor la tardanza. La culpa ha sido mía. Te presento a Ino y a Macu.

--Mucho gusto -dijo Héctor levantándose cortésmente para saludarlas -.

--Encantada – contestó Ino –.

--Lo mismo digo – ratificó su amiga –.

Todos se aposentaron y, como la mesa era cuadrada, se distribuyeron frente por frente los varones y, del mismo modo, las féminas.

Durante la cena, que fue densa y copiosa, cargada de natas y mantequillas como correspondía a una cocina francesa, se mantuvo una conversación distendida, sin importancia ni trascendencia alguna, pero con los suficientes ingredientes, gastronómicamente hablando, como para sacar conclusiones suculentas. En definitiva, todos quedaron enterados de sus respectivas profesiones: Ino, enfermera de un gabinete psicológico atendido por un reducido equipo de profesionales, entre los cuales, y como Director, se hallaba, cómo no, un argentino que hacía maravillas con los últimos avances de la inexactitud de la ciencia, según les comentó. Inma, secretaria de administración de una empresa dedicada a la fabricación de piensos, sin respaldo multinacional, donde fraudulentamente se adquirirían cadáveres de toda clase de animales para su posterior reciclaje en productos de alimentación de la raza canina. Antonio era celador del Hospital general y él, Héctor, Abogado especializado en separaciones matrimoniales. El “pedigrí” económico-profesional se hallaba aclarado.

En cuanto al estado civil de todos ellos, resultaba que Héctor estaba divorciado y sin hijos; Antonio, casado y con dos; Ino, soltera, de forma figurada solamente e Inma, con la suficiente experiencia sexual, después de haber contraído dos matrimonios, sin hijos del primero del que se separó, y con dos del segundo del que enviudó. Bueno, pues ya sólo quedaba por saber el “hobby” de to-

dos y cada uno de ellos: a Ino, le encantaba la cerámica, la poesía, la música, etc,... A Inma, parte de lo anterior, pero aderezado además con lujo, mucho lujo. Le encantaba la naturaleza, vivir en el campo, en un gran chalet, por supuesto, con césped, piscina, a pocos metros de una autopista que la conectara de forma inmediata, con discotecas, pubs, bingos... y disfrutar a tope las horas nocturnas. A Antonio le gustaba la gastronomía, la televisión, la cerveza, pero eso sí, todo bien aderezado con grandes dosis de fútbol y a Héctor ¿qué le gustaba a Héctor?... ¿Decía la verdad o mentía, como de costumbre?. ¿Por qué no? Mentiría: le encantaban los toros, el deporte en general, el bingo y las discotecas. Aunque en realidad nada de todo esto le entusiasmaba, no le apetecía manifestar sus verdaderas debilidades: la lectura, el cine, el teatro, la música, el mar, la contemplación,.. Ahora sí que había quedado todo claro entre las dos parejas. Sólo habían obviado hablar de sexo, el que tanto se ansiaba practicar y degustar indiscriminadamente cuando la ocasión la pintaban calva y, del que estaba claro que en esa noche, como así ocurrió de madrugada en un motel de carretera, iban a quedar orgiásticamente satisfechos todos ellos.

Géminis, me llamo Géminis

--Buenos días ¿Por qué número va?.

--Por el dieciocho – le contestó uno de los pacientes que esperaban impacientes –.

Héctor tomó asiento en una de las sillas de plástico de color anaranjado que, de cuatro en cuatro, estaban unidas por la patas y que tanto proliferaban en las clínicas. La mayoría de los hombres que allí se encontraban se hallaban acompañados por sus respectivas esposas, aunque también se detectaba algún viudo o separado, como él.

Una enfermera abrió la puerta cuando salió uno de los enfermos a los que acababa de atender el doctor y leyó en voz alta la lista de los nombres que habían tomado el turno para la consulta de Urología.

Cuando hubo terminado, los pacientes, debidamente adiestrados, fueron entrando de uno en uno, según el orden preestablecido, hasta que le tocó el turno a Héctor.

--¿Héctor Albear Rico?.

--Sí señor.

--Siéntese – le indicó el doctor – Vino porque de vez en cuando orinaba sangre y tenía molestias en los riñones.

--Sí, aquí en el izquierdo.

--Bueno. En principio, a la vista de los resultados de las pruebas que le ordené que le efectuaran no veo nada especial que tratar, va a beber como mínimo tres litros de agua diarios. Nada de alcohol y café, ni tampoco picantes. Pienso que puede ser un poco de arenilla. Ahora vamos a ver cómo está la próstata. Desnúdese de cintura para abajo. ¡Agáchese! Perfecto.

Héctor salió de la consulta perplejo. Era la primera vez que le habían penetrado analmente, aunque afortunadamente sólo lo hubiera sido con el dedo corazón de la enguantada mano del urólogo.

Una vez dentro del coche se percató del buen día que hacía y de lo agradable de la temperatura y, sin pensárselo dos veces, arrancó el coche y se dirigió a una playa de nudistas que, en ocasiones, había frecuentado en verano. Cuando se desprendió de todas sus ropas y salió desnudo del automóvil que había aparcado a pocos metros de la orilla, tuvo la sensación de haberse quitado una pesada armadura. Extendió en la arena la estera que había extraído del maletero, echándose sobre ella. Su ego se sintió estimulado cuando, observando su cuerpo, comprobó que, sin llegar a ser musculoso, éste, conservaba la suficiente armonía como para no tener la necesidad de ocultarlo a las miradas de los extraños que por allí pululaban. Cuando sintió que su espalda ardía por los rayos

solares que había recibido, sin dudarlo, se metió en el agua. Buceó, nadó y contempló la orilla de la playa. Sólo había una pareja que estaba en la etapa de precalentamiento, un grupo de mujeres extranjeras tendidas al sol y cuatro o cinco hombres, más o menos jóvenes, paseando. Salió del agua lentamente, como un barco que arriba a su puerto, observando la maravilla del paisaje que tenía a su alrededor. Al llegar a la arena, un joven de unos treinta años le preguntó si podía darle un cigarro.

--Sí, lo tengo en el coche.

--No te molestes entonces. Gracias.

--No, no es ninguna molestia, de paso cojo otro para mí.

--¿Te acompaño?.

--¡Como quieras!.

--¿Vienes muy a menudo?.

--Sólo los fines de semana, aunque voy a intentar tener más tiempo libre y seguramente vendré entre semana. ¿Y tú?.

--Lo hago de tarde en tarde. Pero ahora, es una época en la que me encanta venir. No hay casi nadie y puedes pasear con libertad.

Llegaron al coche y antes de que encontrara el tabaco en

los bolsillos de su pantalón, Héctor abrió la puerta derecha del automóvil para que su acompañante se guareciera del viento que se había levantado y que, tan desagradable hacía hallarse desnudo. Al ir a coger el encendedor del salpicadero del coche para encender los cigarrillos, Héctor, sintió que le acariciaban con delicadeza uno de sus musculosos muslos. No hizo gesto alguno para evitarlo. El acompañante, con sus labios, le fue rozando el cuello con ternura hasta llegar al surco de su boca, que se abrió, como por resorte, para recibir los apasionados besos que fueron interrumpidos al vislumbrar a lo lejos el coche de la policía que hacía su ruta por la zona.

--¡Me marchó! No quiero que nos vean desnudos dentro del coche. ¿Vendrás mañana?

--No sé. Es posible. ¿Por qué?

--Porque me gustaría volver a verte.

--Quizá no deba. Estoy aturdido.

--Entonces vendrás. Te esperaré aunque tardes en hacerlo. ¡Ah! ¿De qué signo eres?

--Leo.

--Hasta pronto. No tardes.

--Pero, ¿por la mañana?

--O por la tarde, da igual. Me gusta pasear hasta que se

pone el sol. No lo olvides. Te esperaré.

--¿Cómo te llamas?.

--Géminis, me llamo Géminis.

Géminis se dirigió corriendo a la orilla de la playa. Héctor se puso sólo el pantalón y encendió uno de los cigarrillos que había sacado minutos antes de su cajetilla. Estaba contrariado. No reaccionaba. ¿Qué le había ocurrido? No lo podía creer. No por el hecho de haberse dejado besar por un hombre, que ya era, sino por la pasión y el morbo que había despertado en él.

--Héctor, lo que faltaba – se dijo – lo llevas claro. Eso debe de ser el hambre sexual que padeces últimamente y con el sol, el mar y el calor humano, se ha desencadenado lo que se ha desencadenado; pero bueno, no te preocupes, al fin y al cabo, todos en algún momento de nuestras vidas, estadísticamente, podemos ser bisexuales,...

Y diciéndose todo eso, dirigió su mirada hacia la orilla de la playa donde vio dibujarse la figura del joven por el que se había dejado besar, que levantaba su brazo derecho para llamar su atención y enviarle así un beso al aire.

--Es guapo. No. Es, cojonuda y singularmente bello – reconoció -.

Cuando Héctor llegó a su casa, lo primero que hizo fue quedar telefónicamente con una amiga con la que poder

deshogarse sexualmente y ratificar así, su hombría.

¿Y si te dijera que estás confundido?

Era un día de esos en que no tenía nada urgente que hacer, ni ganas de complicarse la vida haciéndolo. La noche anterior había sido recalcitrante: sexo y alcohol. Lo de siempre, pero sin morbo. Lo normal. Comprobó que aún eran las doce del mediodía y se acercó a la playa, antes de dirigirse al supermercado. Estando sentado en una de las pocas terrazas que habían abiertas como consecuencia de la época en la que se hallaba, se le acercó el camarero al que pidió le sirviera un té con limón. Miró al horizonte azul. La mañana era deslumbrante, mediterránea, tanto, que el sol al reflejarse en el mar hacía que éste pareciera de plata. De pronto, aquella imagen le trajo a la mente la última escena de “Muerte en Venecia” y el recuerdo de Géminis lo inundó todo. Apenas hacía veinticuatro horas, ese ser era un desconocido para él y, sin embargo, ahora le hacía añorar los instantes vividos en la anterior jornada. Sintió, que el recordarlos le erotizaba y que lejos de repelerle, le atraía. Pero Héctor no tenía intención alguna de volver a aquella playa de nudistas y, mucho menos, de provocar el encuentro con Géminis – le parecía absurdo todo aquello y, en el fondo, deseaba creerlo así; era preferible a correr el riesgo de llevarse la desilusión de que todo hubiese sido un malentendido y que lo único que se buscara de él, fuera una aventura vulgar, producto de la promiscuidad-.

Al levantarse para marchar situó adecuadamente sus genitales a la izquierda de la bragueta e intentó disimular la erección de su pene alargando el suéter que llevaba por fuera del pantalón. Anduvo durante unos minutos por el paseo de la playa ensimismado en sus interrogantes, cuando a sus espaldas alguien le dijo:

--¡Hola Leo! -el corazón le dio un vuelco, era él- Te he visto desde mi apartamento y he bajado para saludarte. Te noto contrariado. ¿Te ocurre algo?.

--No, nada en especial. Pensaba en mis cosas.

--Sabes,... estoy contento de poder volver a saludarte.

--Y yo también.

--Ayer cuando te dejé, lo hice con la sensación de que no te volvería a ver más.

--¿Por qué?.

--Por lo que ocurrió. Te pido disculpas. No sé cómo pudo suceder, pero no supe controlarme y te agradezco que reaccionaras como lo hiciste. Luego lo pensé: corrí el riesgo de que me hubieras echado a patadas del coche. Gracias por no hacerlo.

--Tampoco es eso. No puedo negarte que me quedé bloqueado y no tuve tiempo de reaccionar. Luego ya sí, pensé en volver a encontrarme contigo para aclararte que

te habías confundido, que no soy “gay”, que no soy un “voyeur” y que no me gusta que nadie se aproveche de mi educación y la confunda con la falta de hombría.

Héctor mentía, mentía descaradamente y lo peor era que él mismo se estaba dando cuenta de que su capacidad de persuasión resultaba nefasta: el tono prepotente que empleaba y el engolamiento de su voz le traicionaba y Géminis, no obstante, escuchaba y callaba crédulamente.

Héctor se percató de la inocencia de aquel ser, de la pureza que reflejaba su presencia: era, como un niño grande al que le habría gustado poder abrazar en aquellos instantes. Héctor se abstuvo, sintió reparo y continuó andando con su acompañante de forma acompasada y lenta.

--Estás molesto y lo comprendo. Ya te he dicho que me disculpas, pero quiero aclararte también, que no es usual en mí reaccionar como lo hice contigo. Es más, con nadie me había sucedido hasta ayer.

--¿Y por qué yo?

Héctor esperaba ansioso la respuesta. Sentía un cosquilleo en el estómago. Le estimulaba obtener la contestación que intuía.

--No puedo engañarte y no reconocer que estás físicamente muy bien, pero quizá lo que más me atrajo fue tu

mirada solitaria, como de alguien que tiene mucho por entregar y no ha encontrado aún a nadie merecedor de recibirlo.

Héctor se sintió incómodo, en esos instantes se sentía desnudo frente a Géminis, pero en esta ocasión de una forma más profunda. Su alma había sido descubierta por el acompañante sin licencia alguna y, seguir representando su papel resultaba inútil; era preferible aliarse con el invasor y obtener de él datos que ayudaran al invadido a conocerse un poco más.

--¿Y si te dijera que estás confundido? ¿Que tengo a cantidad de tías que están locas para quedar conmigo y, no digo ya para casarse?.

--Sí, me lo creería. No lo pongo en duda. Pero yo te hablo de otra cosa y tú lo sabes. Mira, yo estoy casado. Sí, no te asombres: hace dos años. Mi mujer es deliciosa, tiene todos los ingredientes para hacer feliz a un hombre; pero claro está, he dicho a un hombre y yo, a mi pesar, reconozco que no cumplo los requisitos necesarios para serlo con plenitud.

--Y ¿entonces?...

--Pues intento sobrellevarlo lo mejor que puedo. Mi mujer es consciente de lo que me ocurre. Yo la quiero; ella por igual. No desea romper lo nuestro, es más, me pide insistentemente que le dé un hijo.

--Pero ¿tú puedes?... quiero decir ¿no eres homosexual?.

--Sí, pero como uno no ejercita la promiscuidad y la carne es débil, con intimidad, delicadeza, paciencia y mucho, mucho amor, como el que ya te he dicho que me tiene, en una noche, después de frecuentar los pubs gays adonde me acompaña como una amiga más, se puede alcanzar el “clímax” con la luz apagada y la voz de Luís Miguel arrullándote con sus boleros.

--Pero, ¿por qué me cuentas a mí todo esto? Apenas me conoces.

--Seguramente por eso, porque apenas te conozco, pero te presiento.

--Y ¿adónde quieres ir a parar?.

--Me he perdido ¡Ah! Todo esto viene por lo de la soledad que adivino en ti. Puedes tener a mucha gente a la que le gustaría compartir contigo sexo, casa, coche, cuenta corriente, pero ¿te has llegado a preguntar si hay alguien a quien le gustaría compartir contigo, vida?...

Le jodió. Héctor se sintió jodido, porque aunque se esforzó rápidamente en encontrar a ese alguien en su mente, fue inútil. Nadie, seguramente nadie, estaría dispuesto a compartir su vida con él sin que mediaran, primordial y fundamentalmente, los intereses económicos.

--No sé adónde quieres llegar.

--Pues mira yo ya he llegado a mi apartamento. Está en este edificio, planta undécima, letra B. ¿Tienes móvil?
--Héctor mintió diciendo que no lo utilizaba --.

--¿Llevas bolígrafo?.

--¡Sí!.

--Pues toma nota de mi número de teléfono. Es un móvil. Me puedes llamar cuando te apetezca que tomemos un café y que charlemos.

--De acuerdo. ¡Dimel!.

Géminis le dio el número de su móvil y Héctor, nervioso, lo anotó en la tarjeta que le habían dado en un Restaurante.

--Anota también mi nombre: Gustavo Manrique Cerdán.

--El mío ya lo sabes. Toma, por si quieres llamarme.

Héctor entregó a Gustavo una tarjeta en donde figuraban los teléfonos fijos de su despacho y domicilio particular.

--Gracias y no, no te preocupes. No quiero perturbar tu intimidad; si te llamara, seguramente, te sentirías coartado.

--¡Hombre, tampoco es eso! tú también puedes llamar-

me, si te apetece.

--De momento es preferible que si nos tenemos que volver a ver sea por que tú así lo decidas. Yo no tengo problemas en ese sentido, aunque esté casado. Bueno Héctor, hasta que tú quieras.

Gustavo estrechó fuertemente la mano de Héctor, despidiéndose de él sin que le apeteciera tener que hacerlo y con el intenso deseo de que se volviera a producir un nuevo encuentro.

No. Perdona,... tengo ganas de vomitar.

--¿Qué te pongo?.

--Güisqui.

--¿Alguno en especial?.

--El que más rabia te dé. Me da igual.

Héctor estaba tenso, no sabía adónde dirigir la mirada. Se sentía observado. Miró a su derecha donde se hallaban dos putos con el pelo cortado casi al cero, vestidos con estrechas camisetas negras y pantalones que marcaban paquete. Estaban charlando sobre sus respectivas aventuras sexuales. A la izquierda y, en la pared, habían apostados unos cuantos jóvenes que, casi rozándose las braguetas, estaban gastándose bromas con los que iban desalojando la pista de baile. Sentía calor, seguramente porque se había puesto el suéter de cuello vuelto en lugar de camisa; pero no quería quitarse la chaqueta por no saber qué hacer con ella en las manos. Se pegó un buen trago de güisqui para enjuagarse la boca que tenía reseca. Miraba a una de las paredes del local y observaba las escenas porno que proyectaban unas vídeo cámaras instaladas: eran hombres perfectos, gladiadores de la antigua Roma que vencían y se sentían vencidos por el sexo, puro

y duro.

Al estar de pie sentía con más molestia la vejiga que demandaba evacuar, pero antes de tener que dirigirse al baño de aquel cutre local, Héctor consumió apresuradamente el contenido de su vaso, pagó la consumición y salió a la calle. A sus espaldas, oyó que alguien le chistaba, pero él no volvió la cabeza para saber quién le llamaba. De nuevo y más cercano, sonó el mismo chistido y, no pudiendo resistir la curiosidad, se dio la vuelta y descubrió a un joven que estaba a sus espaldas al que le preguntó acercándose:

--¿Es a mí?...

--¡Sí! Me llamo Juan. Te vi el otro día en la playa de nudistas. Tienes un BMW negro, de dos puertas ¿Verdad?.

--Sí – respondió – Yo no sé si te conozco, pero me parece que no tengo el gusto.

--¡Huy, qué educado! Eso ya no se lleva; pero te lo agradezco. ¿Te vas ya?.

--¡Sí!.

--¡Qué pena, ahora que vengo yo!... Me hubiera gustado haber llegado antes y haberte encontrado dentro. No vienes muy a menudo ¿verdad?. Eres nuevo, bueno, recién salido del armario, ¿A que sí?.

--¿Tú crees?.

--Sí, se te nota: estás nervioso porque te estoy abordando.

--No, lo que estoy es orinándome encima y no me apetece hacerlo ahí dentro. Disculpa voy a ese callejón, no puedo aguantar más.

Héctor se dirigió a un oscuro callejón que estaba al lado del pub y el joven, de una forma insolente, le siguió y observó cómo orinaba.

--¡Qué casualidad! Ya van dos veces que te he visto la polla: una de día, a pleno sol y otra de noche, en penumbra. Si quieres puedes hacer conmigo lo que te apetezca. Me van mogollón los tíos como tú que se las dan de duros ¿Tienes sitio adónde ir o prefieres que lo hagamos en el coche?... Aunque ya se sabe, donde esté una buena cama para disfrutar.

--¡Eh! ¿Qué hacéis maricones? Iros a mear a vuestra puta casa: ¡marranos! - alguien desde un balcón les increpaba y Héctor recogió con prontitud el mástil y salieron a la plazoleta donde se hallaba el pub que había abandonado minutos antes-.

--Bueno, entonces ¿Te hace, o no?.

--Otro día. Hoy no me encuentro en condiciones, he bebido mucho. Me siento mareado.

--Si temes que no se te empine, por lo de la bebida, no te preocupes. La suelo mamar muy bien y la tuya, por lo que he visto, se lo merece.

--No. Perdona,... tengo ganas de vomitar.

--Como quieras, otra vez será.

El joven, que no tendría más de veinte años, marchó frustradamente hacia el interior del local, adonde Héctor aún no se explicaba cómo había podido acudir. Al final de la calle desembocó en otra perpendicular que estaba atestada por las sillas y mesas de las distintas terrazas que los bares del lugar instalaban. La zona era de “movida”, sobre todo, los fines de semana.

Héctor se dirigió calle arriba entre la gente que iba en busca de lo mismo que él: ligar, aturdirse, emborracharse, inhibirse de los problemas, divertirse, ahogar su soledad fundamentalmente. Desistió, cansado de deambular calle arriba calle abajo, soportando tantos inoperantes tropezones. Optó por dirigirse a un pub irlandés. Le apetecía tomar un “té-whi”. Seguro que allí encontraría con quién hablar. Estaba a tope. Uno de los camareros que había detrás de la barra le conocía y, enseguida, le sirvió la consumición. Héctor miró a su alrededor y de una de las mesas le saludaron. Se trataba de dos amigos, uno de ellos compañero de profesión, sus respectivas esposas y Raquel, su ex mujer. Héctor no pudo eludir el saludo y

se dirigió a la mesa, en donde le fue presentado un tal Julián, actual compañero sentimental de su “ex”, la cual, según observó de reajo, iba vestida de forma exagerada, intentando demostrar, sin conseguirlo, que los años y la celulitis no habían hecho mella en ella.

--¿Qué tal, cómo estás?.

--Bien, ¿Y tú?.

--¡También!.

--¿Y eso, vosotros por aquí?.

--Acabamos de salir del cine y hemos pensado en acercarnos a tomar unas copas antes de entrar en la discoteca. Como es viernes, ya sabes: de marcha.

--¿Y tú?.

--¿Yo? He quedado también. Estoy esperando....

--¿Y tu madre?.

--Bien. ¿Y tus padres?.

--Mi madre bien, pero mi padre, regular. Le están haciendo pruebas. Parece ser que tiene algo de hígado.

--¡Vaya, lo siento!.

--Por cierto. He llamado varias veces a tu madre y no me contesta nadie.

--Pues habrá coincidido con alguna salida suya.

--¡Pero, si más de una vez la he llamado a partir de la diez de la noche!

--¡Ah! Pues eso es que estaría en mi casa. Ya sabes,... de vez en cuando la llevo para que me cocine algún plato de los que ella sabe y tanto me gustan.

--Como de costumbre: tan mimado por ella, como cuando estábamos casados. ¡No cambiarás nunca!

--Ni tú tampoco, por lo que veo.

Héctor mintió a Raquel. No le apetecía decirle la verdad: que su madre tenía Alzheimer y que estaba en un geriátrico privado. Se habría alegrado al enterarse de tal desgracia. Siempre le tuvo celos. Quizá ésa fuera una de las causas por las que tuvieron que separarse, ésa y el intento de suicidio de Raquel al enterarse de que él era estéril.

Charlaban animadamente sobre la problemática de la película que acababan de ver y Héctor, participaba en la conversación de una forma oficiosa, por cumplir educacionalmente hasta que, observó la entrada de una joven cogida en la cintura por un hombre alto que vestía camisa blanca, náuticos y pantalón vaquero que estallaba, más que por lo ajustado del modelo, por lo de las prietas carnes que tenía que contener el mismo. Héctor no pudo

evitar el mirarle con atracción y su sorpresa fue tremenda cuando se percató de que se trataba de él, de Gustavo.

Héctor no hizo nada para provocar el saludo y ladeó su cuerpo con la finalidad de poder seguir observándole, sin que le descubriera. La acompañante era de mediana estatura, con un anguloso rostro, de cuerpo delgado y armónico, sonrisa fresca y melena rubia, recogida a modo de cola de caballo con una cinta de terciopelo negro.

Héctor se levantó para ir al servicio que se hallaba, afortunadamente, al lado contrario de donde se encontraba Gustavo. En lugar de orinar en cualquiera de las letrinas comunes, prefirió encerrarse en uno de los departamentos donde se hallaban los retretes. Sentía que el corazón le palpitaba de una forma poco corriente y con estímulo inusual – como el que sueña que pase algo que desea, sin fuerza para provocarlo y con cobardía para evitarlo- Héctor, cuando hubo terminado de evacuar, abrió la puerta del departamento, y con la cabeza agachada, subiéndose la cremallera, tropezó con un cuerpo que intentaba entrar. Héctor se sintió arrastrado, empujado hacia el interior de una de las paredes del wáter sin saber cómo. El cuerpo del sujeto se abalanzó sobre el de Héctor. La puerta fue cerrada con la manivela. Héctor, todo él, se supo deseado con el fundido abrazo y la cascada de besos que depositó en su boca aquel ser que, irremediablemente encendió su deseo, cuando descubrió que se trataba del mismo Gustavo.

--¡Héctor te amo! ¡Te deseo! ¡Seré tuyo: decídetelo pronto! ¡Adiós!.

Gustavo salió rápidamente de los servicios. Héctor, apoyado sobre la pared del baño, no se atrevía a salir. Temía que sus amigos notaran que su respiración y su nerviosismo eran poco justificables. Pasados unos instantes llamaron a la puerta. Él, reaccionó, abandonó la estancia y salió al salón del pub. Observó al público que llenaba el local: Gustavo ya no estaba entre ellos. Se dirigió a la mesa, se disculpó y se despidió de sus amigos y “ex” fingiendo el tan socorrido dolor de cabeza.

Gustavo, dame tu mano

Percibió que su cuerpo estaba dolorido. Tuvo la sensación de haber estado dormido durante muchas horas con una mala postura. Cuando intentó mover los brazos tomó conciencia de que en uno de ellos le habían inyectado un gotero.

--No te preocupes, ya ha pasado todo.

--¿Dónde estoy?.

--Estás a nuestro cuidado. Has tenido un accidente. Ya estás fuera de peligro. ¿Notas mucho dolor?.

--Sólo me duele la cabeza.

--Es lógico: te hemos colocado cinco grapas, pero ahora con lo que te estamos inyectando notarás mejoría. Ahí afuera hay un amigo que no te ha dejado en toda la noche desde que le avisamos. ¿Quieres que entre?.

--Bueno.

La enfermera se dirigió a la sala de espera de la UCI y llamó al joven referido, a quien le hizo entrega del vestuario exigido para acceder a la zona. Sin mirar a ninguno de los restantes enfermos que estaban ingresados en

aquella gran sala, dividida por cortinas que pendían del techo, fue conducido a la cama donde se hallaba Héctor.

--¡Hola Héctor! ¿Cómo estás?.

--¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que has venido? – la voz apenas le salía de la garganta, en parte por el accidente sufrido y, muy mucho, por la emoción que tenía al volver a ver a Gustavo y en aquellas circunstancias.-

--¿Qué ha pasado?.

--Te encontraron anoche unos policías echado en la calle, inconsciente y desangrándote. Debiste caerte y abrirte una brecha en la cabeza. Perdiste mucha sangre.

--¿Y cómo es que te encuentras aquí? ¿Cómo te has enterado?

--Me llamó la policía. El único número de teléfono que contestó de los que llevabas en la cartera fue el mío. Antes de regresar a casa recibí la llamada y me vine rápidamente. Al principio me asusté, pero luego me tranquilizaron al informarme de que no era nada grave. Siento no poder haber dado aviso a ninguno de tus familiares aún; ni siquiera sé si los tienes. La verdad es que no sé nada de ti, salvo adónde vives y cómo te llamas. Así se lo dije a la policía.

--Gracias, gracias por todo. Por haberte tomado la molestia de estar toda la noche en vela -me lo ha dicho la

enfermera-

--No tiene ninguna importancia. He estado mejor aquí que yéndome a mi casa sabiendo que te dejaba solo.

A Héctor le entraron unas inmensas ganas de llorar y no pudo reprimirlas. Desde que dejó de ser niño, nadie le había dado tanta ternura como la que estaba recibiendo de Gustavo y lo necesitaba, estaba solo, con soledad y sin ánimo para poder huir de ella.

--Gustavo, dame tu mano. Mira no sé qué es lo que está pasando pero tengo que decírtelo, no debo callarlo más: no puedo apartarte de mi mente. No sé si es amor, sexo, morbo, aventura. No sé. Pero te juro, que no he sentido por ninguna mujer la angustia que siento cuando desapareces de mi vista sin saber cuándo voy a poder volver a verte. No quiero que creas que esto te lo digo a la ligera; pero quiero que también comprendas, que es algo nuevo para mí: nunca pensé que me podría pasar con un hombre lo que me está pasando contigo.

--No tienes por qué disculparte. Lo comprendo. Yo también quiero decirte que no es sexo lo único que deseo y me atrae de ti, sino esa necesidad de estar a tu lado en la medida que tú me lo permitas.

--Lo siento, tiene que marcharse. No puede estar más tiempo aquí dentro --advirtió la enfermera -.

--De acuerdo. Héctor, me tengo que marchar. Ya hablaremos. Vendré cuando antes me sea posible pero, seguramente, no podré hasta el lunes. Hoy, que ya es domingo, había quedado en ir a visitar a unos amigos de mi mujer que viven en un pueblo de la provincia. Nos están esperando para comer.

--Lo comprendo, no te preocupes. Estoy bien.

--¿Quieres que avise a alguien?.

--No hay nadie que de momento eche en falta mi ausencia, salvo la señora que viene a limpiar. Pediré que me dejen llamarla y que avise al despacho. No tengo muchas ganas de que nadie venga a visitarme aquí.

--Está bien. Lo que tú digas.

Gustavo se despidió de Héctor, rozando suavemente su frente, como quien acaricia a un niño indefenso y salió, silenciosamente, dejando en Héctor un halo de esperanza y el deseo de poder volver a mirarse en aquellos ojos, que tanta vida le infundían.

¡No empieces Aurora!

--¡Menos mal que ha llamado! ¿Qué ocurre?...¿Que está en el Hospital?... ¿Qué ha pasado? ¡Un accidente de coche, seguro! ¿No? ¡Ah, menos mal! ¿Pero entonces, está ahí solo? No, no se preocupe. Yo ahora arreglo rápidamente todo esto y voy con un taxi a recogerlo al Hospital. ¿Qué número de habitación me ha dicho?... Bueno, pues no se le ocurra moverse hasta que no llegue yo. Ropa, ¿que le lleve ropa?... De acuerdo, enseguida voy.

Aurora, se había asustado cuando entró en el piso y no encontró indicios de que Héctor hubiera estado allí durante el fin de semana; pero cuando recibió la llamada se tranquilizó. Dejó todo cuanto estaba haciendo y se echó a la calle en busca de un taxi para recoger a su “señorito”, como le llamaba cuando hablaba de él con terceras personas.

--Seguro que ha sido un tortazo – se dijo – lo que pasa es que no habrá querido decírmelo por teléfono. ¡Ay, Dios mío, siempre tenemos algo!

Aurora, con sus torpes andares entró nerviosa en la habitación hospitalaria, cargada con la bolsa de viaje de su señorito.

--¡Por Dios Héctor, qué susto me ha dado! ¿A que ha sido un accidente de coche? No, no me lo niegue; iría como un loco,.. Ya, ya me lo contará tranquilamente en casa. ¡Traiga, traiga, que le ayude!

--No, de este brazo no. Aún me duele.

--Pero ¿qué tiene en la cabeza? ¡Uy, Dios mío! si se la habrá abierto como un melón. A ver si ahora se le arregla un poco y la sienta de una vez.

--¡Aurora, hoy no estoy para muchos sermones!

--¡Claro! en cuanto le digo las verdades, ya se sabe: “¡Aurora, a callar!” Ande, ande que cada vez que pienso en lo desaprovechado que está. ¡Qué pena, con el hambre que hay en el mundo y a usted sin que se lo coma nadie!

Mientras Aurora sermoneaba, fue ayudando a Héctor que estaba sustituyendo la bata hospitalaria por la ropa que ella le había llevado minutos antes. Con cierta torpeza, salieron de la habitación a la que había sido trasladado de madrugada cuando lo sacaron de la UCI. Recorrieron un largo pasillo hasta llegar a la puerta del ascensor que los llevaría a la planta baja desde donde

alcanzarían la salida principal del Hospital. Héctor estaba un poco mareado –seguramente por el golpe recibido en la cabeza y también, por qué no, por todo lo que hablaba, sin parar, Aurora, a quien tanto quería-.

--¡Bueno, ya estamos en casa! Ande. Siéntese en el sofá y no se mueva, no vaya a marearse.

--Antes voy a asearme un poco.

--¿Le preparo algunas tostadas, té, café?...

--¡Vale, ponme un té, pero sin leche!

--Y unas tostadas con mantequilla y mermelada –insistió Aurora – Ahora tiene que alimentarte bien, estará débil, con tanta pérdida de sangre,...

Héctor, una vez hubo terminado las tareas propias que tuvo que hacer para sentirse limpio, sin ducharse, se colocó el pijama y se dispuso a desayunar, por segunda vez, sentado en el sofá y delante de la bandeja que Aurora le había preparado con tanto cariño, -cosa que no era de extrañar si se tenía en cuenta que ella ya había trabajado en su casa antes de que Héctor contrajera matrimonio y de esto hacía ya doce años-.

--Héctor, voy a comprar al mercado. La nevera la tiene medio vacía – como esta semana no ha ido al supermercado- ¿Quiere que le traiga algo en especial?.

--No. Compra lo que tú creas. Coge dinero de la biblioteca de mi despacho, ya sabes,... Antes de irte dame, por favor, un Nolotil.

María cumplió el encargo y salió hacia el mercado.

Héctor, a pesar de lo sucedido estaba contento, ilusionado, no podía evitarlo. Pensar en el gesto que había tenido Gustavo, era enternecedor. Un joven al que apenas conocía, había estado prácticamente toda la noche en la sala de espera de un Hospital, por él. “Por cierto, qué torpeza la mía” - se reprochó a sí mismo – “No he dejado aviso y seguramente se dirigirá al Hospital sin saber que ya no estoy allí. Voy a llamarle”.

Se levantó para coger la cartera donde guardaba el número del móvil que Gustavo le había facilitado. Marcó las cifras nervioso por poder volver a escucharle. Cuando sonó la voz del buzón, que le comunicaba que podía grabar su mensaje, Héctor cortó la llamada: no sabía cómo decirle que era él ni qué tipo de mensaje dejarle. Le defraudó el haber recibido la voz del contestador que no esperaba y no escuchar la de Gustavo que, en el fondo, era lo que estaba deseando.

--Volveré a llamar más tarde, antes de las tres. Seguro que podré avisarle a tiempo.

Lo que hizo a continuación fue llamar a su Secretaria para resolver los problemas que pudieran existir en el despacho y hablar con su asociado para que le sustituyera en lo necesario, hasta tanto se recuperara.

--Qué compleja es la vida – pensaba Héctor – Hace menos de cuarenta y ocho horas, yo era una persona con

todo perfectamente organizado y ahora, noto como si lo tuviera todo por organizar,... y, encima, provocado por la existencia de un hombre. No podía imaginar que esto de la bisexualidad me pudiera afectar a mí, claro que, por qué no, al fin y al cabo, nadie está exento de nada por mucho que crea lo contrario.

--¡Ya estoy aquí! He tardado poco. A estas horas no hay casi gente. Tome, aquí está el correo. Le he comprado una pescadilla fresquísima. Mientras limpio, se la voy a hervir con unos cascos de cebolla, una patata, aceite, ajos y unas hojas de perejil, todo en crudo: le sentará bien y para la noche le voy a dejar preparada la sopa jardinera con la verdura que he comprado. Se asa unas pechugas y cena resuelta. Mañana, Dios dirá. Vendré a primera hora a arreglarle todo un poco y a ver cómo se encuentra mi señorito. Héctor, le estoy hablando. ¿No me escucha? -se había quedado dormido sobre el sofá mientras María le había estado dando el parte gastronómico desde la cocina-.

Sacó una manta de viaje del armario del dormitorio principal y cubrió amorosamente el cuerpo de Héctor, para que no cogiera frío. Ella, continuó con sus labores de limpieza sin apenas hacer ruido y preparó todo lo que había previsto para la comida y la cena de su señorito.

Un sobrio ramo de eucalipto

--¿Adónde vas, es que no te vienes al gimnasio?.

--Hoy no puedo. Me apetece dar una vuelta por la ciudad. Además quiero ver si encuentro un libro.

--¿Un libro?... ¿Es que no hay suficientes con los que tenemos repartidos por toda la casa?.

--No es eso, es un libro que acaban de publicar y me han dicho que es muy bueno. Me llevaré la moto.

--Como quieras ¿Vas a venir a recogerme o ni siquiera eso?.

--No, mejor llévate el coche, por si acaso.

--De acuerdo cariño ¡Dios sabe que estará pasando por esa cabeza!.

Eneida dio a Gustavo un beso en la boca y salió vestida con un chándal, cargada con la bolsa de deporte, camino del gimnasio de reciente inauguración que contaba con avanzadas instalaciones, entre las que se encontraba una maravillosa piscina climatizada. Eneida no necesitaba hacer gimnasia para perder peso, pero sí para mantenerse en forma: ocho horas diarias sentada en una mesa de la

Administración, daban para entumecer los músculos a cualquiera, sin contar la atrofia mental que suponía informar siempre sobre lo mismo cuarenta veces al día. Gustavo, sin embargo, iba al gimnasio porque gozaba sabiéndose admirado por ambos sexos cuando descubrían su cuerpo, aunque en realidad, la gente con sólo verle los ojos sentía derretirse por lo bella y sensual que resultaba su mirada.

Gustavo, nada más partir Eneida hacia el gimnasio, se dispuso a llamar a Héctor marcando el número que le había facilitado la enfermera de la UCI cuando le visitó. Buscó su móvil por el salón y no lo encontró. Su esposa se lo debía haber llevado, como de costumbre, pensando en que él se iría con ella al gimnasio. Llamó desde el aparato que tenía instalado con carácter permanente al Hospital, en cuya recepción se le comunicó que el paciente por el que se interesaba había sido dado de alta ese mismo lunes, a media mañana. Gustavo colgó el teléfono con cierto sabor agridulce. Lo dulce, porque Héctor se hallaba en mejor estado y lo agrio porque no le había llamado al móvil, por lo menos para darle la noticia de su salida; pero, ahora que recordaba, el móvil podría haber estado fuera de cobertura. Tuvo un impulso inmediato: ir a visitarle a casa. Recordaba que le había dicho que no tenía problemas de pareja, vivía solo y, en todo caso él, se presentaría como un amigo del trabajo o un cliente más – la mentira podría pasar inadvertida, en caso de

que hubiera alguien en su casa que la pudiera detectar —.

Feliz, contento, con un estimulante deseo, Gustavo marchó a la calle. El día le pareció luminoso, a pesar de estar lloviznando y rápidamente se encontró frente a la puerta del piso de Héctor, portando un sobrio ramo de eucalipto, alegrándose de que uno de los vecinos del edificio, al salir, se hubiera dejado el portal de la calle sin cerrar del todo.

Sonó el timbre y Héctor miró a la mesa de centro, dándose cuenta que allí estaba el llavero de María con las llaves que, como de costumbre, se había dejado olvidadas.

--¡Ya voy! ¡Ay María, estás peor que yo: tenemos la cabeza en tantos sitios, que un día saldremos a la calle sin darnos cuenta de que no la llevamos sobre los hombros!

Héctor, mientras pensaba en voz alta se había dirigido a abrir la puerta para entregarle a María las llaves olvidadas.

--¡Toma! - dijo Héctor -.

--¡Toma! - contestó Gustavo -.

Héctor cogió de forma improvisada el ramo que le ofrecían y, cuando descubrió quién era el que se lo había entregado le abrazó emocionado.

--¡Pasa, pasa, no te quedes ahí!.

--¿Por qué me das las llaves? ¿No te parece que vas demasiado deprisa?... -Gustavo sabía que no era a él a quien se había dirigido Héctor cuando se las quiso entregar, pero le hizo ese comentario con picardía, para gargarle una broma-.

--¡Perdona! es que creía que era mi asistente, que se acaba de marchar y se las ha dejado, como de costumbre. La pobre con setenta y tantos años, tiene la cabeza un poco despistada.

--Te he llamado al móvil, pero no he dejado mensaje. Pensaba volver a hacerlo más tarde.

--Es que mi móvil se lo ha llevado Eneida.

--¿Eneida?.

--Mi mujer. Me he enterado que estabas en casa porque he llamado al Hospital y me lo han dicho. Entonces, he preferido escaparme un momento. Me apetecía volver a verte y darte la sorpresa.

--Pues lo has conseguido. Gracias por el detalle del ramo.

--No tiene importancia.

--Por el de tu visita,...

--Lo necesitaba. Quería verte. Desde la madrugada del domingo, no sabía nada de ti. Tienes buen aspecto ¿Qué

tal y la cabeza?.

--¡Bien! Me han dicho los médicos que dentro de una semana vuelva para comprobar cómo está la herida y según la vean, quitarme las grapas. ¿Te apetece tomar algo?... ¿Quieres cerveza, güisqui?...

--¿Tú, qué vas a tomar?.

--Yo, un zumo de uva.

--Pues tráeme a mí uno de tomate, si tienes.

--¿Te lo preparo como a mí me gusta?.

--¡De acuerdo!.

Héctor destapó los zumos y en la copa donde vertió el contenido del tomate añadió unas gotas de ginebra, sal y pimienta.

--¿Te ayudo? -Gustavo se levantó para coger a Héctor la bandeja y depositarla en una de las mesitas cercanas al sofá-.

--¡Salud!.

--Porque te recuperes enseguida – brindaron-. Tienes un piso muy bonito. Me encanta el contraste entre los muebles minimalistas y la antigüedad de la casa, con estos techos tan altos. La zona es estupenda.

--Sí, esta casa la compré a los herederos de unos de mis clientes, cuando me separé de mi mujer. Ella prefirió quedarse con el apartamento en el que vivíamos, que tenía zona verde y piscina común y yo, aprovechando que las cosas no me funcionaban mal, me metí en un préstamo y adquirí ésta. Vivo a gusto, pero no soy feliz.

--¿Ni siquiera ahora,... que me has conocido?.

--Ahora, no sé si lo que siento es real o ficticio. No soy hombre que tenga prejuicios pero, se me han venido al suelo todas las teorías que durante años he venido defendiendo y...

--Lo comprendo. Pero, si de algo te sirve mi experiencia, yo te aconsejaría que te dejaras llevar por tus instintos; que te conocieras, reconocieras y aceptaras y si lo que realmente te vale es lo que tienes, pues quedarte con ello. Ahora, no te engañes más si lo que tienes no te satisface, porque esto que llaman vida tiene fecha de caducidad como los productos alimenticios y no sabemos si la que nos queda por vivir va a ser corta o larga.

--Quisiera saber cosas de ti. Me gustaría ir conociéndote poco a poco, comportándome como un amigo; que no se confundiera sexo con afecto, cariño con amor, amistad con aventura ¿Me entiendes?...

--Hablas castellano.

--Perdona. Quiero decir si me he explicado bien. No quiero con esto decir que mi sentimiento hacia ti, no esté claro. Quizá, por eso, por verlo tan claro es por lo que tengo miedo; no por mí, sino por ti. Por no poderte dar todo lo que tú te mereces, por no poder estar a la altura de tus demandas y por qué no, por no saber si podré tener fuerza para soportar todos los obstáculos que conlleva el que, una relación como la nuestra salga a la luz pública.

Gustavo se había sentado en el suelo a los pies de Héctor mientras que éste seguía hablando y, derretidos por el deseo, unieron sus bocas con pasión incontenible.

--No sé qué va a ser de nosotros.

--Ni nos tiene que preocupar mientras estemos juntos.

--¡Te quiero!.

--¡Y yo también Héctor!.

--¿Crees en la Astrología?.

--Me apasiona.

--¿Y qué dice de nuestros signos Tauro y Leo?.

--Pues que estamos hechos el uno para el otro.

Volvieron a entrelazar sus brazos, a cruzar sus bocas,

a perderse entre los cojines del mullido sofá sintiendo que sus respectivos sexos estaban dispuestos a estallar. Inoportunamente sonó el timbre del portero automático. Héctor, nerviosamente, contestó:

--Sí,... ¿quién es?. ¡Ah! Sois vosotros. Enseguida os abro. ¿Está ya?... De acuerdo. Son mis compañeros de despacho. Vienen a verme.

--Héctor, me marchó.

--¡No, no te vayas, no tienes porqué!.

--No, si de todas formas me tenía que marchar ya. Es tarde. Si quieres te llamo luego y charlamos ¿Vale?...

--Como quieras.

Levantados los dos se fundieron en un abrazo reteniendo sus cuerpos durante unos segundos, los suficientes como para notar la recíproca erección que tal unión les volvía a provocar.

¡Me lo temía!

Hacía quince días desde que Héctor había tenido el accidente y para celebrar que ya le habían levantado la cura, había quedado en cenar con Gustavo esa noche.

Posiblemente se le presentaría la oportunidad de volver a reprimir sus instintos sexuales y, en previsión, se masturbó. Dos días antes, Héctor había estado en uno de esos pisos que tanto abundaban en la ciudad y que se anunciaban en la prensa diaria ofreciendo sus servicios a los clientes que llamaran a determinado número de teléfono. El servicio le fue prestado por una joven de nacionalidad rusa de acerada piel y pechos incipientes. Recordaba que fue todo perfecto, quizá como hacía mucho tiempo: al fin y al cabo él, hasta entonces, no se había sentido bisexual; siempre había disfrutado plenamente con las mujeres sin echar de menos la relación con un hombre y, si era así, ¿por qué le excitaba tanto estar con Gustavo?...—quizá por eso, porque no se había llegado a consumir el acto y sólo, hasta ese momento, se hubieran producido roces, caricias, besos,... sin haber llegado a invadir los territorios genitales - . Héctor intuía que esa posibilidad podía producirse de un momento a otro, pero no era el objetivo principal de aquellos esporádicos y, cada vez más, deseados encuentros.

Sonó el teléfono y Héctor atendió rápidamente la llamada pensando que podría ser la de Gustavo.

--¡Sí, dígame! ¿Cómo,... del geriátrico?... ¡Sí, soy yo... voy enseguida! Gracias.

Héctor palideció y un frío sudor recorrió todo su cuerpo: su madre había sufrido una trombosis y estaban esperando que la ambulancia la trasladara al Hospital. Su estado era grave. Sin recabar en más, marcó un número de teléfono, el de su ex mujer, para comunicarle el suceso y que así se lo hiciera llegar al resto de los familiares y amigos: presentía que su madre era ya cadáver.

--Le estábamos esperando.

--¿Dónde está?.

--En su habitación. Acaba de expirar.

--¡Me lo temía!.

Héctor, acompañado por el doctor que había atendido los últimos instantes de vida de su madre, se dirigió a la habitación donde se hallaba su cuerpo sin vida.

“Duro – pensó – esto es duro”. Cuando la encontró inerte, su primera reacción fue inclinarse a besar sus manos. Unas huesudas manos que poco tenían que ver con aquellas tersas y elegantes de antaño, que tanto habían trabajado por él hasta que terminó la carrera de Abo-

gacia. Su semblante estaba sereno, sin el rictus que la muerte deja en la mayoría de los rostros; por el contrario, ella había quedado con un gesto placentero, como el de alguien que ha dejado de sufrir.

--¡Lo siento Don Héctor!-- era María, que esa semana tenía el turno de tarde --.

Héctor se levantó y fue abrazado con sentimiento por ella.

--¡Gracias María! Era de esperar. Ya ha dejado de sufrir.

--Y mejor que haya sido así, tan rápido; por ella y por usted. El Administrador ya está haciendo los trámites necesarios para el entierro. ¿Quiere que llame a alguien, a algún familiar?. ¿Quiere que le haga o que le traiga algo?...

--No, muchas gracias. Me gustaría estar unos momentos a solas con mi madre.

--Lo comprendo. Cuando usted lo crea conveniente nos avisa para trasladarla al depósito de cadáveres. Son las normas de la casa.

Héctor escrutó minuciosamente, sin el pudor de sentirse observado, el rostro de su madre que aún estaba templado y dio rienda suelta a todo el dolor que le producía la pérdida, desahogando el llanto. Entró en el aseo de

la habitación, se miró al espejo, como para no sentirse tan solo y continuó llorando, compadeciéndose de sí mismo por la desgracia que acababa de ocurrirle. Cuando se tranquilizó se lavó la cara con abundante agua fría y salió de la habitación para autorizar el traslado.

Lo que en el geriátrico llamaban “depósito de cadáveres”, no era más que una habitación alejada del edificio general escondida en un rincón del jardín, de dos metros de ancho por tres de largo, donde los servicios funerarios se las vieron y se las desearon, como de costumbre, para poder introducir el féretro. Héctor, una vez que todo quedó perfectamente instalado, se sentó en el banco de obra que había en la fachada del depósito.

Reinaba la noche y en el cielo, las estrellas, pugnaban por ser protagonistas absolutas del espectáculo cósmico. Héctor y durante toda la velada supo, una vez más, qué era estar y sentirse solo. Sus recuerdos, los de su niñez con su madre y abuela fueron los que le acompañaron, provocando en él una cruel añoranza del pasado.

Pues lo siento, está de viaje.

Ya había finalizado el sepelio. Todo fue ejecutado según establecían los cánones de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana y había dado sepultura a los restos de su difunta madre. Héctor, mientras llegaba a casa iba pensando en todo lo que había vivido durante las últimas horas desde que le habían comunicado el óbito. Se percató que no había podido avisar a Gustavo y que éste, se habría quedado esperando en el pub donde habían quedado en reunirse. De no haber olvidado el móvil, hubiera insistido en la llamada que hizo desde el geriátrico, pero las circunstancias le habían hecho incómodo repetirla de nuevo. El problema fue que la que hizo fue atendida, seguramente, por la esposa de Gustavo y no supo reaccionar para dejarle un mensaje o contraseña. Colgó de inmediato sin más.

Instalado en su casa conectó el contestador de su teléfono fijo, oyó los mensajes que se hallaban grabados pertenecientes a compañeros de despachos y algún que otro amigo, que no habían podido asistir al sepelio; pero no estaba entre ellos el que realmente esperaba oír: el de Gustavo.

A continuación, se dio una ducha de agua bien caliente

para relajar los músculos y volvió a marcar el número del teléfono fijo de Gustavo, al continuar el móvil fuera de cobertura.

--¡Dígame!.

--¡Hola, buenas tardes! ¿Está el Sr. Manrique?.

--No, no está ¿De parte de quién?.

--De un amigo.

--Pues lo siento, pero está de viaje.

--¿De viaje?.

--Sí, ¿por qué?.

--Pues, porque me urgía hablar con él.

--Seguramente hasta la semana próxima no va a poder ser. Está en Londres.

--¡Ah, bien, de acuerdo! Entonces le volveré a llamar.

--¿Quiere dejarle algún recado? Soy su esposa. ¿De parte de quién me ha dicho?..

--De un amigo. No, no hace falta. No corre prisa. Muchas gracias. Bueno, perdone las molestias.

--No hay de qué. ¡Adiós!.

Se había ido a Londres. No regresaría hasta la sema-

na próxima. Seguramente estaría molesto por el plantón; pero ¿por qué no se le habría ocurrido llamarle para recriminarle el no haber acudido a la cita esa noche?...

Se sintió incómodo y todavía más triste de lo que estaba, pero su mente no tenía fuerzas para barrenar más: estaba agotada y necesitaba descansar. Se tomó dos Valiums cinco y se acostó con el sabor amargo que producía el no tener grandes estímulos por los que, en ese instante, desear despertar.

Sábanas de seda

--¡Hola, soy Julia! ¿Eres Héctor Albear?.

--Sí, soy yo. ¿Quién? ¿Has dicho Julia?...

--¡Sí! ¿No te acuerdas?... La de la cartera, la que encontró la cartera que perdiste hace unos meses.

--¡Ah, sí, perdona! ¿Qué tal estás?.

--Muy bien. Es que he venido a la ciudad y se me ha ocurrido llamarte, por si nos podemos ver y tomar esa copa que me debes.

--Pues no tengo nada especial que hacer ¿Cuándo quieres?.

--Mira, son las siete, si te parece nos podemos ver a las nueve en el café donde estuvimos la última vez.

--De acuerdo: a las nueve.

Cuando llegó al lugar de la cita, Julia ya estaba sentada en una de las mesas del salón atractivamente vestida de negro, discretamente maquillada, con corta melena de color caoba y con unas gotas de intenso y sensual perfume. Aquello había superado a la Julia que Héctor había conocido unos meses antes. Héctor se sentía halagado,

porque la mayoría de los hombres que se hallaban en la cafetería la observaban lascivamente.

--¡Qué bien te veo! Estás estupenda.

--¡Gracias! Yo no puedo decir lo mismo de ti. Debes de trabajar mucho en tus ratos libres, porque tienes una cara de cansado...

--Es que llevo una temporada muy rara. Cuando no es por una cosa es por otra, pero no paro de tener problemas. En fin, no es ahora momento ni lugar.

--Por mí, no te preocupes. Si no te apetece contarme ahora, ya lo harás cuando tú quieras, la noche es larga y, como me imagino que me invitarás a cenar, tiempo tendremos.

--¡Por supuesto, lo había pensado! Te debo una invitación, así que iremos a cenar a un sitio que te va a encantar.

Cuando hubieron terminado sus respectivas consumiciones, Héctor abonó su importe y se dirigieron al restaurante donde él había previsto que cenaran. Pasada la medianoche se sentaron a tomar unos güisquis en uno de los pubs de la zona antigua de la ciudad.

--Bueno y ¿qué es lo que te noto durante toda la noche?... Estás estupenda. Te veo muy...

--¿Muy qué?

--Muy atractiva.

--¡Ah, ya! Debe de ser por los pechos. Me los he operado.

Héctor se vio al descubierto. Efectivamente eran los pechos, sus pechos, los que había estado observando toda la noche con asombrosa atracción. Su tamaño era justo, equilibrado y su alzado, recalcitrante.

--Hace dos meses que me intervine. Justo una semana después de que te conociera. Por eso no te he llamado antes, quería celebrarlo contigo: así que la copa la pago yo. Tú me has invitado a cenar.

--¡No, de eso nada, te invito yo!.

--No seas machista.

--No mujer, no me niego por eso. Me niego porque estoy en mi terreno, quiero decir, en mi ciudad. Cuando vaya a tu pueblo ya me invitarás.

--¿Es que de verdad, piensas venir algún día?...

--¡Seguro!.

--¡Ah! Pues antes de que se me olvide, toma nota de mi móvil. Me lo he tenido que comprar, ahora me hace falta y encima me resultaba más barato que instalarme

un teléfono fijo en casa. Por cierto ¿puedo hacerte una pregunta indiscreta?

--Tú dirás.

--¿Eres gay?.

--No – balbuceó - ¿por qué me lo preguntas, acaso es que te lo parezco?...

--No, aunque nunca se sabe. Todo depende de que tengas la oportunidad o no de demostrártelo a ti mismo. Además, como comprenderás, es algo que para mí no tiene mayor importancia; pero comprendo que, para quien no lo es o no se lo quiere reconocer, es un poco difícil soportar la compañía de un “transexual” como yo durante una velada, a menos que lo que pretenda, en el fondo, sea terminar acostándose con él.

--Pues justo es lo que estoy maquinando toda la noche. No te lo puedo negar; pero... tengo reparos.

--¿Por qué? ¿Por tu novia?.

--No, no tengo, ni tampoco esposa, ya te lo dije.

--¿Entonces?...

--No sé si debo.

--No seas tan escrupuloso. ¿Es por mi polla?.

La pregunta fue directa, cruda, real. Era por su polla, por lo que Héctor tenía reparos. Nunca había estado con un hombre, pero mucho menos, con un cincuenta por ciento de hembra y otro tanto de varón.

--Tranquilízate. Te noto incómodo. No te voy a pedir algo que no desees hacer, pero, tampoco quiero engañarte: me atraes un montón y si tú lo deseas y yo, lo necesito, a qué estamos jugando. En la cama suelo ser pasiva, sólo hago lo que intuyo que desea que haga mi "partenaire"
¿Me explico?...

--Un poco.

--Quiero decir que no necesito penetrar y que me encanta sin embargo, sentirme penetrada si se trata de un hombre como tú. Así que me comporto tal cual una mujer. No te daré problemas. ¿Vamos?.

--¿Adónde?.

--Tengo las llaves de un apartamento que ha alquilado un amigo mío. Allí te sentirás cómodo y, como no tenemos prisa, contamos con todo el tiempo del mundo. No nos molestará nadie.

--¿Y tu amigo?.

--Está en una Asamblea del Partido. No regresará hasta mañana por la noche, que es Domingo.

Media hora después y descalzo, Héctor estaba siendo desnudado por Julia. Primero y con lentitud fue despojado de su camisa, luego de su cinturón y de sus pantalones y, echado sobre las sábanas de seda que cubrían una amplia cama, en unos segundos sintió cómo eyaculaba a consecuencia de una “felación” a la que había sido felizmente sometido, sin precaución alguna.

--¿Enciendo la luz?.

--No. Todavía no. Prefiero la penumbra.

--Está bien, como quieras. ¿Qué tal te has quedado?.

--Bien, muy bien. Perdona que haya sido todo tan rápido.

--No tiene importancia. Por cierto ¿Quién es Gustavo?

--¿Cómo dices?.

--Es el nombre de la persona en quien estabas pensando en voz alta cuando te corrías.

--Preferiría no hablar de eso en estos instantes.

--De acuerdo, tú mismo. ¿Quieres que nos vayamos o que nos quedemos a charlar un rato, mientras que nos tomamos unos güisquis?.

--Necesito quedarme un rato más. Estoy contrariado.

Julia, que conocía perfectamente la distribución del apartamento, totalmente a oscuras, se dirigió a la nevera que había en la pequeña cocina y extrajo unos cubos de hielo, que depositó en los dos vasos en donde había vertido suficiente güisqui como para poder inhibirse de los prejuicios y vomitar con sinceridad todo lo que les estaba perturbando.

--¿Te molesta si enciendo unas velas?

--¡No en absoluto!

--Ya estoy aquí. ¡Toma, deja esta vela en la mesita! Brindemos.

--¿Por quién?

--Por nosotros. Por ti y por mí. ¿Estás enamorado, verdad?

--¿Cómo lo sabes?

--No me puedes engañar. Lo he notado enseguida.

--¿Y tú?

--¡No, qué va! Yo sólo tengo un rollo.

--¿El que te ha pagado la operación de los pechos?... ¿Le quieres?...

--¿Quererle? No me habría acostado contigo.

--¿Entonces, por qué estás con él?

--Porque gracias a eso, estoy saliendo del ambiente indeseable en el que me veía obligada a vivir. Me mantiene y está loco por mí. Lo nuestro lo llevamos en secreto. Él es Concejal de Cultura del Ayuntamiento de mi pueblo. Está casado. Tiene dos hijos, pero hacía tiempo que nadie se la había mamado como yo. Eso le volvió loco y a mí, me viene que ni al pelo. Ten en cuenta que he pasado de ser violada a ser violadora. La gente ahora me respeta. Se huele que tengo poder económico, pero no se imaginan quién puede ser el protector.

--¿Y no te da miedo que te descubran? Os pueden poner un detective.

--A mí no me importa. No tengo que dar cuentas a nadie. ¡Toma! - Julia le dio el vaso de güisquí que había dejado en la mesita de noche durante la conversación que estaban manteniendo- Bebe y no hablemos más de mí. Hablemos de ti. Relájate. ¡Dime! ¿Quién es Gustavo?.

--Dejémoslo para otro momento, si no te importa.

Él introdujo sus manos por debajo del suéter de Julia y comenzó a acariciar los pezones de sus desafiantes mamas, mientras que ella acariciaba su pene con suavidad y ritmo acompasado. Se entregaron apasionadamente al erotizante juego sexual que ambos tanto necesitaban. Héctor que, sutilmente, evitaba llegar a la zona donde

se hallaban los genitales de Julia, sin apenas darse cuenta, se encontró penetrándola analmente y dando rienda suelta a su instinto sexual, cuya prolongada duración dio lugar a una eyaculación abrumadoramente abundante y liberadora, objetivo que no fue alcanzado por Julia ante el descuido de Héctor, que, agotado, omitió provocársela.

¿A quién has visto?

Gustavo, esa noche, había quedado con unos amigos de la Universidad donde él estaba haciendo unos trabajos de Informática. Entre ellos, gente “hetero”, sólo había un gay que, por cierto, estaba deseando hincarle el diente; pero Gustavo, a pesar de su tendencia, no era en esa etapa de su vida tan promiscuo como para echarse al cuerpo a alguien que no le atrajera plenamente.

Gustavo se duchó con rapidez, secó su abundante cabellera con la toalla, se vistió y, por si refrescaba, se colocó una camisa de ante sobre la camiseta blanca. Estaba arrollador. Así lo deseaba él. Presentía que esa noche iba a suceder algo. Podía encontrarse con Héctor, al que hacía ya tres meses que había dejado de ver, justo desde aquel plantón inoperante y descortés por el que ni siquiera había recibido disculpas.

--¡Vas a llegar tarde!

--Como casi siempre. Confío en que me esperen.

--¿Quiénes vais?

--Pues, los de costumbre.

--¿Ricardo también?

--Me imagino.

--¡Lleva cuidado con él! Sabes que está loco por ti.

--¡Ya será menos!

--De eso nada, hace tiempo que lo vengo observando. Las mujeres sabes que somos muy intuitivas así que... Aunque cariño, ya sé que no hace falta que te diga nada. Siempre has sido muy discreto, pero recuerda: ahora debes de serlo más.

--¿Más, por qué?

--Ya lo sabrás en su momento. Entretanto, ve, diviértete.

--¿De verdad, no te apetece venir?

--No, estoy cansada. He llevado una semana agobiante de trabajo y, encima, aún no me he podido recuperar de la cena del jueves con mis compañeros.

--Está bien. ¿Mañana qué hacemos?

--Podríamos ir a comer fuera y antes nos podemos pasar por el rastrillo, a ver si encuentro algo gracioso.

--¿Más trastos?

--¡Calla león! No rujas, que no es para tanto – ella se había acercado a su boca y rozó con sensualidad los labios de Gustavo, que evitó el envite-.

--¡Huy!, que llego tarde, son las once.

--¿Y a qué hora habías quedado?.

--A las diez y media.

--¡Toma, llámales con el móvil! Diles que te retrasarás un poco. Así no tendrás necesidad de ir como un loco por la carretera.

--No, déjalo, cogeré un taxi. Me resulta molesto buscar aparcamiento. A estas horas está todo a tope.

--Y de paso, te evitarás el control de alcoholemia ¿no?.

--¡Eso, eso!.

Gustavo corrió escaleras abajo, después de que se despidiera de Eneida dándole un beso en el cuello. Llegó al sitio acordado adonde sus amigos le estaban esperando impacientes en la barra del pub. Esa noche, el grupo estaba compuesto por universitarios y algún que otro profesor que se había apuntado a última hora.

--¡Jo macho, casi llegas! Son las once y media. Ya nos íbamos a marchar.

--Perdonad, es que he tenido un imprevisto a última hora. Ya sabes,...las mujeres.

--¡Ah, ya! Has tenido que contentarla antes de salir, ¿verdad?.

--Efectivamente.

--¡No me extraña, con ese paquete tan provocador!
-Ricardo, el gay, que era el que había hecho tan certera observación al oído de Gustavo, sintió la tentación de so-
pesar el contenido del mismo -.

--¿Ya empezamos? ¿Tan pronto? ¿Qué pasa, que me vas a dar la noche?

--¡Eso es lo que yo quisiera, que me la dieras tú! – le respondió Ricardo -.

--Oye, ¿vas a tomar algo?.

--Un carajillo. Así me espabilaré.

--No te preocupes, llevo “diseño” para que nos dure la noche.

--Pues como no liguemos se nos va a hacer demasiado larga.

--¡No me jodas! con las ganas que tengo de follar. Es-
toy, que reviento la bragueta.

--Pues a mí no me deis la noche yendo de putas.

--No hace falta. Salen muy caras. Es mejor buscarlas;
pero de las que no cobran, de las que están locas por chu-
pártela.

--¡Huy, de eso también tengo ganas yo!

--Pues tranquilo Richard, que a lo mejor, al final de la noche te chupas la mía.

--¡Hola Lucio! ¿Qué tal?

--¡Hola tía! ¡Cómo vas!

--¿No tienes frío? Con ese escote, tan...

--¿Es que me vas a calentar tú?

--¡Ya me gustaría!

--Pues ponte a la cola. Porque hoy no estoy para perder el tiempo y contigo, mucho ladrar, pero poco morder.

--Pues si él no te vale, aquí estoy yo.

--¡Profe, no me lo hubiera podido imaginar! ¿Usted también?...

--Oye, que nosotros no somos sólo cerebro.

--¡Ah! ¿Qué también tienen cabeza? Pues a ver que pasa con los parciales, porque la mía está que hierve. Me ha hecho repetir Curso, “cabroncete”.

--Pues pásate por mi despacho y hablaremos de la “estrategia” para conseguir un “notable”.

--¿Ahora se llama a eso “estrategia”?

Estaba claro que la alumna que, circunstancialmente se había acercado al grupo, sabía tanto o más que su profesor; que se conocía todos los medios existentes para conseguir un “notable”: copiar, estudiar o dejarse follar, no había más. En cuanto a lo primero, no servía; para lo segundo se esforzaba y en cuanto a lo tercero, le apetecía hacerlo, pero con quien le provocara la lúvida. La asignatura de Historia del Derecho, no había quién se la tragara, pero aún siendo incomedible, la prefería digerir sin tener que chupar la polla de aquel canijo profesor de cabello graso y abundante tripa.

La noche continuó con la imparables marcha de quien sale a aturdirse buscando sexo sin mayores consecuencias, sin importar poco ni mucho con quién practicarlo. Gustavo era acosado insistentemente por su amigo Ricardo, que no desaprovechaba oportunidad alguna para rozar su bragueta, fingiendo ser empujado por los que bailaban desafortunadamente. Él, harto de estar en la barra, adonde no paraban de molestarle los que iban a pedir copas, se retiró a uno de los rincones del local, desde donde podía observar a todo aquel que entrara o saliera y, a través de la ventana que había a su espalda, a todo aquel que merodeara por la calle.

Gustavo se agobiaba de calor y se quitó la camisa de ante que llevaba. Del piso superior, donde se hallaban los aseos, ya regresaban algunos de sus amigos, de tomarse una raya.

--¿Tú no subes?.

--No, no me apetece. Hoy no quiero.

--¡Huy!, qué soso estás ¡Anda, que te la pago yo!

--¿A cambio de qué?.

--A cambio de que hagas conmigo perrerías.

--¡No tienes freno, Richard! .

--Pero ¿tú crees que con lo que tengo delante es para frenarse? ¡Si lo que estoy deseando es poder estrellarme, pero contigo Gustaf!.

--¡Ya!.

--¿Qué hacéis?.

--Nada, dialogando, ya sabes,... No me quiere.

--Pues tienes un buen culo.

--¿Sólo eso?.

--Bueno y una buena polla.

--¿Cómo lo sabes?.

--Uno, que es estudiante de medicina y, de anatomía del cuerpo humano sabe un montón.

Gustavo dirigió su mirada a través de la ventana a las

gentes que de un lado a otro deambulaban por la calle, dándole un vuelco el corazón cuando descubrió la presencia de Héctor, que acompañado de una exuberante mujer, lo llevaba agarrado por la cintura. Intentó, sin conseguirlo, llegar a la puerta del local rápidamente para observar hacia adónde se dirigían y poder simular un encuentro casual; pero, cuando consiguió llegar a la calle, habían desaparecido como si se los hubiera tragado la tierra.

--¿Qué pasa tío? ¿A quién has visto?.

--¡A nadie!.

--¡Jo, a mí no me engañas! Estás tenso. ¡Venga olvida todo y vamos a otro lugar a tomar una copa!.

--Podríamos ir al de la esquina, que es gay.

--¿A qué, a que nos toquen los cojones?.

--¡Pues mira, a más de uno os vendría de puta madre, porque no os jaláis una rosca!.

--¡Pues cojonudo! Vamos a jalarnos un rosco. ¡Venga coño, no separaros, que esta ronda la pago yo!.

--¡Qué generoso!.

--Me la pienso cobrar Richard.

--¿Con qué, con carne?.

--¡Por supuesto! Luego te llevaré a casa y en mi coche me dejarás que te haga lo que quiera.

--No te pongas tan cachondo, que para lo único que vas a estar cuando termine la noche, va a ser para que te lleven a ti, pero en un taxi.

--¡Ya lo veremos! ¡Esta noche no te salvas Richard!

Entraron todos en el pub elegido frecuentado por gente de todas las degustaciones sexuales y Gustavo se marchó a los cinco minutos, incómodo y amargado por no poder evitar el seguir acordándose de aquel hombre que tanta pasión había despertado en él.

Llegó a su casa con la intención de no volver a pensar más en el encuentro de esa noche, pero no lo consiguió hasta que el sueño le venció cuando habían transcurrido más de dos horas y él había consumido todo el güisqui que contenía la botella recién abierta.

¿Por qué era tan cobarde?

Gustavo recibió la llamada de uno de los compañeros con los que había estado de copas horas antes, comunicándole que uno de ellos, Ricardo, había sido apuñalado por un “yonki” a la salida de una discoteca; que había ingresado cadáver en el Hospital de la Seguridad Social, en donde se le iba a practicar la autopsia para ser enterrado el domingo por la mañana.

No podía dar crédito a lo que acaba de oír. Pensar que aquel amigo había dejado de existir en tan sólo unas horas, por la voluntad de un chutado. Sintió desánimo por lo vacía que consideraba que estaba siendo su vida. Tenía treinta años, un estado físico más que atractivo, una cultura, una esposa que le adoraba y una homosexualidad que le hacía gozar sin represión alguna; pero todo esto, por tenerlo, no le producía un estado emocional estimulante, era como si a toda esa oferta gastronómica le faltara algún sencillo y succulento plato: amor.

Sacó de la agenda las tarjetas que había ido acumulando para buscar el teléfono de unos cuantos amigos a los que tenía que comunicar la desgracia ocurrida. De entre ellas, salió a la luz la de Héctor. No pudo evitar la tentación de llamarle, pero se arrepintió de haberlo he-

cho, cuando colgó, aburrido de que no contestara a la llamada.

Cuánto se acordó en ese instante de su amigo Ricardo, al que habían apuñalado. ¿Fue cruel con él no permitiéndole que, por lo menos, hubiera satisfecho su deseo provocando y consintiendo pasar una noche juntos?... ¿A qué hubiera conducido todo ello? ¿A complicar más la situación, fomentando la ilusión de Ricardo hacia él? ¿Cuánto podría haber aguantado aquello? ¿Qué más daba el tiempo, la duración; lo que realmente habría importado era que su amigo podría haber disfrutado de unas gotas de felicidad y a él, le habría costado poco, poder hacérselas degustar! Conjeturas, interrogantes, elucubraciones mentales, todo era ya inoperante. No se podía dar marcha atrás, pero la experiencia vivida podría servirle de cara al futuro: intentar ser menos pragmático, dejarse llevar más por sus instintos que por su raciocinio programado. Ser menos egoísta, intentar darse un poco más, tanto a los que le importaban como a los que le dejaban indiferente; porque al fin y al cabo ¿quién era él? ¿Qué quería, en el fondo? Estaba casado sin degustar la estabilidad por lo que la gente lo solía hacer; gozaba de una aparente libertad sexual, que no podía desarrollar con plenitud con la persona que le había calado tan hondo, ¿Por qué era tan cobarde? ¿Por qué tan orgulloso? ¿Por qué no se enfrentaba a los hechos de una forma realista y le declaraba abiertamente la necesidad de compartir su vida,

sin condiciones, a ese ser que le estaba desequilibrando emocionalmente?...

Esa noche asistió al Tanatorio para velar los restos de su amigo Ricardo. Allí se desarrollaron escenas de dolor, de rabia, de impotencia. La madre de la víctima estaba como un “zombi”, sedada por las pastillas que le habían suministrado para evitar males mayores. Nada más preguntaba a los asistentes, si habían visto qué guapo estaba su hijo. Gustavo no quiso verlo cadáver, prefería recordarlo lleno de vida, insinuándosele sexualmente, sin lascivia, con transparente sinceridad.

Donde tú desees que te lleve

--¡Todo ocurrió por mi culpa!.

No te atormentes más. Tranquilízate. Pasó, porque tenía que pasar.

--¡Sí! pero si yo no hubiera ido borracho, me habría dado cuenta de que aquel sujeto era peligroso, que lo mejor hubiera sido no hacerle caso. Pero yo tuve la culpa por desafiarle. Él ha pagado con su vida mi torpeza, no me lo perdonaré nunca.

--Ricardo hizo lo que habrías hecho tú, en su lugar: defenderte.

--¡Sí, sólo que él, se interpuso conscientemente entre mi cuerpo y el cuchillo que le traspasó el costado, a sabiendas del peligro que corría!.

--Juan, no te desespere más. No solucionas nada haciéndolo. Tienes que recuperar fuerzas y sobreponerte a la desgracia.

Gustavo no estuvo presente durante toda la conversación que mantenían sus amigos mientras esperaban que bajaran el féretro del coche para darle cristiana sepultura. Después de haber oído la misa de “corpore insepul-

to” tuvo verdadera conciencia de los hechos que habían provocado tan fatídico desenlace: Ricardo, por defender la vida de su otro compañero, Juan, que se hallaba en estado de embriaguez, perdió la suya al interponerse entre la puñalada que iba directa al corazón de este último. Había demostrado su valentía evitando la muerte de su camarada, sin importarle provocar la suya.

Llegaron con profundo silencio al nicho donde se iban a depositar los restos del arrebatado amigo y, con dolor reprimido, una vez que se tapió el hueco, se despidieron con una oración por su alma.

Gustavo, sin que nadie lo percibiera, se retiró discretamente del grupo y dio rienda suelta a la emotividad y dolor que producía la escena rompiendo a llorar silenciosamente. De pronto, alguien le puso el brazo sobre los hombros con intención de consolarle y cuando Gustavo dio la vuelta para corresponder con agradecimiento el gesto, fundiéndose en un abrazo, se percató de que se trataba de Héctor. Gustavo, en ese instante, sintió que su dolor podía ser compartido y que su desánimo se diluía.

--Tenemos que hablar; pero hoy mismo Gustavo.

--Sí, tienes razón, esto no puede continuar así por más tiempo. Nos estamos haciendo daño.

--¿Has traído coche?

--No. He venido con unos amigos.

--Está bien. Cuando te despidas de ellos, te estaré esperando en la puerta del cementerio. Yo te llevaré a casa.

--¿A mi casa?...

--Adonde tú desees que te lleve.

--Héctor, al fin del mundo. Héctor, pero contigo. No me dejes.

--No llores. Estoy aquí, por eso, para no volver a perderte. ¿Lo entiendes?...

--Está bien. Hasta ahora.

--Te espero.

Era un amigo

--¿Adónde vamos?.

--Donde tú quieras.

--¿Tienes tiempo?.

--Sí, he avisado a mi mujer para que no se preocupe si llego tarde.

--Entonces vamos al campo, lejos de la ciudad. Hoy hace un día templado, aunque esté gris.

Cogieron la autopista hacia un destino desconocido. Héctor conectó el CD recientemente adquirido. Pararon en un restaurante en cuyo comedor se ubicaba una gran chimenea, alrededor de la cual, los comensales, en mesas de cuatro, podían degustar una cocina minimalista y exquisita, impropia del lugar.

--¡Qué feliz me siento Gustavo! Vuelvo a ver esos ojos que tantas noches me han quitado el sueño.

--Pero ¿qué nos ha pasado entonces, si sientes lo que me dices?.

--Aquella cita a la que no pude acudir...

--Pero, podrías haberme llamado.

--Lo intenté, pero cuando lo hice, contestó tu mujer y no tuve valentía para dejarte ningún mensaje. Me dijo que te habías ido a Londres y tu móvil no contestaba.

--Me agarré un cabreo de mil pares de narices y en venganza conmigo mismo, me fui de viaje para olvidar.

---Acababa de enterrar a mi madre, estaba destrozado y cuando lo volví a intentar de nuevo y salirme el contestador, pensé que lo mejor era esperar a que me llamaras tú, aunque fuera para hacerme algún reproche por mi comportamiento que, por otro lado, habría comprendido.

--Yo también te llamé y para ser más sincero, ayer mismo. No cogiste la llamada. Colgué desesperado. Ahora comprendo todo lo que debes de haber pasado como consecuencia del fallecimiento de tu madre y de verdad que lo siento; pero a veces,... aunque no se desee, si estaba sufriendo...

--No soy consciente de su sufrimiento, aunque su estado no era el más recomendable. Gracias por tu comprensión.

-- ¿Me quieres Héctor?.

--¿Tú qué crees? ¿Por qué estoy aquí contigo, por cumplir? Estoy, porque tengo necesidad de verte, de sentir, de reír, de llorar contigo. No me importa si no puedes dedicarme todo el tiempo de tu mundo. Pero sea el que

fuere, lo necesito. Te he echado mucho de menos. Me has hecho mucha falta.

--Sentiste mucho lo de tu madre, ¿verdad?.

--¡Imagínate! Ahora estoy más tranquilo, más sereno, aunque es algo que nunca se olvida.

--¿Por eso estabas hoy en el cementerio?.

--Sí, al ser domingo, he ido a hacerle una visita y, mientras depositaba en su tumba unas flores, vi llegar al féretro y a sus acompañantes, de entre los cuales, te descubrí a ti. Esperé nervioso a que efectuaran el entierro y me di cuenta de que se trataba de alguien cercano, pero que no presidías el duelo. Eso me tranquilizó y cuando te vi tan solo y tan desprotegido, dando rienda suelta a tu dolor, me entró una ternura infinita y no pude evitar el acercarme para consolarte.

--Era un amigo. Ha sido muy duro, pero mejor dejar ese tema ahora. Lo único que te puedo decir es que, como consecuencia de su desaparición, me he planteado que la vida no es el pasado ni el futuro, que la vida es el hoy, el presente y que, absurdamente, no lo disfrutamos como debiéramos y yo, que tengo treinta años ya, deseo vivir mi tiempo cómo y con quien me requiere el alma: contigo.

Continuaron degustando con inapetencia las especiali-

dades de la casa y, cuando tomaron café, Héctor abonó el importe del almuerzo y subieron al coche para ascender a la cima de la montaña, al pie de la cual, se hallaba instalado el restaurante de donde habían salido minutos antes. Cuando se alcanzaba el objetivo, el visitante se encontraba con un mirador desde donde se podía divisar una bella panorámica del Mediterráneo. Aparcaron, y al llegar al lugar previsto se vieron asombrosamente envueltos por las bajas nubes que cubrían las copas de los árboles. Los alrededores estaban cubiertos por algodoados grises que daban al entorno un aspecto celestial inusual. Con las cabezas empapadas por la humedad que hacía, fueron adentrándose en el paisaje por entre los grandes pinos, al pie de uno de los cuales, Héctor extendió la manta de viaje que había extraído del maletero de su coche. Sobre ella rodaron sus cuerpos semidesnudos. Fueron unos momentos aquellos por los que todo aquel que hubiera tenido la oportunidad de vivirlos, sabría distinguir la diferencia que existía entre el egoísta y natural intercambio de complacencia sexual y la total entrega del ser, por y para eso, ser.

¿Por qué me mientes?

--¿Qué tal te lo pasaste anoche?.

--Bien, ya sabes, la conferencia un poco aburrida: pero luego se animó con la participación del público.

-- ¿Y había mucha gente?.

-- Casi lleno.

-- ¿Por qué me mientes?.

-- ¿Yo?.

-- ¡Sí, tú! Ayer no hubo conferencia. Se suspendió a última hora, por enfermedad del conferenciante. Lo estoy leyendo aquí, en el periódico.

Gustavo quedó estupefacto. Qué ironía del destino: por qué poco, se cogía a un mentiroso – pensó reaccionando rápidamente-.

--Bueno y que más da una conferencia más que menos. Lo cierto es que antes de llegar, me encontré con uno de los organizadores del homenaje que se le va a hacer a Ricardo, nos fuimos a un café y de allí a tomar unas cervezas y, la verdad es que se nos hicieron las tantas.

-- Y ¿cómo me explicas lo de la mancha de sangre en el slip que te quitaste anoche al acostarte?.

-- Pero, ¿es que me espías?.

-- No, no te espío; pero es que desde hace un tiempo tu comportamiento es diferente. Te noto con ganas de escapar, más que de salir. Apenas hablamos en el poco tiempo que estamos juntos y yo, comprendo que soy la primera en fomentar esta hiperactividad que llevamos, pero algo me dice que no funciona. Nunca nos habíamos mentido. ¿Qué ocurre?... O mejor no me lo digas. Ahora no. Sólo quería que supieras que me doy cuenta de que tu comportamiento ha cambiado. Estás inquieto, nervioso y excesivamente estimulado cuando sales para asistir a las miles de reuniones, conferencias y compromisos que te inventas. ¡No, no quiero que me des en este momento explicaciones! Te repito que, por que te quiero, es por lo que me duele esta falta de sinceridad que tienes conmigo. En fin, me marchó. Llego tarde. Ya hablaremos cuando lo creas conveniente; pero espero que te aclares la mente y vuelvas a ser lo que eras conmigo. Un beso.

Gustavo no tuvo fuerzas para decirle en ese instante la verdad. Estaba confuso, no porque se le hubiera descubierto en la mentira, sino porque se había encendido la luz de alarma en el cerebro de Eneida y él debía reaccionar en consecuencia y aclarar la situación que, a partir de entonces, se le iba a plantear; pero qué felicidad

sentía al saberse querido y deseado por Héctor. Hacía ya un mes, desde la vez primera y Héctor, la noche anterior, con total entrega y ternura, le manifestó el deseo de ser penetrado para que el gozo fuera recíproco. Esa fue la causa de que en su slip quedara la huella sanguínea que había descubierto Eneida. Huella que se hubiera podido evitar de haber llevado preservativo y haber hecho el amor en lugar distinto al de aquella finca en ruinas, que descubrieron en las afueras del pueblo y en donde habían pasado la tarde admirando el paisaje que, desde una de las habitaciones principales, se podía contemplar.

--Eres el primer hombre que me ha penetrado. Lo has notado ¿no?.

--¿Has sufrido mucho, te he hecho daño?.

--Hombre, ten en cuenta que el lugar no está preparado como una vagina para recibir una penetración; pero ha valido la pena, porque me he sentido tan tuyo,...

--como yo me siento de ti cuando haces lo mismo conmigo.

-- y lo más bonito de todo esto es que, cuando la mayoría del mundo usa preservativos, nosotros lo podemos hacer a pelo.

--Lo cual, no quiere decir que aunque no tengamos que cumplir con otra persona, sea del sexo que sea, no

debamos poner los medios necesarios y preventivos para evitar el SIDA.

--¿Incluso con tu mujer?

--¡Por supuesto! Ya te comenté en una ocasión que nosotros así lo preestablecimos cuando éramos novios por lo del posible embarazo y, después de casarnos, para evitar tener que dar explicaciones, caso de mantener alguna aventura extramatrimonial; aunque tampoco quiero decir con ello, que si una noche se presenta, como hay seguridad, lo hagamos sin necesidad de tanto remilgo.

--Me parece que sois una pareja diferente, liberal, sin prejuicios, sin ataduras, sin ese afán de posesión y dominio que da el haber contraído matrimonio.

--Por eso, no quiero hacerle daño y por eso, yo no me separaría de ella, salvo que así me lo pidiera.

--Lo comprendo. Yo, sin embargo, tuve una experiencia matrimonial distinta.

--Normal. Cada persona es un mundo. Pero quiero que te quede clara una cosa: ella es mi amiga, mi hermana, mi compañera y tú te has convertido en el motor de mi vida. No quiero que creas que soy egoísta, pero no podría renunciar a ninguno de los dos y así se lo haría saber a quien me lo exigiera.

--¡Tranquilo, que yo te quiero así: con la libertad que

para mí deseo!.

--Lo único que te pido y me impongo es que seamos lo suficientemente amigos como para no mentirnos de forma gratuita e inhumana.

--¿Le piensas contar a tu esposa lo nuestro?

--Todo a su debido momento.

--¿Tan inseguro estás de tus sentimientos hacia mí?

--¡No, en absoluto! Pero a quien noto insegura es a Eneida. Tiene problemas menstruales, anemia y no la veo con energía para recibir esta noticia en estos momentos. Esperaré a que todo vaya desenvolviéndose de una forma natural, no quiero forzar el cauce de nuestro destino.

-- ¡Está bien! Tú decides.

En la mañana siguiente a tan intensa noche de amor, el descubrimiento inoportuno del que había sido objeto por parte de su esposa, se provocó que Gustavo bajara de esa nube en la que todo ser apasionadamente enamorado, inconscientemente, vive.

Mi esposo no sabe que estoy embarazada.

--¿Es seguro lo que me está diciendo?.

--Las pruebas que se te han efectuado así lo confirman. Estás embarazada y el feto tiene problemas: por eso te recuerdo la posibilidad del aborto.

--¿Pero ahora, después de dos meses de embarazo? ¡Es un ser vivo!.

--Sí, efectivamente, pero un ser vivo que va a nacer con taras y esa responsabilidad hay que asumirla fría y conscientemente ahora, porque la decisión puede afectarte durante toda la vida. Por eso, te recomiendo que hables con tu esposo, si estás casada o con tu pareja. La decisión debe ser cosa de dos. Tú tampoco puedes sacrificar la existencia del padre a la servidumbre de traer un hijo al mundo con la disminución psíquica con la que vendrá el tuyo.

--Mi esposo no sabe que estoy embarazada.

--Pues debes hablar con él. Caso de que optéis por el aborto podría atenderte en el Hospital, no hace falta que acudáis a la privada, ahora, me gustaría saberlo cuando antes para poder contar con gente de mi equipo.

--¿Por qué hace esto por mí?

--Porque mi hermano nació hace veinticinco años con el mismo problema con el que va a nacer tu hijo y he visto cómo mis padres han sacrificado su vida hasta poder llegar aquí y, lo peor, como dice mi madre, no es llegar: el problema para ella, el verdadero dolor está en que ella, por ley natural, fallecerá antes que él y, después,... – ya sabes, aunque tiene hermanos, los padres son los padres y la entrega incondicional de una madre es insustituible –.

--Lo entiendo.

--¡Toma, aquí tienes mi móvil! Llámame cuando hayas adoptado alguna decisión al respecto. Sólo te ruego que la pienses fría y detenidamente. Sea la que fuere, cuenta conmigo.

--¡Gracias! Gracias por todo.

Eneida abandonó la consulta sin ser consciente de lo que hacía en aquellos instantes. El golpe había sido bajo. Su primer embarazo: el primer encuentro con una realidad cruda, cruel. El feto, su hijo, vendría al mundo con minusvalía. ¿Hasta qué punto tenía ella derecho a permitir la tara de un ser, por muy mucho que formara parte de ella? ¿Y su esposo? ¿Tenía ella derecho a que tuviera que asumir la responsabilidad de sobrellevar una carga, como la que suponía traer al mundo a un ser discapacita-

do, por el simple hecho de que ella tomara tal decisión?... Por otra parte, qué fácil podría resultar todo si provocaba el aborto,... Eso era lo que más angustia le producía en su interior: sesgar una vida por el egoísmo propio de vivir la suya.

--¿Dónde estás?

--He salido a desayunar.

--¿Cómo llevas la mañana?

--Bastante complicada.

--¿Nos veremos para comer?

--Creo que va a ser un poco difícil.

--Entonces,... ¿Preparo la cena para la diez?

--¡De acuerdo! Lo que tú quieras.

--¿Te pasa algo?

--¡No! ¿Por qué?

--Te noto la voz rara.

--Debe de ser el móvil. No funciona bien últimamente.
Te dejo.

Rompió a llorar. Se sentó en un banco y se tapó la boca con un pañuelo, fingiendo estar resfriada, para po-

der ahogar el sonido de su llanto. No sabía qué hacer, adónde ir. Tenía amigas, pero superficiales; a su familia, para nada; a su esposo, tan distante,... Sola. Así se hallaba: sola para ser verdugo y reo. Así es como se sentía. El daño que en la madurez daban los golpes de la vida era tremendo. Tenía que decidir; pero qué: ¿Permitir la vida para que el sufrimiento hiciera presa en ella, en el nuevo ser, que no tendría la capacidad de elección ante la inmediata y segura condena a la que se le imponía, contra su voluntad? ¿No permitirle y darle la razón a la cobardía, al egoísmo, sacrificando el ancla que podía detener el navío de su vida? Si hubiera creído en Dios, se habría aclamado a Él en esos instantes; pero aquel era un problema humano y no divino.

¿Pero te veré?...

-- Se me ha quemado un poco la pizza.

-- No importa. No tengo mucho apetito.

-- Las endibias con nueces y roquefort te encantan y apenas las has probado.

-- Ya te he dicho que he tomado a media tarde unas tostadas y me ha quitado la gana. Gustavo ¿a qué se debe tanta complacencia? ¿Estas dos velas, la luz tenue, la música de fondo...qué tienes que comunicarme?.

-- ¡Qué lista eres! No he podido sorprenderte nunca. Siempre has sabido mis intenciones.

-- No es cuestión de listeza, ni de intuición; es sólo cuestión de años de convivencia. ¿Sabes el tiempo que hace que nos conocemos?: diez años. Yo tenía veinticinco y tú diecinueve. Nos conocimos en la Universidad. Acababas de matricularte para un curso de teatro y yo casi estaba terminando Filosofía. Al principio tenía remordimientos por la diferencia de edad, pero lo mío fue un flechazo que no pude evitar. Te vi y me deslumbraste: tu ambigüedad me cautivó. No eras como los demás, machos vulgares que sólo iban a tirársete. Tú no, tú eras distinto: amable, discreto, sensible, inteligente y sobre

todo, ¿sabes qué?: ¡bello!

No me arrepiento de nada. Volvería a empezar mi vida contigo si la vida me diera esa nueva oportunidad.

--Eneida, yo también te quiero, pero hicimos un juramento: el de no engañarnos y yo, desde un tiempo atrás, no lo estoy cumpliendo. Hay algo que tienes que saber: estoy viviendo un apasionado romance.

--Debe ser mucho más que un apasionado romance. ¿Me equivoco?.

--Intuyo que sí.

--Y ¿has tomado alguna decisión al respecto?.

--Yo no quiero romper nada de lo que hemos construido tú y yo. No quiero perderte. Tú, significas la mitad de mi vida.

--¿Y quién es la que significa la restante mitad? ¿La conozco?.

--No.

--¿Te corresponde?.

--¡Sí, por entero!.

--¿Y qué quieres que haga yo? ¿Cómo esperas que reaccione? ¿Diciéndote, que lo comprendo, que no te preo-

cupes que, adelante, que todo esto me parece cojonudo?.

Eneida no pudo contener el llanto. Evidentemente estaba destrozada. Su vida se derrumbaba sin remisión alguna. No podía más pero cayó su queja, su reproche, su embarazo, su lucha por la decisión que debía adoptar de inmediato. Se humedeció los labios con el vino que había en su copa y recomponiéndose y, con la misma ternura que sentía hacia el feto que tenía en sus entrañas, acarició el rostro de Gustavo mirándole fijamente.

--Voy a pedir excedencia. Necesito alejarme de ti durante un tiempo.

--¿Un tiempo? ¿Cuánto?.

--El que sea preciso para saber qué es lo que quiero hacer de mi vida. Deseo que estés y te sientas libre de mi influencia para que tú también puedas decidir y si, al final, optamos por continuar juntos, hacerlo sin ataduras, sin reproches, sin renunciaciones. Te amo tanto, que te quiero libre, hasta de mí.

Gustavo se levantó de su asiento y se arrodilló frente a Eneida, como un niño que espera el perdón.

--¿Adónde piensas irte?.

--Lejos de esta ciudad. A un pueblo de la montaña. Necesito tranquilidad, paz. Huir del asfalto, de la opresión, de la prisa, del consumo. Necesito volver a descubrir que

hay luna creciente, que las estrellas brillan. Oler a pan recién cocido, saborear los alimentos que da la tierra, sin necesidad de ser congelados. Hablar con la gente humilde, humanizarme otra vez; ignorar por un tiempo la maldad, la hipocresía, la prisa, la competitividad, el compromiso social absurdo. Enriquecerme con aquello que hace a un ser diferente de otro: su capacidad de entrega, de amor, de sacrificio.

--¿Pero te veré?

-- No, hasta que yo misma tenga las ideas claras. Pero prometo escribirte, sin remite por supuesto.

--O sea, que esto es como una ruptura, pero socavada. ¿Y te has preguntado qué haré yo entretanto, qué va a ser de mí?

--Si verdaderamente amas, como presiento, y no es una absurda y a la vez lógica pasión lo que sientes por ella, lucha con uñas y dientes, porque en esto del amor no hay descanso, es un continuo flujo que te obliga, te compromete, envenenando y alimentándote a la vez. Dime una cosa: ¿La quieres tanto que no te importaría que te diera un hijo?

--¡Sí, pero nunca podrá dármelo!.

-- ¿Y si yo te lo hubiera dado?

--¡Habría sido el hombre más feliz del mundo!.

--Entonces, no desaproveches la oportunidad si tanto la amas.

--No más que a ti. Pero eso es imposible.

--¿Es que existe algún impedimento biológico?

-- Sí.

-- ¿Cuál?

-- El de su sexo.

-- ¿Quieres decir...?

--Que se trata de un hombre. Estoy enamorado de, un hombre.

Yo, Eneida.

--¿Cuánto le pongo señora?.

--Medio kilo, por favor. Póngame también dátiles.

--¿Los quiere adobados?.

--Yo, le aconsejaría de aquellos; están maduros en la palmera.

--Bueno, pues póngame de los que dice esta señora.

--¿No es de aquí, verdad?.

--¿Se me nota?.

--¡Claro! pero es que además en el pueblo nos conocemos todo el mundo y, en cuanto viene alguien de fuera lo descubrimos enseguida. Me llamo Julia.

--Yo, Eneida.

--¿De cuánto tiempo estás embarazada?.

--De tres meses.

--¡Qué envidia! A mí me encantan los niños.

--A mí también.

--¿Adónde vives? Bueno, perdona por mi descaro. Te lo pregunto porque voy en aquella dirección y si quieres te ayudo a llevar alguna bolsa: te veo muy cargada.

-- Voy también hacia allí, pero no te molestes, yo puedo sola.

--Pero si no es molestia. ¿No ves que no voy cargada?. Ya he terminado de comprar.

--Bueno, pues toma.

Eneida le entregó a Julia dos bolsas de plástico repletas de fruta fresca, reservándose para sí las que contenían las verduras. Fueron sorteando a la gente hasta salir de la calle en la que se concentraba la mayoría de los puestos del mercado ambulante que se instalaba en el pueblo un día a la semana y adonde, los intermediarios y algún que otro campesino, llevaban los productos de la huerta de los alrededores.

Era un día luminoso. El calor se hacía sentir y Eneida notó un vacío en su estómago que le recordaba que debía tomar algún alimento para poder llegar a casa sin sufrir desmayo alguno.

--¿Me has dicho que te llamas Julia, verdad?.

-- ¡Sí!

-- Oye, Julia, te invito a tomar lo que quieras, yo estoy

desfallecida. He desayunado sólo café con leche y mi estómago me está pidiendo algo sólido.

-- ¡Vale, acepto la invitación!.

--¿Entramos en este bar? ¿Qué te parece, tú que conoces más todo esto?.

--Bien. Aquí son limpios y preparan unas tostadas con aceite casero muy ricas.

--¿Qué van a tomar? ¡Qué tal Julia!.

-- ¡Hola!.

--Yo, voy a tomar un zumo de melocotón y una tostada con aceite y ¿tú Julia?.

-- Yo, como son las doce, me tomaré una cerveza. Tengo sed.

--Mira, pensándolo bien, tráigame a mí otra, pero sin alcohol y algo de picar.

-- Entonces,... el zumo,...

-- No, prefiero la cerveza.

--¿Tenéis Fortuna?.

-- Sí.

-- Tráeme un paquete cuando vengas.

El camarero se dirigió a la barra para cumplir con el encargo.

-- ¿Eres de aquí?

-- Sí.

-- Me gusta este pueblo. Yo ya lo conocía. Estuve hace siete años pasando unas vacaciones y me encantó, porque era muy tranquilo.

-- Demasiado, para mi gusto.

-- Tienes un pelo precioso y el color también.

-- Me lo suelo teñir yo.

-- ¿No me digas?

-- Sí. Estoy estudiando para peluquera. Me queda poco para sacarme el título. Así que, cuando quieras, si te atreves, puedo arreglarte el tuyo, si no te apetece ir a la peluquería.

-- Pues mira, no te digo que no lo hagas. Tintármelo, de momento, no me hace falta, prefiero conservar mi color hasta que aparezcan las canas; aunque me gustaría recortarme las puntas.

-- Si quieres, mañana mismo, que es domingo, te las puedo arreglar. Ven a mi casa. Vivo en la paralela a esta calle, detrás del Ayuntamiento, en el número doce.

--Muchas gracias. Yo vivo en el número dieciocho, al final de esta calle, en el ático.

--¡Huy, la vista desde allí debe ser preciosa! Se ve todo el mar.

-- Pues entonces, prefiero que vengas tú a mi casa: así disfrutarás del paisaje. Te invito a comer.

--¿A qué hora te parece bien?.

--Allá a las dos.

-- ¡Fantástico!.

El camarero depositó en la mesa las cervezas que le habían sido pedidas, un plato con aceitunas, otro con almendras fritas y el paquete de tabaco.

--¿Te molesta que fume?

--¡No, en absoluto! Yo también he sido fumadora empedernida. No me molesta el humo del tabaco rubio; ahora, con el que no puedo es con el del puro: me marea.

-- Ni yo.

-- Gracias.

-- ¿Por qué?.

-- Por tu atención hacia mí. Acabo de conocerte y me caes muy bien.

-- Y tú también a mí. Además te he visto tan indefensa,...

--En qué te basas para creerlo.

--En que una sabe lo que es estar sola y yo, hace ya unas semanas que te he visto por el pueblo sin compañía, sin hablar con nadie.

-- Y ¿cómo has descubierto que estoy embarazada?

-- Lo descubrí el otro día en la plaza del colegio, cuando observabas a los niños que allí jugaban y tocaste tu vientre con una ternura inusual. Tienes problemas, ¿verdad?

-- ¿Y quién no?.

--¡Está bien, no quiero que me mal interpretes! Te lo digo porque te vi llorar. Estuve a punto de salir del colegio a donde trabajo para ver qué te pasaba; pero te marchaste enseguida y yo, cuando terminé de fregar las escaleras, por más prisas que me di, te perdí la pista.

--Me siento abrumada por todo lo que me estás diciendo. Yo creía que pasaba inadvertida; pero, por lo que veo,....

--Ten en cuenta que en el pueblo se comenta tu llegada, que eres una mujer muy elegante, muy personal y que no se te ve con pareja alguna.

--¡Ay, las habladurías no paran!

--¡Pero, no creas que es de ti solamente de quien se preocupan! Es de todo el mundo y yo ya lo tengo superado. Pero, ser un transexual en un pueblo, es duro.

-- ¿Un transexual?.

-- ¡No me digas! .

-- ¿Es que no lo habías notado? ¡Qué piropo me acabas de echar!.

--Te prometo, que ni se me habría pasado por la cabeza semejante cosa. A los que he conocido siempre se les ha notado, porque sus gestos, sus formas de vestir, de maquillarse, han sido excesivamente provocativos; pero tú eres discreta, tienes una piel preciosa y tus ademanes son personales y contundentes, sin ridículos amaneramientos. Me imagino que debéis sufrir mucho hasta llegar a tener el físico adecuado a vuestra necesidad femenina ¿verdad?.

--¡Huy! no te lo puedes imaginar. He pasado por tantas crisis personales, tantas vejaciones, incomprensiones, desprecios y tantos momentos de soledad,... que a ti te lo puedo decir porque veo que eres una mujer culta. He llegado a reprochar tantas veces a mi madre que me trajera al mundo que, menos mal que la pobrecilla no ha llegado a enterarse – porque me faltó cuando más la necesitaba,

a los doce años -pero de haberse podido enterar, seguro que le habría provocado tal depresión, que habría llegado a suicidarse.

-- ¿Tanto odio tienes hacia ella por haberte traído al mundo?.

--Ahora ya no, porque he madurado; pero ten en cuenta que es muy duro encontrarse en la vida como me encontré yo y, encima, con un padrastro que nada más intentaba complicármela más.

--¿Y tu padre?.

--Del auténtico, nunca supe. Mi madre me tuvo soltera. Luego se casó con un gañán que la pretendía y murió a consecuencia de un aborto. Así que no veas el panorama: sin cariño, sin familia, sin dinero y con la tecla; qué digo con la tecla, con todo el piano encima. Para que me vengan ahora contando lo que son depresiones. En fin, no quiero hablar más de la cuenta; pero tampoco quiero dejar de decir lo que te voy a decir: intuyo que tienes problemas, a mí no me engañas y quiero que sepas que me tienes como amiga para lo que necesites. No quiero que te sientas sola. ¡Toma, mi número de móvil!.

--Gracias. Gracias por tu amistad y, sinceridad por sinceridad: sí, estoy sola, muy sola y necesitaba tropezar con alguien con quien poder charlar y siento no poder corresponderte, pero no tengo ni teléfono ni móvil; aho-

ra, te ofrezco mi casa y mi amistad. ¿Puedo hacerte una pregunta?

--¡Claro!

--Todo esto lo haces por humanidad, lo sé, pero ¿por qué, por mi embarazo?

--Tú lo has dicho. Me parece que estás tan sola como cuando quedó embarazada de mí, mi madre y no me quedaría tranquila si no te ofreciera mi ayuda.

--Pues brindemos por este encuentro, porque a qué te voy a engañar, la necesito y muy mucho.

Lo encargué ayer en el vivero

El ático se hallaba en la tercera planta de altura de una casa construida en los años sesenta con materiales de modesta calidad. Era de reducida superficie, unos sesenta metros cuadrados, con una amplia terraza que daba vistas al mar. Las paredes encaladas, el techo de color añil, el suelo de barro cocido y la humildad de los escasos muebles populares que Eneida había adquirido en el mismo pueblo, creaban un armónico espacio. Los libros abarrotaban los rincones de la casa apilados adecuadamente en espera de alguna librería que los elevara. El dormitorio con un baño, se hallaba en la parte trasera desde donde se divisaban las montañas que proyectaban su color malva en los atardeceres anaranjados del estío. En la parte delantera se ubicaban la cocina y el salón comedor con salida a la terraza frente al mar y en la que una sombrilla de playa proyectaba la suficiente sombra como para poder estar sentado a mediodía contemplando el paisaje, sin temor a quemarse la piel. Cuatro sillas de plástico verde oscuro, una mesa de pino natural y cinco jardineras atestadas de florecientes gitanillas, daban el toque de distinción mediterránea a lo que se podría denominar “comedor de verano”.

--¿Sí?.. ¡Hola, ya te abro!

Eneida pulsó el timbre del portero automático. Había llegado Julia justo a la hora prevista: las dos y cinco de la tarde. Terminó de colocar la macedonia de frutas en un cuenco de cerámica rústica y lo introdujo en la nevera. Entretanto, Julia subía las escaleras cargada con un centro repleto de petunias con el que había pensado agasajar a su reciente amiga.

--¡Ya estoy aquí! ¡Huy, parece que no, pero como no estoy acostumbrada a subir escaleras me falta la respiración!.

-- Pero ¿qué traes ahí?.

--¡Toma! Lo encargué ayer en el vivero. ¿Adónde lo dejo?.

--¡Son preciosas! Me encantan las petunias. Déjalo ahí en el pilón de la terraza, así lucirá más; pero no tenías que haberlo hecho.

-- Ya, pero me ha apetecido. ¡Hum!, qué bien huele.

-- Espero que te guste. Como no soy experta en arroces, he preparado una ensalada de marisco y carne mechada. ¿Te pongo una cerveza para el aperitivo o prefieres pasar directamente al vino?.

-- Una cerveza, por favor.

-- Bien, pues siéntate cómodamente que ahora las saco

yo a la terraza. Coge esos cojines que hay en el sofá, para las sillas.

--¡Ay, qué envidia! Esto es una maravilla. Qué vista y qué mona tienes la casa.

--¿Te gusta?... Sencilla, ya ves, sin pretensiones.

--¡Me encanta! Tienes que venir a la mía. Tiene dos plantas, sin vistas, pero tengo un patio emparrado... que te va a encantar. Vivo muy a gusto. Está necesitando un poco de arreglo, pero ya lo haré, si Dios quiere. ¿Te ayudo?.

--No, ya estoy aquí. Te voy a acompañar tomando también una cerveza sin alcohol.

La comida transcurrió sin prisas, disfrutando y saboreando el exquisito almuerzo preparado por Eneida. A los postres, la conversación fue entrando en calor. El vino desentumeció los músculos e inhibió a la mente, lo suficiente, como para entrar en materia íntima sin ningún tapujo.

--¿Hace mucho que has cambiado de imagen? Quiero decir que,...

--¡Ya, ya te he entendido, no te preocupes! Hace unos tres años. Después del fallecimiento de mi padastro. Antes ya se me notaba que no iba para militar precisamente; pero empezar a hormonarme, cambiar mi imagen

y salir a la luz del día, con faldas y a lo loco, como digo yo: tres años.

-- ¿Y ha sido duro?.

-- ¡Durísimo! Porque si esto te ocurre en una ciudad, me imagino que es más llevadero, pero en un pueblo, hay que tener muchos coj..., ya me entiendes, para enfrentarte a la burla y el escarnio de la mayoría de la gente que te rodea; porque claro, como maricón ya te reconocen, pero, como mujer,... ¡un escándalo!.

-- ¿No tienes familia?.

-- Sí, pero para los efectos, como si no la tuviera. Me queda una tía y unos primos. Mi madre siempre me inculcó, cuando se dio cuenta de lo mío, que tenía que ser fuerte y luchar sola frente al mundo sin esperar ayuda de nadie, que tenía que valerme por mí misma y no permitir nunca perder la dignidad.

--La dignidad. Hace unos meses esa palabra me habría sonado distinta a lo que hoy me suena.

-- ¿Por qué, por lo de tu embarazo?.

--No, al contrario, porque yo era libre, atada sólo por amor a un hombre, mi esposo y, he tenido que renunciar a él, precisamente por poder ejercer mi libertad de elección, sin tener que perder mi dignidad.

-- ¡No te enfades, pero no te cojo la honda!

-- Perdona. Claro, dicho así es difícil de entender; pero, andando el tiempo ya te contaré y entenderás. Lo mío aún está muy reciente y la herida duele; pero todo se andará. Espero que no te aburras por tener que soportar mis neuras.

--Ni tú por las mías. ¡Oye, por cierto, yo me he traído todos los bártulos para cambiarte el “luck”!.

-- ¡Ah, pues estupendo! Como la tarde es larga, si quieres, retiro todo esto en un periquete, tomamos café y me pongo en tus manos. ¿Qué te parece si me corto la melena?.

-- A mí, estupendo; estaba a punto de decírtelo yo, porque vas a estar más cómoda cuando aprieten los calores.

Tres horas más tarde, a las siete, Eneida había dado un cambio a su imagen, gracias a Julia.

-- ¡Qué guapa hija, qué ojos y qué cara! Estás hasta más joven. ¿Sabes lo que te falta ahora? Que te cambies el color del pelo con un rubio más claro. Mañana, que voy a la ciudad, traeré unos tintes para ti y para mí de una casa que vende al por mayor toda clase de productos de peluquería y cosmética. Como soy aprendiz de peluquera, puedo comprar allí y me lo dejan a mitad de precio.

-- ¿Has dicho que mañana te vas a la ciudad?.

-- Sí ¿por qué?.

--¿Podrías hacerme un favor? – se levantó y de su dormitorio cogió una carta sin remite – Toma, me la echas en cualquier buzón que encuentres. ¿No te importa?.

--¡Qué va, pareces tonta!.

-- ¿Te apetece que bajemos a la playa a andar un poco?.
Hace una tarde preciosa.

-- ¡Vale, pero espera que me retoque! ¿Dónde está el baño?.

-- Al fondo.

Anduvieron durante largo tiempo bañándose los pies en la orilla de la playa, charlando animadamente de sus gustos cinematográficos, musicales, gastronómicos y también, cómo no, de hombres y, casi sin darse cuenta, despidieron a los últimos rayos del sol, que durante la jornada había sido testigo de la amistad nacida entre ambas.

¿Estás enamorado?

Julia bajó del tren que le había conducido a la ciudad y, antes de que se le pudiera olvidar, echó la carta en el buzón que había en la salida de la estación. Eran las once de la mañana y hasta la una, tenía tiempo de realizar las compras previstas, entre ellas, los tintes de pelo. También quería comprar un muñeco de trapo para el bebé que estaba esperando Eneida.

Cuando hubo terminado la consulta con el cirujano que dirigía su transformación física, llamó desde el móvil a Héctor por si aún no había salido de su despacho y le apetecía almorzar con ella.

--Sí. ¡Dígame! ¿De parte de quién? A ver, un momento, no se retire.

--¡Hola, Julia! ¿Cómo estás? Estaba a punto de salir. No, no tengo ningún compromiso. Por mí, estupendo. ¿Dónde te recojo? ¿En la Rambla? ¡De acuerdo! En diez minutos estoy ahí. ¡Hasta ahora!.

Para matar el tiempo, Julia se acercó al quiosco de prensa que había a pocos metros del restaurante donde había quedado para almorzar con Héctor. Compró dos revistas del corazón y otra cuyo título “Ser madre” podría

ser de utilidad para su amiga Eneida.

--Para dos, por favor.

--¡Pasen los señores!.

Héctor y Julia tomaron asiento y ocuparon la mesa que les había indicado el camarero. Una vez comprobada la carta fueron servidos los platos elegidos que fueron regados con la Reserva del 75 de un afamado vino.

--¿Van a tomar café los señores?.

-- Cortado.

-- Y uno solo.

-- ¡Bueno, cuéntame! Te veo muy guapo.

-- Pues tú no estás nada mal tampoco.

--Eso me ha dicho el cirujano. Está encantado con el resultado de las intervenciones, tanto es así, que no sé si animarme para hacerme la de las nalgas, aunque él me ha dicho que hasta el año que viene, por estas fechas, es conveniente que descanse. No es recomendable abusar de la anestesia. ¿Tienes prisa?.

-- ¡No, no especialmente! Es que no sabía qué hora era. ¿Me permites que utilice tu móvil? Me he dejado el mío en el despacho, ahora que me doy cuenta.

-- ¡Claro, toma!.

De la conversación que escuchó sin querer, Julia sacó rápidamente la conclusión de que no iba a terminar esa tarde revolcándose con Héctor en su apartamento.

-- ¿Sigues enamorado? ¿Era él, verdad?.

-- Sí, se llama Gustavo. Le he dicho que estamos aquí por si le apetecía acercarse a tomar café, pero me ha dicho que no le da tiempo. Está en la Universidad aún y esta tarde tienen que volver para terminar un proyecto.

-- ¿Qué es, universitario?.

--¡No exactamente! Terminó la carrera de Informática, pero parece ser que están metidos en un proyecto que les han encargado en la Universidad.

--Pero ¿es pareja estable o, simplemente un agradable entretenimiento?.

--No. Va camino de convertirse en pareja estable. Él vive solo ahora. Está casado, pero se han dado un período de prueba, por lo nuestro. La verdad es que hemos preferido que se venga a vivir conmigo. Es mejor, su casa le trae recuerdos que pueden perturbar nuestra convivencia.

-- Pues me parece estupendo, aunque no puedo negarte que me fastidia el que ya no podamos echar un

polvo tú y yo, porque me imagino que le habrás jurado fidelidad.

--¡Por supuesto! Nos la hemos jurado.

--No me hables de juramentos que yo, soy experta en ellos.

--¿Cómo vas con tu historia?.

--¿Con mi Concejal? Lo tengo entregado. Me está montando una peluquería, estoy terminando el curso que me ha pagado. La verdad es que no me puedo quejar; pero no es amor lo que siento por él, ni siquiera atracción. Nuestra relación me la planteo como un trabajo. Pensarás que soy una puta, pero hijo entre serlo y estarlo, prefiero lo primero, porque de lo segundo, ya estoy harta. Bueno, cambiemos de tercio. ¿Cuándo vas a presentarme a tu amor? Podríais venir un fin de semana a casa. Tengo dos dormitorios y la cama de matrimonio la dejaría a vuestra disposición. Ya apetece perderse por aquellas calas y tomar el sol desnudo.

--Mira, a mí no me importaría, por cambiar de aires, pero él está deprimido y no creo que de momento le apetezca.

--¿Deprimido con lo que se está echando al cuerpo?.

--Ten en cuenta que él sigue enamorado de su esposa.

--¡Ya, como casi todos! ¿Entonces por qué se ha separado de ella y está follando contigo?.

--Él no fue el que tomó la decisión. De todas formas lo peor de esto es que la felicidad de uno, siempre origina la desgracia de otro.

--La vida es así de cruel. Las que tú das por las que tomas. Tampoco es lógico que, por evitar el daño a la otra persona, tengas que estar jodida manteniendo una relación que no te satisface. Para eso se ha inventado lo del divorcio.

--Yo, por la experiencia que tengo, he de reconocer que lo del divorcio es mucho más complejo de lo que parece. Aunque está claro que cuando se ha roto, los arreglos son parches y soportar una convivencia parcheada,...

--Mira, de algo parecido estuve hablando ayer con una amiga que también se acaba de separar, aunque ella, para más desgracia está embarazada. Yo, cada vez estoy más convencida de que lo último que se debe de perder es la libertad.

--¿Ni siquiera por amor?.

--Y por amor, mucho menos. Bueno, pero a pesar de todo, no quiero engañarte: yo, estaría encantada de encontrar a alguien que me tuviera presa, de placer, claro.

--Julia, nunca cambiarás.

Brindaron alegremente con el cava que quedaba en sus copas por lo más importante para ambos: el amor, con mayúsculas.

El haber tenido un hijo...

Gustavo, por fin, había tenido noticias de su esposa. Recibió una carta que ésta le había escrito en la que le comunicaba que se encontraba un poco aturdida por la falta de ocupación y por el giro que había afrontado; pero que se encontraba bien: con alguna bajada que otra, aunque ilusionada por llegar a conocerse un poco más y profundizar así en el verdadero sentido de la vida, de su vida; que estaba conociendo a gente de status cultural distinto al suyo, tan despreciadas por la sociedad competitiva en la que ella había estado inmersa durante tantos años y de la que, humanamente, tanto se estaba enriqueciendo. Valía la pena el cambio, aunque no negaba que le echaba de menos con amor, sin rencor ni reproche alguno. Por último, se despedía de él, agradeciendo a la vida el que le hubiera dado la oportunidad de haberle conocido, con un maternal abrazo.

El contenido de la misiva tranquilizó a Gustavo. Había tardado un mes en tener noticias de Eneida. Afortunadamente eran gratificantes, aunque no podía evitar tener remordimiento por sentirse tan feliz junto a Héctor y haber sido el causante de la separación por la que estaba atravesando su matrimonio.

Objetiva y egoístamente, Gustavo reconocía que quizá esa separación era lo más conveniente para el triángulo amoroso que se había originado con su nueva relación. Con ella, cada uno, tendría la posibilidad de valorar con plenitud la autenticidad de sus recíprocos sentimientos y, en consecuencia, optar y asumir, sin coacción alguna, la nueva etapa de su vida.

El haber tenido un hijo habría afianzado su relación matrimonial y él no habría optado por dar rienda suelta a sus instintos sexuales, convirtiéndose en uno de tantos homosexuales casados, que todo lo sacrificaban en aras de la “paternidad” que avalaba su “hombría” frente a la sociedad; pero no, eso habría sido frustrante: castrar el deseo y la necesidad de algo tan natural como disfrutar su sexualidad sin tapujos ni mentiras.

Durante muchos años, desde que tuvo su primera relación sexual con aquel profesor de Instituto que le descubrió lo maravilloso de la felación y el sentimiento de saberse deseado por un hombre viril, que caía sin voluntad en sus brazos, al simple contacto de su boca, Gustavo había degustado todo aquello que la vida le había puesto por delante: jóvenes, adultos, altos, feos, cultos, atléticos; toda la gama existente en el mercado de la homosexualidad descarada o encubiertamente manifestada. Para él, era estimulante provocar el deseo, jugar a la ambigüedad, entregarse de forma gratuita sin mediar el más mínimo sentimiento amoroso. Ésa fue la causa por la que Enei-

da con su sensibilidad, comprensión y seguridad, había conseguido que él, un homosexual, se sintiera atraído por ella y asumiera su codependencia hasta el extremo de llegar a contraer vínculos matrimoniales, fórmula perfecta para paliar su incontrolada promiscuidad.

Gustavo era feliz con Eneida, o al menos así lo creía hasta que apareció Héctor, cuyo aspecto tanto le recordaba al de aquel profesor veinte años mayor que él, que solicitó el traslado de su plaza al Instituto de otra ciudad por exigencia del Director, al no permitir éste el escándalo detectado -se habían descubierto, por la señora de la limpieza, los juegos eróticos a los que era invitado Gustavo por su amante profesor durante las horas de estudio bibliotecario, en el despacho privado de este último-.

Gustavo tardó en enterarse de la razón por la que se había originado aquella repentina desaparición sin despedida alguna. En su mente siempre estuvieron los juegos iniciáticos que tanto placer producía a su incipiente sexualidad. Ahora era distinto, él había crecido, madurado, asumido y aceptado lo que era; por lo tanto, renunciar de nuevo a su ideal, a ése que de una forma inconsciente había estado buscando desde la pubertad, era un precio muy alto que no estaba dispuesto a pagar. No obstante, reconocía que seguía queriendo a Eneida con ternura y amistad; pero eso no era suficiente. Ella se merecía que alguien la quisiera con la misma pasión y entrega que lo estaba siendo él y quién sabe, a lo mejor, después de

todo, esa separación, premonitoria de la ruptura que intuía, podía ser el revulsivo necesario para que Eneida comenzara una nueva andadura y encontrar así al hombre que ella se merecía. Era encomiable la comprensión demostrada con él, otra en su lugar no hubiera reaccionado como lo hizo cuando tuvo conocimiento de su relación con Héctor. Otra mujer, habría puesto el grito en el cielo, habría hecho la vida imposible a su marido hasta terminar presentando la demanda de separación, aduciendo la homosexualidad del mismo. Sin embargo, la reacción de Eneida fue abrumadoramente equilibrada, como si algo temiera y/o asumido de antemano la consecuencia de tal temor; quizá hasta si analizaba con profundidad, abrumadoramente fría. Sí, así había sido: fría y de resultados vertiginosamente inmediatos.

¿En qué piensas?...

--¡Qué buena está el agua! ¿No te bañas?

--Luego, más tarde. Pásame la crema, por favor.

--¡Toma!

Eneida, sentada en una silla metálica de asiento y respaldo plastificado, tomaba el sol en la orilla de la playa junto a Julia, que había extendido su toalla en la arena.

Cada una de ellas intentaba inhibirse de cualquier pensamiento negativo, dejarse adormecer por el sonido suave y lento que emitían las olas en la orilla. Era tiempo de sosiego y calma. Eneida debía guardar un poco de reposo y Julia se hallaba agotada, terminando de montar la peluquería que pensaba inaugurar de inmediato: estaba deseando colgar su “título” en una de las paredes del local y lo más importante, conseguir independencia económica.

Julia se incorporó para encender un cigarrillo y rompió el silencio.

--¿En qué piensas?...

--En la vida.

--¿En la vida? ¿Y, a qué conclusiones has llegado?.

--Pues a que es totalmente imprevisible. Te trazas un camino, te fijas metas, controlas cada instante de tu vida para que todo ello dé los resultados prefijados por ti y ella va y, en un segundo, sin preguntarte si consientes, te cambia de vagón, de carril y de destino.

--¿Tú no crees que una puede tener control sobre su vida?.

--Es lo que nos interesa creer y dirigimos toda nuestra energía intentando conseguir lo que deseamos. Tú misma, sin ir más lejos, naciste varón y estás luchando para conseguir ser esa mujer femenina que demanda tu ser; pero no has sido tú la que lo has provocado y conseguido, es el propio destino el que te ha dado las cartas para que creas que puedes jugar y hasta ganar, cuando en realidad, la jugada está prevista por él.

--¡Mira, tú lo verás muy claro; pero yo prefiero creer que una puede cambiar el rumbo de su vida y que puede elegir el camino para vivirla!.

--¡Sí, eso sí; pero el objetivo hacia donde ese camino te ha llevado será el que el destino haya previsto para ti!.

--Bueno, pues así será. Pero ¡mira, mira lo que está saliendo del mar! ¡Qué hombre, hija! Hay algunos que parece que estén hechos de encargo, aunque lo que más abunda realmente son los que no cabe duda están hechos de deshechos.

-- ¡Qué gracia tienes! Por cierto, creo que te están queriendo saludar.

-- ¿Quién?

--El del bañador a cuadros que está paseando por la orilla.

-- ¡Hola! ¿Sabes quién es?

-- No.

--El que me ha puesto la peluquería. El Concejal de Cultura.

--¡No me digas!

-- Sí, pero es un secreto,... a voces. Como eres mi amiga y sé que puedo confiar contigo, no quiero engañarte: nos entendemos, así si alguien te va con el cuento, porque en este pueblo nunca se sabe, no te cogerá de sorpresa. ¿No creo que esto nos distancie, verdad?.

--¡En absoluto! Y además, si me lo permites, te diré que haces bien: tú das lo que tienes y obtienes lo que te hace falta y él te da lo que le sobra a cambio de obtener lo que necesita ¡Oye! ¿Y quién es la que le acompaña?.

-- ¡Su mujer!

--Pues hija, no me extraña que se haya encaprichado contigo, porque no es por nada, pero a tu lado, parece su

madre.

-- Yo estoy muy contenta. Gracias a él, he reformado mi casa con un crédito que me dio el Banco, con su aval por supuesto y ahora, me ha alquilado el local donde vamos a instalar la peluquería y, encima me ha comprado todos los muebles y utensilios.

-- ¿Oye y la mujer no sospechará nada?.

-- Pues claro; pero mira él lo tiene todo muy estudiado. El banco que me dio el préstamo con su aval era de la capital, quiero decir que aquí no tiene sucursal; el local que he alquilado por plazo indefinido es de él pero por documento privado, porque como se lo ha regalado la Constructora en pago de un favor que él les hizo para poder obtener más alturas edificables, lo tiene a nombre de su hermano soltero, que le tiene dado poderes, y el dinero que ha costado la instalación de la peluquería, me lo ha prestado él por escritura pública para poder justificarlo yo en Hacienda y como la Renta y todo el papeleo lo lleva él, pues la mujer, ni se entera. Hija yo,... la verdad es que de todo esto no entendía nada, pero he de reconocer que a fuerza de acompañarle a su Asesor Fiscal y al Notario, que también están en la capital, voy a salir hecha una experta.

--Perdona que te interrumpa. Ahora que has dicho lo del Notario he recordado la necesidad de hacer testamen-

to. ¿Dónde está la Notaría?

-- En el parque, yo te puedo acompañar si quieres. Aunque te aconsejo que si tienes que hacer algo, lo hagas en la capital, porque aquí, como los empleados son del pueblo... nunca se sabe. Pero ¿por qué quieres hacer testamento con lo joven que eres?

-- Por si me pasa algo.

-- ¡Qué te va a pasar! Hoy en día parir no tiene riesgos, te ponen la epidural y ni te enteras.

-- No es por temor a que me pase algo al dar a luz, es por lo que me pueda ocurrir después de que nazca mi hijo. Quiero tenerlo todo arreglado.

Eneida, a pesar del calor que tenía en su cuerpo expuesto al sol, sintió que por el mismo corría un escalofrío.

--¿Te pasa algo? ¿Por qué lloras?.

-- No, es que se me ha metido un poco de arena en el ojo. No es nada.

Julia se dio cuenta inmediata de que el motivo de las lágrimas que eran ocultadas por Eneida, no era el que ella aducía. Consciente de que lo mejor era disimular y atenuar aquella situación embarazosa le insinuyó:

--¿Quieres que nos vayamos?.

--¡Por favor!.

--¡Pues venga, no lo pensemos más! ¡Vayámonos! Te invito a tomar una cerveza, sin alcohol. Estoy asada de calor.

Ambas recogieron las toallas y demás utensilios playeros y fueron caminando hacia el pasillo de madera que las conduciría a la terraza del bar, donde saciarían su sed.

Estás preciosa

Julia estaba nerviosa: eran las ocho de la tarde y la inauguración estaba prevista para las nueve de la noche. Había quedado todo perfecto. La decoración: genial. El “catering” lo iba a servir el antiguo novio de una amiga, que también tuvo los mismos problemas de identidad sexual que ella y que harta de aguantar, se marchó a Barcelona a hacer la carrera.

Julia, gracias a los consejos que había recibido de Eneida y de su afán de superación, había conseguido una metamorfosis asombrosa: su “luck” era menos provocativo y exagerado y su vocablo mucho más rico. Nadie que no la hubiese conocido tiempo atrás habría puesto en duda su exquisita educación, su refinada sensualidad y su atractiva feminidad.

Con una ceñida falda, que dejaba al descubierto la entrepierna, de color verde pistacho, un suéter morado con amplio escote en la espalda y unas sandalias con tacón de aguja del mismo color que la falda, Julia dudaba si ponerse un collar o no. Mirándose al espejo se probó algunos de bisutería que no le gustaban demasiado. Se quitó los pendientes para que su cara resultara más juvenil y optó al final por ponerse al cuello un rosario

de gruesas cuentas de coral y crucifijo de plata repujada, que le había regalado a su madre la Marquesa a la que estuvo sirviendo hasta que quedó embarazada en estado de soltera.

El color de su piel, dorada por el sol, hacía resaltar su perfecta dentadura y sus grandes ojos negros. Estaba realmente atractiva y, por si fuera poco, se puso unas gotas de esencia de una de las más importantes firmas de perfumería que costaba un riñón, y que le había regalado el Concejal para celebrar el primer aniversario de la relación extramatrimonial que gozaba con ella.

Extrajo del armario el bolso a juego con las sandalias; buscó un pañuelo de entre los cajones de la cómoda; cogió un pequeño portarretrato que se hallaba encima de la misma, que contenía una fotografía de su difunta madre y, mirándola, se puso a hablarle:

--Madre: Quiero que goces de este día. Tu hijo no te ha defraudado, ha salido de la miseria y ha dejado de ser el hazmerreír del pueblo para convertirse en una mujer respetada y respetable, que va a conseguir uno de sus sueños: tener su propia peluquería. ¿Que lo he conseguido gracias a lo que tú sabes? Estoy de acuerdo, pero no he robado a nadie, ni me he dedicado a vender droga; me he limitado a ejercer una de las profesiones más viejas del mundo: la prostitución, pero con un sólo hombre, que al fin y al cabo me respeta y me quiere y al que, por cierto,

sabes que le hago lo que me apetece y no a lo que me obligaba mi padrastro, cuando falleciste. Así que no te preocupes ni me reproches nada. Disfruta de la inauguración, que para eso te llevo.

Cuando hubo terminado de hablar a la foto que había en el portarretrato, le dio un beso y se la guardó en el bolso junto con las llaves de la puerta de la casa que cerró de un portazo.

Había gente esperando a la entrada de la peluquería. Gente joven, sin prejuicio alguno, que trabajaba en comercios y hostelería, algunos conocidos funcionarios del Ayuntamiento y Servicios Sociales y vecinos curiosos, debidamente informados de que habría canapés y bebidas de forma gratuita. Julia se tranquilizó cuando comprobó que aún no había llegado el Vicario para bendecir el negocio que se había instalado en el local.

Eneida apareció al final de la calle peatonal donde se hallaba el local. Estaba serenamente bella, con pantalón y blusón de lino blanco y sandalia roja que hacía juego con un gran bolso de paja. Sus largos pendientes de oro y coral hacían que destacara más su largo y sensual cuello. Julia salió a su encuentro, orgullosa de que compartiera con ella tan feliz jornada. Al propio tiempo llegaron el Concejal de Urbanismo -un comunista con aspiraciones capitalistas- y una futura clienta que le daría el “pedigrí” necesario para que la acaudalada “jet” femenina no le

faltara: la mujer del Concejal de Cultura, junto con su esposo, el amante y mecenas de Julia.

Terminada la bendición del local, se dio comienzo a la degustación del “catering” dispuesto en la misma calle peatonal. La gente empezó a animarse y cuanto más comían y bebían, más alto era el tono que empleaban para comunicarse.

--Estás preciosa.

--¿Tú crees? ¡Calla! Te pueden oír. Ahí está tu mujer.

--¡Me tienes loco! Te recojo a las doce. Mi mujer se queda hoy en el chalet con mis suegros.

--¿Dónde me esperas?

-- En la puerta de la iglesia, a esas horas no hay nadie que nos pueda ver. Llévate una toalla de baño, que yo me llevaré el cava y las copas. Quiero que nos vayamos a las rocas para comerte toda.

--¿Toda? ¿No te parece demasiada comida para una sola noche?.

--¡No y, además, pienso tomar también plátano, de postre!.

--¡Perdón si interrumpo! Me marcho Julia.

--¿Tan pronto?.

-- Es que estoy cansada y son las once. Necesito ponerme cómoda y tomar el fresco en mi terraza. ¿Te espero mañana a comer?.

-- Sí, pero no prepares nada, yo lo llevaré. ¡Ay! perdona: aquí te presento a Miguel Chávarri, Concejal de Cultura. Aquí mi amiga Eneida Álamo.

-- ¡Encantada!.

-- Me alegra el poder conocerla. Julia me ha hablado mucho de usted. No hace falta que le diga que me puede considerar su amigo y que si en algo la puedo servir, me tiene a su disposición.

--Es muy amable. Ya tendremos oportunidad de tomar unas copas los tres. ¿Te parece Julia?.

-- Por mí, encantada.

-- Ya lo organizaremos. Un beso.

Eneida fue caminando sola hacia su casa con paso lento, satisfecha de haber podido aportar a Julia la seguridad que necesitaba en su nueva etapa. Todo había resultado perfecto. Miró hacia arriba buscando a las Tres Marías y descubrió a la Luna nueva que inundaba con su luz la oscuridad de aquella apacible noche mediterránea, impregnada de aroma de jazmín, que tanto invitaba a extraer el nostálgico recuerdo del amor perdido.

Era Agosto

Habían transcurrido dos meses desde que Julia inauguró su peluquería unisex. El negocio funcionaba mejor de lo previsto. La gente joven del pueblo estaba entusiasmada con los aires vanguardistas que Julia imprimía a sus cortes y tintes de pelo y, arrastradas por esa innovación, acudían también las cuarentonas de la clase media que no sabían qué ponerse y qué hacerse, con tal de aparentar ser lo que ya no eran: jóvenes.

Julia seguía manteniendo su relación con el Concejal de Cultura, aunque las medidas para evitar ser descubiertos cada vez eran mayores. La esposa sospechaba algo y sus más allegados se ocupaban de consolarla fingiendo no saber nada al respecto, con tal de conseguir a través de ella algún que otro favor en el Ayuntamiento.

Miguel Chávarri, el Concejal, estaba cada día más enloquecido con la relación extramatrimonial que mantenía con Julia. Los viajes a la ciudad resultaban complicados porque Julia nada más tenía libre la tarde de los sábados y domingos y éstas, eran dedicados por Miguel a su familia, como buen padre de la misma. En consecuencia, frecuentaban un hotel que había en la costa cercana al pueblo cuya fama era conocida por las parejas que man-

tenían relaciones extraconyugales.

El pueblo se hallaba en fiestas, era Agosto y los veraneantes inundaban las playas, los apartamentos, los restaurantes, las calles: todo.

Eneida, que se encontraba molesta -su gestación era ya de seis meses, aunque no se le notaba apenas por lo de la delgadez - pasaba casi toda la jornada dedicada a leer y a oír música, aprovechando las horas nocturnas para resarcirse del agobiante calor diurno. Evitaba, en lo posible, el tener que soportar el gentío. Julia la visitaba en su ático varias veces durante la semana y la relación de amistad, entre ambas, era cada vez más estrecha y sólida. Los sábados bajaba al mercado para comprar las frutas y verduras frescas, que tanto le gustaban, y Julia las recogía a última hora y se las subía, aprovechando que ese día, el sábado era el que se había preestablecido para comer juntas.

La dieta de Eneida consistía fundamentalmente en pescado, que le solía traer un vecino cuando salía a la mar con su barca, un poco de carne de pollo y, lógicamente, abundantes frutas y verduras, cumpliendo así los deseos de su ginecóloga que no deseaba que Eneida engordara más que un kilo por mes de gestación.

Eneida había obtenido la información necesaria como para comprender que no podía evitar, en forma alguna,

el que Gustavo tuviera que afrontar la responsabilidad de un hijo cuya existencia desconocía y que le condicionaría durante toda su vida, si a ella le ocurría alguna desgracia. Le quedaban tres meses para tomar cartas en el asunto y decidir, en consecuencia, qué estrategia tenía que desarrollar.

Darí a luz a una niña, aunque no había plena seguridad de que fuera así. A Eneida, el sexo de su hijo no le preocupaba lo más mínimo. Le habían comentado, y así lo había leído en alguna que otra revista especializada, que los niños que nacían con el “Síndrome de Down” eran tremendamente cariñosos y dependientes.

A veces, el pensar con frialdad la resolución adoptada le producía una sensación de vértigo y, lo peor de todo, era que no podía contar con nadie de su familia – sus padres habían muerto y su hermano, Ingeniero, casado y con dos hijos, no mantenía ninguna relación con Eneida desde que ésta hubo contraído matrimonio con Gustavo -. Posiblemente, cuando llegara el momento pediría el traslado a una ciudad del Norte o quizá del Sur o adonde fuera, siempre y cuando la ciudad elegida tuviera colegio con la suficiente preparación para la educación de “niños especiales”, como lo iba a ser el suyo.

La vida que estaba llevando Eneida era muy parca en gastos gracias a lo cual, su economía no se sentía resentida y, por lo tanto, podría sobrellevar perfectamente el

año sabático que se había propuesto solicitar a partir de que terminara su baja maternal. Hasta que diera a luz y, con el conocimiento del Jefe de su departamento, al que le unía una gran amistad, estaría de baja gracias a la colaboración de su ginecóloga, que se solidarizaba con la problemática que se le había planteado a Eneida al elegir ser madre. En consecuencia, durante todo ese tiempo ella seguiría percibiendo un sueldo que le permitiría no tener que echar mano del capital con que contaba.

Héctor continuaba con los problemas normales de un Abogado especializado en separaciones matrimoniales, cada vez más abundantes y, afortunadamente, más fructíferas económicamente hablando. Compartía su vida con Gustavo y sorteaba, de vez en cuando, los problemas que le originaba socialmente la estrecha relación que mantenía con un hombre. No obstante, gozaba como nunca, se sentía vivo y él mismo, se asombraba cuando se descubría haciendo cosas que nunca hubiera podido imaginar: comprar una bata de seda para su amado, un perfume de varonil aroma, o unos determinados pasteles de mantequilla y frutas silvestres, especialidad de la casa, que tanto gustaban a Gustavo. El sexo cada vez se practicaba con mayor rigor, controlando cada instante de placer exacerbado y descubriendo qué zonas eran las que más hacían que se sintieran sexualmente elevados. Habían adoptado un pacto: la utilización de preservativo. La razón era idéntica a la que Gustavo había mantenido con

Eneida: plena libertad para mantener relaciones sexuales sin necesidad de tener que pedir disculpas al otro cuando lo hicieran. Héctor sabía que esa libertad conllevaba un alto riesgo: el de que Gustavo se enamorara de nuevo, aunque si eso llegaba a ocurrir no lo sería por culpa de la utilización de un preservativo más o menos, según teorizaba Héctor, como de costumbre.

Gustavo se sentía amado por Héctor de forma desmesurada. Reconocía que nadie le había demostrado tanto amor, bueno, nadie no: Eneida también había dejado en él una huella imborrable, también le había adorado, pero la diferencia entre ambos amores era que el de Héctor, además, había despertado y satisfecho, como nadie, su instinto sexual.

Gustavo estaba ilusionado con las vacaciones que había programado junto a Héctor. Estambul era una ciudad que siempre le había entusiasmado conocer. El viaje duraba quince días y el resto del mes, lo dedicarían a hacer turismo local. Sólo había una cosa que enturbiaba tanta dicha: la falta de noticias de Eneida y el no saber su paradero para poder visitarla. Sentía añoranza de ella, a pesar de todo.

Oye, necesito algo de alcohol.

--El próximo sábado viene este amigo del que te he hablado alguna vez a pasar el fin de semana en mi casa. Me encantará que le conozcas y así de paso, como es Abogado matrimonialista, le puedes consultar cualquier problema que tengas con lo de tu separación.

--De momento, no creo que vaya a tener ninguno. Mi marido y yo, no hemos sido materialistas nunca y lo único que suele ser conflictivo en estos casos, es la separación, pero de los bienes, y como no tenemos hijos,...

--¿Que no hay hijos?.

-- ¿Quieres un limón granizado? Yo, voy a tomarme uno.

-- ¡Vale!.

Julia y Eneida estaban en la terraza del pequeño ático viendo atardecer. Los días iban acortando. Septiembre había comenzado.

Eneida sacó con una bandeja dos vasos altos repletos del limón granizado que ella había preparado esa misma tarde.

-- Julia, creo que ha llegado el momento de que te hable claramente sobre mi situación. Me has demostrado que eres amiga y quiero corresponderte como te mereces. Te he dicho que en mi matrimonio no hay hijos, porque mi marido no sabe que estoy embarazada.

-- ¿Cómo?

-- Como lo oyes. Cuando tuve la primera falta me hice la prueba pertinente y dio positivo. Como empecé a manchar, me puse en manos de la ginecóloga que me correspondía en la Mutua. Al enterarse de la edad que tenía, no la que representaba, creyó necesario que me sometiera a las pruebas oportunas. Éstas dieron la razón a lo que ella se temía: existían indicios suficientes como para saber que mi hijo nacería con el “Síndrome de Down”. La ginecóloga me ofreció dos posibilidades: abortar o afrontar el embarazo y me prestó ayuda desinteresada fuera cual fuera la decisión que adoptase. De todo eso y durante el tiempo que transcurrió, tres meses, mi esposo estuvo ignorante.

Eneida, conforme iba contando a Julia todo el proceso de su embarazo y consecuentemente la problemática del mismo, notaba que un nudo le ahogaba la garganta. Sorbió un poco de agua de limón y continuó relatando su secreto:

--Está claro que mi decisión, como ya sabes, ha sido la

de dar a luz a mi hijo asumiendo mi embarazo y cuando la adopté me separé de mi marido.

--¿Pero, no le querías?.

--No sólo le quería, sino que le querré siempre. Es el único hombre que ha habido en mi vida y por eso, por cómo le amo, le oculté mi embarazo. Él, estaba enamorado de otra persona, según me confesó y yo, no podía ser tan egoísta y cruel como para impedir que él no pudiera rehacer su vida. Comunicándole su paternidad le habría condenado a estar a mi lado y al fin y al cabo, yo era la que tenía que ser la responsable de mi decisión, fuera la que fuese.

--Y haber abortado, no hubiera sido una solución,...

--Nunca he tenido nada que me perteneciera plenamente. El hombre al que amo había dejado de quererme y tener un hijo y de él, era algo que la naturaleza me regalaba cuando ya no contaba con esa posibilidad. Abortar hubiera sido para mí peor cruz que traer al mundo a un ser que, para la sociedad competitiva en la que vivimos, poco va a representar; pero ese ser es mi hijo y yo, seré su Universo. -en esta ocasión fue Julia la que no pudo reprimir más su emoción oyendo las palabras de Eneida-

--¿Comprendes ahora?.

--¡Ahora comprendo y te admiro! Admiro esa capaci-

dad de amar que tienes. Yo, por desgracia, también me encuentro sola en la vida y además sin la posibilidad de traer al mundo a un ser.

--Yo también te tengo, además de cariño, admiración. Admiro esa fuerza que has tenido, ese arrojo y esa capacidad para hacerle frente al mundo y defender tu derecho a ser lo que la naturaleza te había negado ser: mujer.

-- Oye, necesito algo de alcohol.

--¿Quieres ginebra? Con el agua de limón está estupenda.

--¡Vale, pero no te levantes, yo la traigo!.

-- ¡Está en el aparador!.

Julia se echó un buen chorro de ginebra en el vaso de agua de limón que le quedaba por apurar.

-- Quiero hacer testamento.

--¡Tiempo tendrás!.

-- No, debo hacerlo antes de que nazca mi hijo. Quiero designar a un tutor por si me pasara algo.

-- ¿Pero, no va a tener padre la criatura?.

-- Pues no. Va a ser hijo de padre desconocido.

--Pero eso no es cierto: estás casada y el hijo es suyo.

--Para cuando nazca mi hijo estaré en trámite de separación y no creo que vuelva a ver más a mi esposo. Me irá a vivir a otra ciudad y no sabrá nada más de mí.

--¡Ay, no sigas, que tengo el corazón en un puño! Me parece todo tan duro, tan cruel. ¿No te estarás equivocando?... ¿No sería mejor que se lo dijeras a él, por lo menos para que la criatura no se quedara desamparada si, desgraciadamente, te pasara algo a ti?.

--¡No, eso de ninguna forma! Te he dicho que le quiero demasiado para cargarle con esa responsabilidad. Yo soy la que he asumido que nazca mi hijo y yo, soy la que debo correr el riesgo. De todas formas no quiero pensar en lo peor. Espero tener salud suficiente para dejar bien protegido a mi hijo, antes de que me haga mayor.

--¿Por qué tiene que ser todo tan complicado para algunas personas y tan fácil para otras?

--Inteligente pregunta Julia, pero de difícil respuesta.

Eneida, con el pañuelo que anudaba su cuello secó las lágrimas que habían fluido en sus ojos durante la conversación y Julia depositó su mano en el vientre de Eneida al propio tiempo que la besaba en la frente.

Sí, es que su pareja es gay.

Eneida terminaba de darse una refrescante ducha. Después, hidrató su cuerpo y por último su rostro. Se observó en el espejo del baño y se dio el visto bueno. Acudió a la nevera y sacó la tarta que había preparado durante la mañana. Fue andando pausadamente por las típicas calles del pueblo y saludando, de vez en cuando, a los habitantes del mismo con los que había tomado cierta confianza.

El mes de Septiembre estaba terminando, pero el calor no había remitido a pesar de que habían tenido una semana lluviosa. No le apetecía en exceso conocer al amigo de Julia, tener que forzar una conversación poco amena, aunque en tal caso, fingiría, pediría disculpas por tener que marchar al encontrarse indispuesta como consecuencia de su embarazo.

Cuando entró en casa de Julia, Eneida respiró a limpio, a fresco. Julia, que estaba en la cocina, salió a su encuentro.

--¿Qué traes ahí?.

--He p r e p a r a d o una tarta de ésas que tanto te gustan. ¿Dónde está la visita?.

--¿Héctor? Está terminando de ducharse; pero no ha venido solo. Ha venido con su amigo. Lo que pasa es que está indispuerto, parece ser que le ha sentado mal la comida; no sé si habrá sido un corte de digestión, así que nos han dado en la Farmacia unas pastillas y le han aconsejado que no deje de tomar agua azucarada con limón y algún yogur. Mira esto es lo que he preparado para el picoteo: una ensalada de pimientos y cebollas asados con anchoas, una tortilla de calabacines y unos montaditos de salchichas y morcillas. ¿Te sirvo algo de beber?.

-- No, yo misma lo cojo.

-- Las de sin alcohol están arriba, en el congelador.

--¿Te ayudo en algo?.

-- No, siéntate ahí en el patio, que está fresquito. Ahora cuando baje Héctor sacaré la comida, porque con la parra puede caer algo en los platos. Voy a poner un poco de música. Oye, antes de que se me olvide: no se te ocurra enamorarte de él, tiene pareja estable.

--¿Enamorarme yo, con lo que tengo encima? ¡No me hagas reír!

--Te lo digo, porque yo, cada vez que le veo me pongo como una moto. -Pensar que cuando le conocí estaba libre-. ¡Qué suerte que tienen algunos!.

-- ¿Algunos?.

-- Sí, es que su pareja es gay.

-- ¿Su pareja sólo?.

-- Sí, porque él es bisexual.

-- ¡Hola! ¿Qué tal? Soy Héctor.

-- Es Eneida, la amiga de la que tanto te he hablado.

-- ¡Encantada!.

Eneida no sólo estaba encantada, sino deslumbrada de ver al hombre que tenía delante. De cuarenta y pico, moreno de sol, canoso, de cuerpo fibroso, con unas manos grandes, varoniles, sensuales, como sus pies, que estaban casi desnudos con las sandalias de elegante diseño que calzaba. Una camisa de color oro viejo, de corto faldón y a medio abrochar, hacía que su cintura fuera perfectamente visible al más mínimo movimiento. Sus nalgas redondas, perfectas, eran cubiertas por un ancho pantalón de color café. Su aroma fresco. Su sonrisa amplia, sincera, pulcra. Eneida entendía perfectamente que Julia le hubiera advertido para que no se hiciera ilusiones con él.

--¡Julia estaba deseando que nos conociéramos!.

--¡Sí, es cierto! Me consta que te tiene mucho afecto.

--Julia es fantástica. Le tengo gran admiración y cariño y, a ti, no digamos el que te tiene: como a una hermana. Me lo ha confesado. ¿Julia, te hago falta?.

--¡No, no, en absoluto! Tú continúa hablando con Eneida. Voy a subirle este yogur a tu amigo, antes de cenar. Eneida, que no se te olvide lo que te advertí.

Julia salió riéndose hacia la habitación superior, donde se hallaba Gustavo tumbado en la cama, desnudo, con una sábana ligera entre las piernas, el balcón abierto y la persiana echada.

--¿Cómo te encuentras?.

--¡Mejor, pero me sigue doliendo la cabeza y no he parado de ir al baño!.

--Eso es hasta que se te limpie el estómago. ¿A ver? Parece que ahora no tienes tanta fiebre. Estás sudoroso, pero es lógico, con el calor que hace,...

--Pues yo tengo como escalofríos. Me duele todo el cuerpo.

-- Tómate este yogur y bebe mucha agua. Si quieres algo, no tienes más que llamarme con esta campana. Estamos cenando en el patio.

--¡Vale, no preocuparos! Cenad tranquilos. ¿Ha venido la amiga que esperabas?.

--Sí y le ha caído muy bien a Héctor, por lo que he visto.

--¡Recuérdale que estoy aquí y que le quiero!.

-- Eso no hace falta que se lo recuerde, ya lo sabe él de sobra. Descansa. ¿Te molesta la música? La he puesto bajita.

-- No, en absoluto, al contrario, me relaja.

La cena transcurrió distendidamente. Se notaba que todos estaban encantados de poder hablar de los viajes que cada uno de ellos, a excepción de Julia, había realizado. Héctor puso mucho énfasis en el último que acaba de realizar con su amigo y a Eneida le fascinaba que le contara cosas sobre el lugar visitado: Estambul. Precisamente era la ciudad en la que ella y su esposo tenían previsto pasar sus vacaciones, antes de lo de la separación. Obviamente, ya no sería posible.

--¿Tienes frío? ¿Te traigo un chal?

-- No, no hace falta. ¿Qué hora es ya? ¡Las dos de la madrugada! Me voy a tener que marchar. Espero que nos veamos mañana. Si queréis podemos tomar unos aperitivos en casa.

--Por mí, estaría encantado. Si mi amigo se encuentra mejor, no tendremos inconveniente.

-- Está bien. Julia me marchó. Un beso. Nos vemos.

-- Te acompaño.

--¡No te molestes!.

--Héctor acompañaala, así podréis continuar charlando un rato más. Yo me quedo para que tu amigo no esté solo y de paso retiro todo esto.

Héctor y Eneida salieron paseando hacia la casa de ella. Mientras, Julia quitaba la mesa y recogía del banco de la cocina los platos y vasos usados, guardando en el frigorífico la tarta que había sobrado. En ese instante oyó que Gustavo se hallaba en el cuarto de baño. Subió para preguntarle si necesitaba algo de ella. Él, le contestó que no era necesario, que se encontraba mejor después de haber dormido con profundidad. Preguntó por Héctor y Julia le dijo que había ido a acompañar a su amiga; que no tardaría nada en llegar.

Eneida, en el portal de su casa ofreció tomar una copa a Héctor. Éste declinó la invitación considerando que era ya muy tarde para Eneida y, antes de despedirse, no pudo resistir la tentación de preguntarle:

--¿Sabes si es niño o niña?.

--Aún no lo sé con certeza.

--Yo no tendré hijos, pero de haberlos tenido le habría puesto el nombre de mi abuela de ser niña, y el de mi padre de haber sido varón.

--Pues yo he decidido que si es niña, y te lo digo en secreto porque mi amiga no lo sabe aún, se llamará como

ella: Julia.

-- ¿Y si es niño?.

-- Si fuera niño le pondría el nombre de su padre.

Se despidieron con un beso en las mejillas hasta el día siguiente. Héctor se alejó satisfecho de haber conocido a Eneida y ella quedó encantada por la caballerosidad y educación de él.

Estaba bien, pero decaído.

A la mañana siguiente, Gustavo se levantó casi restablecido pero sin apetencia de playa; deseaba regresar a su casa, a la ciudad donde tenía todas sus comodidades. Héctor lo comprendió y lo respetó. Sentados en el patio descubierto, bellamente emparrado, desayunaron los dos con Julia. Comentaron lo agradable de la noche anterior, pero apenas se habló de la problemática y personalidad de Eneida –al fin y al cabo, no era la única mujer divorciada y embarazada que existía en el mundo-. Lo único que hubiera podido alertar a Gustavo habría sido el nombre de la invitada, por lo de poco común, pero éste no fue nunca pronunciado. En consecuencia, Gustavo no sabría nunca que había estado tan cerca de la mujer que, de forma tan drástica, había desaparecido de su vida sin dejar más rastro que las cartas que, de vez en cuando, le continuaban llegando.

Cuando hubieron terminado de desayunar y antes de que apretara el calor y la circulación fuese más densa, Héctor y Gustavo se marcharon a la ciudad con la promesa de que volverían a encontrarse con Julia en un corto espacio de tiempo.

Julia llamó telefónicamente al móvil de Eneida para

comunicarle que los invitados se habían tenido que marchar, que no contara con ellos; pero que ella pasaría a recogerla para ir a comer una parrillada de mariscos en el restaurante de la playa.

Durante el trayecto, Gustavo estuvo más callado que de costumbre. Estaba bien, pero decaído. La verdad es que hacía unos días que se encontraba débil. Lo mejor, según la opinión de Héctor, iba a ser que se hiciera unos análisis de sangre. Gustavo se resistía, pero en el fondo, temía que eso fuera lo más aconsejable: él sabía, mejor que nadie, el por qué.

¿Me sigues queriendo?...

Eneida había quedado con Gustavo en que esa mañana, a las once, se vieran en la Notaría que le había recomendado Miguel, el Concejal de Cultura amigo de Julia. El motivo era regularizar su situación matrimonial. Cuando Eneida preguntó a la secretaria que había en la entrada del despacho, ésta le indicó que Gustavo la estaba esperando en la sala de visitas. Nerviosa, se dirigió hacia la habitación que le indicó la señorita y Gustavo se levantó rápidamente cuando la vio entrar. Ella mantuvo una postura distante y fría para que él no se acercara demasiado a su cuerpo y le saludó con un simple apretón de manos, evitando el abrazo que a ella tanto le hubiera apetecido poder darle. Para la ocasión, Eneida, con mucha cautela, se había puesto una faja que disimulara su incipiente barriga y un pantalón de punto cuya cintura era cubierta por un blusón vaporoso de moda ibicenca. Al ser primeriza y haber conseguido llevar la dieta recomendada, su aspecto no era el propio de una mujer que se hallaba embarazada de casi siete meses.

Gustavo, para la ocasión, se había puesto un vaquero con una elegante camisa rayada, de color azul, que le disimulaba su reciente y alarmante pérdida de peso.

-- Pueden pasar a la sala de firmas. Aquí tienen las escrituras y documentos privados que se han preparado. Cuando ustedes las hayan leído me lo comunican para que el Notario les atienda.

La secretaria les abrió la puerta de una espaciosa habitación decorada con una gran mesa ovalada rodeada de seis sillones de cuero color tabaco. En una de las paredes, una gran biblioteca llena de "Aranzadis" y, en otra, un óleo de "Tapiés" de gran tamaño, símbolo del poder económico del que gozaba el profesional que les iba a dar la fe pública que emanaba del Estado.

-- ¿Cómo estás?

-- Ya lo ves, he engordado un poco. La vida sedentaria ya se sabe. Tú, sin embargo, estás estupendo, quizás un poco más delgado. Tan rabiosamente guapo como siempre. ¿Cómo te va?

-- ¿Con mi pareja?.

-- En general.

-- No me puedo quejar. Me quiere, nos queremos, pero yo no te he olvidado. Te sigo queriendo a mi manera.

-- Y yo, a la mía.

-- ¿Era necesario todo esto?.

-- Sí, porque como ya te comuniqué en la última carta

debemos iniciar los trámites de separación. No creo que lo nuestro tenga ya arreglo. Pienso que si en estos instantes tuviéramos una convivencia, ésta no sería normal y que al final, terminaríamos por hacernos más daño. Es suficiente con el sufrimiento que nos encontramos en la vida. No sería inteligente provocarnos más, nosotros.

Veamos. Mi abogado me ha preparado toda la documentación que tenemos que firmar, privadamente y, además la que firmaremos ante el Notario: un poder a procuradores y letrado, la protocolización del Convenio, la capitulación matrimonial y un poder general recíproco, para que no dependa el uno del otro. ¡Toma! Aquí están los documentos. ¡Léelos!

-- No hace falta.

-- Está bien, te los leeré yo.

Eneida leyó a Gustavo el Convenio donde se indicaba que la separación era de común acuerdo, que de cuerpos lo estaban ya hacía más de diez meses, por incompatibilidad de caracteres; no se establecía pensión compensatoria ni alimenticia. -No había hijos, ni régimen de visitas que establecer-. En cuanto a los bienes, se remitían a la adjudicación que se llevaría a cabo mediante la escritura pública que, con igual fecha, iban a suscribir simultáneamente. Se daban entera libertad para establecer su domicilio en cualquier lugar de la Unión Europea

y, provisionalmente, señalaban para notificaciones y requerimientos la vivienda que había sido domicilio conyugal para él y, para ella, el bufete de su Abogado, que no había asistido a la firma por no considerarlo oportuno Eneida. Los pactos de la separación de bienes: normales. La adjudicación de la vivienda, de cuya hipoteca se había amortizado una ridícula cantidad de principal, lo era a favor de él junto con el mobiliario, enseres y ajuar doméstico y a ella, se le adjudicaba el coche y el dinero que existía en el Banco siete meses atrás.

Gustavo sabía que Eneida no quería aprovecharse de él así como que a ésta le constaba lo mismo respecto a los intereses de ella. El poder general era recíproco según lo pactado en el Convenio.

Cuando hubieron terminado de firmar los documentos públicos y privados previstos, con la autenticación de las fotocopias de sus respectivos documentos nacionales de identidad, se despidieron del Notario al que le facilitaron los datos del Abogado que retiraría las copias y abonaría la minuta correspondiente.

-- ¿Quieres que comamos juntos?.

-- No, te lo agradezco. Aún tengo que hacer unas cuantas gestiones.

-- ¿Me sigues queriendo?.

-- Siempre Gustavo, recuérdalo: te querré siempre, aunque no nos volvamos a ver nunca más.

--¿Por qué me has hecho firmar que estamos separados de cuerpos desde hace ya diez meses, es decir, que no hemos mantenido relaciones desde ese tiempo, si sabes que no es así?

--¡Ah, lo del documento! No sé. ¿Qué cuánto tiempo hace? ¿Lo recuerdas?...

--Eneida, va a hacer siete meses el día de tu cumpleaños.

--¡Qué maravillosa memoria la tuya! Haces que me sienta halagada. Para una mujer es admirable que el hombre al que ama no olvide su última noche de apasionada entrega.

--¿Te estás riendo de mí?.

--No. Perdona. Me estaba riendo, pero lo era de mí. Es cierto, ahora que lo recuerdo fue un maravilloso regalo de cumpleaños. Entonces está claro que ha debido ser un error de la mecanógrafa, no creo que tenga mayor importancia, aunque pensándolo bien puede haberlo creído conveniente el abogado para que no tengas que asumir el reconocimiento de tu paternidad, pase lo que pase.

--¿Y qué es lo que puede pasar,... que te quedes embarazada de,...un hombre?

-- No querido, de un hombre no, de otro hombre.

Julia devolvió el halago a Gustavo, haciéndole ver que, a pesar de haber sido abandonada por el amor que él sentía hacia otro hombre, para ella, no dejaría de ser el mismo del que había y seguía estando enamorada.

Julia, que voy a dar a luz, no a la guerra.

Eneida tenía la orden de ingreso en el Hospital para esa misma tarde. Julia ya había preparado a su clientela para que asumieran que estaría una semana de vacaciones, sin haber dado explicaciones del por qué había elegido ese mes de Noviembre para ello. La peluquería seguiría abierta con la nueva empleada cuyos servicios había tenido que contratar, como consecuencia del éxito de público que estaba teniendo el negocio.

--¡Mira, yo ya estoy aquí! No podía esperar más. Así que cuando hayas terminado de tus cosas nos marchamos.

--Pues yo ya estoy lista. ¿Qué llevas ahí?.

-- ¿Esto? Esto es un muerto y eso que no quería llevarme nada; pero claro, no puedo estar con la misma ropa todos los días y, como sabes, me gusta ir combinada y me llevo dos pares de zapatos, dos faldas, dos blusas, unas zapatillas, la bata, mis cremas y mis santos.

--¿Santos?.

--A mis santos me los llevo para que te ayuden y para que salga todo bien.

--Julia, que voy a dar a luz, no a la guerra.

--¡Mira, nunca se sabe! Yo sé que va a salir todo bien; pero si nos ayudan, pues mejor que mejor. ¿Has cortado la llave de paso? Desconecta también el interruptor de la luz. ¡Oye, por cierto, el gas! Cierra la bombona.

--Julia, no te pongas nerviosa, que la que va a dar a luz soy yo y ya me ves.

--Sí, ya te veo, más tranquila que un ocho. Trae, yo llevaré tu bolsa, no cargues peso. Vamos bajando, que el taxi estará a punto de llegar.

--¿El taxi?.

--¡Claro hija! Como comprenderás no iba a permitir que en el estado en el que te encuentras, fuéramos dando tumbos en el tren o en el autobús. El dinero y lo que tú ya sabes, son para las ocasiones: así que no te preocupes, que para eso me lo gano trabajando yo, para gastármelo con lo que me apetezca. ¡Venga!.

Sonó el claxon de un automóvil. Julia miró a la calle por la ventana que había en el zaguán de la escalera y comprobó que se trataba del coche de su amigo el taxista, con el que, previamente, había quedado de acuerdo en que las recogiera a las seis de la tarde para llevarlas a la ciudad.

Julia bajó las escaleras cargada con la bolsa que había cogido a Eneida y con la suya, que parecía el macuto de

un soldado, por lo voluminoso. Eneida, antes de cerrar con llave la puerta de su casa, observó el espacio del salón con la conciencia de que pronto se llenaría el vacío con la presencia de un nuevo ser: su hija.

El trayecto se desarrolló con normalidad y Eneida, en silencio, continuaba teniendo las normales molestias. Sobre las siete de la tarde llegaron al Hospital. En recepción, Eneida dio sus datos y le indicaron el número de la habitación que le habían asignado. Tenía dos camas, aunque la única paciente que iba a dormir era ella si no se producía ningún ingreso urgente. Así lo había provocado la ginecóloga que había seguido el proceso de todo su embarazo. Hasta bien avanzada la noche, Eneida y Julia estuvieron viendo la televisión y charlando sobre las anécdotas que provocaban las clientas que Julia atendía en la peluquería. De madrugada, Eneida se puso de parto y la bajaron al paritorio. Julia estaba nerviosa y tranquila a la vez: nerviosa, por la emoción de ver la cara de la criatura que iba a nacer y tranquila, porque era consciente de que el equipo médico controlaba perfectamente la situación. Al final, tuvieron que hacerle la cesárea para evitar que la criatura y la madre corrieran riesgos innecesarios. Por fin, a las siete de la mañana del día siguiente al de su ingreso, Eneida había dado a luz a una preciosa niña, de ojos negros y pelo rizado, que pesaba dos kilos y ochocientos gramos y a la que aún no se le notaban los signos externos de la enfermedad con la

que había nacido.

Llevaron a la madre a la habitación y a las dos horas y, por unos instantes tan sólo, le subieron a la niña para que empezara a darle pecho. Después, sería llevada de nuevo a la incubadora para mantenerla en observación.

Julia se había emocionado por la ternura que le provocaba ver a Eneida amamantando a su hija. Su instinto femenino sentía cierta frustración por no poder gozar de esa maravillosa experiencia, -era evidente que sus pechos siliconados podían dar placer, pero nunca recibir el de amamantar a un hijo-.

No. Es irreversible.

--¿Quieres que llame a alguien?.

-- ¡No, por favor!.

--Te molestaría si llamara a Héctor.

-- Prefiero que no. Si lo haces le vas a obligar a que venga a visitarme y a mí no me apetece mucho que me vea en este estado.

--¡Pero, si estás muy guapa!.

--¡Siéntate, anda! ¡Aquí, cerca de mí, en la cama! Te voy a contar algo que debes saber. Mi hija va a ser dada de alta en el Registro civil como hija nacida fuera del matrimonio, es decir, no matrimonial. Mi esposo y yo reconocimos documentalmente estar viviendo separados de cuerpos, tres meses antes de mi embarazo, me lo firmó cuando estaba de siete meses y creyó que fue un error mecanográfico. No voy a tener problemas en inscribirla como hija de padre desconocido, aunque es posible que el Juez exija que dos testigos ratifiquen que estábamos viviendo en distintos domicilios en esa fecha. Mi ginecóloga y el Abogado que me recomendó tu amigo Miguel, están dispuestos a serlo, si hiciera falta. Aprovechando que estamos aquí, podrías acercarte a su

despacho y comunicarle el nacimiento de la niña para que inicie los trámites legales oportunos. Él tiene todos los documentos necesarios. Así, cuando me den el alta la tendremos inscrita. Si no te importa quiero ponerle el nombre de una persona a quien debo mucho. Mi hija se llamará Julia.

--¿Julia? .

--¡Sí, Julia!.

--¡No me lo digas, no me lo digas, que no me lo puedo creer! ¿Julia, como yo?.

-- ¡Sí, como tú y gracias a ti!.

Se abrazaron emocionadas por el cariño que recíprocamente se tenían. Se sabían solas, pero con un objetivo concreto: criar a la criatura más tierna del mundo, a Julia.

--Y tengo otra cosa muy importante que decirte, pero no quiero que te alarmes.

--¡Me estás asustando! ¿Qué es,...? ¡Dime!.

--Como ya sabes, Julia no podrá ser una niña normal. Ahora su anomalía pasará desapercibida; pero conforme vaya creciendo, sus problemas se irán agravando. Los médicos dicen que sus extremidades responden, así como su espina dorsal y el resto de sus órganos internos; pero que, a la larga, tendrá complicaciones.

--¿Enferma? ¡Pero si no puede ser! Si es preciosa.

--Sí, está enferma. Yo la he tenido bajo mi responsabilidad, a sabiendas de lo que podía suceder. No me arrepiento. Lucharé por ella el tiempo que Dios tenga dispuesto.

--O sea, que lo que tiene ¿no se puede curar?.

--No. Es irreversible.

--Si tú que eres su madre, has querido que ella viniera al mundo, ¿quién te puede reprochar nada?. Has hecho lo que has creído conveniente.

--¿Entiendes ahora por qué no deseaba que su padre supiera nada? Quería que fuera una decisión sólo mía y que no condicionara la vida de mi esposo.

--Ahora lo voy entendiendo todo y ¿sabes que te digo?: que ojalá alguien en mi vida llegara a quererme la mitad de lo que tú quieres a tu marido. Y en cuanto a Julia, qué te voy a decir que tú no sepas. Tendrá toda mi ayuda. Así que no estáis solas, aquí estoy yo. Intentaremos luchar con uñas y dientes, para que no le falte de nada.

--¡Hola, venimos a limpiar la habitación! ¿Puede salir al pasillo, entretanto?.

--Julia, aprovecha y bájate a tomar algo, yo estoy bien. No te preocupes en subir demasiado pronto, date una

vuelta por los jardines, hace un día espléndido. Airéate un poco, que desde ayer, no has salido de esta habitación. Coge dinero de mi monedero y compra unas revistas del corazón; por lo menos, nos distraeremos con las historias de los “famosos”.

--¡Sí, porque las nuestras, son más bien para llorar!.

Julia entró en el ascensor y bajó a la planta en donde se hallaba instalada la cafetería del Hospital. Cuando hubo llegado cogió una bandeja, pidió un café y tomó asiento en uno de los lugares que estaban libres. Salió al exterior del Hospital con el fin de fumar un cigarrillo. Al percatarse de que no llevaba se dio la vuelta y a sus espaldas y en uno de los bancos que se hallaban instalados en la calle, descubrió a un hombre con bata blanca que estaba fumando. Sin pensárselo dos veces, le pidió un cigarrillo y quedó estupefacta cuando comprobó que se trataba de un muchacho con el que había tenido varios escarceos amorosos en el pueblo, años atrás, durante un período vacacional.

--¿No me reconoces?.

--Tu cara me suena, pero no caigo.

--¿No caes? ¿Estás sola?.

-- Sí.

--Siéntate aquí. Soy Luís, el estudiante de medicina.

Nos conocimos en una discoteca hace tres veranos. ¿No te acuerdas? ¿Tan malo fui?

--Si hubieras sido malo, seguramente te recordaría más; porque lo bueno parece ser que se nos olvida más pronto en la vida. ¡Claro que te he reconocido, lo que ocurre es que no quería incordiarte, hasta ver cómo reaccionabas tú!

--¿Tienes a alguien ingresado?.

--Sí, se trata de una amiga que ha dado a luz. Pero está bien, gracias a Dios.

--Pues yo estoy de guardia en Traumatología. Si necesitaras algo. ¿Sabes que me he acordado muchas veces de ti?.

--Todos sois iguales.

--A veces he estado tentado en ir al pueblo a pasar un fin de semana, pero...

--pero como te has casado,...

--¿Lo dices por el anillo? Pues te has equivocado. Estoy saliendo con una chica; pero aún no me he casado. El anillo lo llevo para despistar a las pacientes y dar más seriedad, algunas se ponen pesadas.

--¡No me extraña, porque sigues estando de película!

--Pues tú, estás como para jugar a médicos, como cuando se es pequeño.

--¿Lo dices de verdad?.

--¿Tú qué crees? Puedes comprobarlo. Tengo acceso a una consulta donde nadie nos molestaría.

--¿Me estás proponiendo hacer el amor?.

--Te estoy proponiendo follar. Sería uno de mis mayores placeres.

--Pero ¿te has vuelto loco?.

--Te hablo en serio. No hay peligro y me encantaría volver a estar contigo.

--Pues siento no poder complacerte en esta ocasión. Acaba de nacer una criatura sobre la que voy a volcarme en cuerpo y alma y, para empezar, lo primero que tengo que hacer es mantener mi dignidad y mucho me temo, que de no hacer caso omiso a tus propósitos, ésta quedaría mancillada. Lo siento. He madurado mucho y aunque no te lo creas, ahora sólo me entregaría por interés o por amor, y está claro que en estos momentos no provocas en mí ninguna de las dos cosas. ¿Me das fuego, querido?...

¡Que te quiero más que nunca!

Gustavo había recogido los análisis que se había efectuado en una clínica particular al objeto de saber si era portador del virus del SIDA.

El resultado había sido negativo pese al temor de que fuera lo contrario. El mundo, ante la posibilidad de haber contraído la enfermedad, se le había venido encima. Poco importaba lo que hubiera podido ser y no era. El sexo incontrolado, según se reprochaba, le había vencido y, lo peor, era que lo había hecho cuando más emocionalmente equilibrado se hallaba. A la muerte no le tenía miedo, era la última consecuencia de la vida. El sufrimiento gratuito, sin esperanza de sobrevivir, le parecía un sacrificio inoperante y cruel.

Estambul había sido la ciudad donde podría haber contraído la enfermedad. La causa: una sesión en uno de los tantos baños turcos que poblaban la ciudad, a la que no había podido asistir Héctor por hallarse indispuerto. La persona que se lo podría haber contagiado no había representado nada importante en su existencia: simplemente fue el guía en esa jornada.

Gustavo había temido que su estado anímico fuera el resultado de esa grave enfermedad; tenía conocimientos

suficientes para haberlo temido, por la experiencia que había vivido a través de algún que otro amigo. Él ya sabía que Héctor había dado negativo en los análisis que se había hecho a través de su compañía de seguros, gracias a la prevención que ambos llevaban por las razones de liberalidad sexual que tanto defendían.

Cómo podría haber cambiado su vida en unos segundos y, lo peor era, que se notaba débil para tener que haber adoptado una decisión lo más rápidamente posible: ingresar, ponerse en manos de un equipo médico que empezara a suministrarle el tratamiento oportuno; lograr superar la enfermedad gracias a los avances médicos que se estaban obteniendo de forma continua y, haber tenido que sacar fuerzas de donde las tuviere para prolongar su vida. Héctor lo habría comprendido todo y aunque nada habría sido igual, por lo menos, habría podido seguir contando con su ayuda y amistad.

Cuando hubo terminado de elucubrar todo lo que de negativo le habría aportado el resultado contrario de la analítica obtenida, se dio cuenta que había estado andando sin rumbo fijo y que se hallaba, sin saber cómo, frente a la Catedral. No lo dudó. Como atraído por algo o alguien, entró en busca de esa paz que necesitaba. Se había terminado de officiar la misa. Quedaban unas cuantas personas rezagadas, la mayoría, mujeres de edad madura. El incienso inundaba con su aroma la gran estancia.

Él no tenía fe. La había perdido, o peor, se la habían hecho perder los curas que ya desde niño le habían demostrado que eran tan humanos como él mismo y con las mismas debilidades carnales de cualquier persona. Para muestra, el profesor de Religión al que, en más de una ocasión, había pillado masturbándose, sin duda alguna, a la salud de sus alumnos, entre los que se encontraba él.

No obstante, el olor a incienso, la ornamentación y parafernalia de los altares, sus santos y vírgenes, todo el simbolismo que representaba para él la Cruz, era algo que le transportaba a su niñez. Se dirigió a un oratorio frente a una imagen de Cristo Crucificado y no pudo reprimir el llanto. No sabía si tenía derecho a pedir algo, pero recordando su enseñanza católica, Dios era bondad, escuchaba a los afligidos y desahuciados y aunque no lo hiciera más que por puro egoísmo le agradeció a Él, que le hubiera evitado el sufrimiento de la enfermedad y sus posibles consecuencias. Se lo agradecía a pesar de reconocer que, por su homosexualidad, nunca se hubiera atrevido de no hallarse en esos instantes tan necesitado de desahogo – era un pecador para los ojos de la Iglesia, pero ella en aquellos momentos no ejercía influencia alguna sobre él-.

Sonó el móvil que no había tenido la precaución de desconectar y atendió la llamada. Se trataba de Héctor.

--¡Hola! ¿Te falta mucho?.

--No, ya he terminado.

--¿Vienes al despacho o te recojo?.

--Prefiero que me recojas.

--¡Está bien! ¿Adónde me esperas?.

--Estoy en la Catedral. Te espero en la puerta.

--Pero en la principal está prohibido el acceso de automóviles.

--Es verdad, tienes razón. Entonces te espero en la puerta de entrada a la Sacristía, enfrente del Cuartel de la Guardia Civil.

--Conforme, en diez minutos estoy ahí. ¿Has recogido los análisis?.

--¡Si, ya los tengo! ¡Han sido negativos!.

--¿Lo ves tonto? Estaba seguro.

--¡Ya!.

--Te noto raro.

--Me estoy constipando.

--No me extraña, si no tomaras el agua con tanto hielo,... Un beso.

--Otro.

--¡Oye, oye, no cuelgues! ¿Quieres que te diga lo que siento?.

--¡Dime!.

--¡Que te quiero, más que nunca!.

--Héctor, eres lo más maravilloso que me ha dado la vida, tanto,...que no podría soportar que nos tuviéramos que separar. Gracias.

--Pero, ¿por qué lloras? Tenemos todo un futuro por delante y esto son cosas que no debes siquiera llegar a plantearte. Yo siempre estaré contigo, pase lo que pase. No lo olvides.

Héctor salió del aparcamiento con su coche en busca de Gustavo, quien, a pesar de su extremada delgadez, continuaba siendo el hombre bello del que Héctor seguía estando enamorado irremediabilmente. Nunca se había sentido tan seguro de sus sentimientos hacia una persona, como lo había llegado a estar con respecto a Gustavo y, como prueba de esa seguridad, Héctor estaba dispuesto a asumir su homosexualidad frente a sus amigos de profesión invitándoles a una cena que estaba organizando en su casa y en la que Gustavo sería presentado como “especial” invitado. Ésa sería la excusa para que ya no tuvieran que especular más con la reciente y profunda relación existente entre ambos. Lo entenderían a la perfección sin tener que dar mayores explicaciones.

Posiblemente habría alguien que no admitiera la inclinación sexual de Héctor y le diera de lado; pero dicha circunstancia o consecuencia sería positiva, dado que, el que la respetara, sería digno de ser considerado como un grato amigo.

El tráfico a esa hora era denso y Héctor tardó en llegar al lugar previsto. En la puerta de entrada a la Sacristía se hallaba esperando Gustavo. Héctor tocó el claxon del coche para que se acercara a él. Delante, se hallaba un furgón de la Guardia civil que pretendía salir del aparcamiento del cuartel cuya entrada estaba siendo obstruida por un automóvil de color blanco, que había sido indebidamente aparcado en doble fila segundos antes.

Gustavo se dirigió al automóvil de Héctor bajo su atenta y amorosa mirada. Antes de que llegara, Héctor, aprovechando que el coche se hallaba estacionado en espera de que se resolviera el conflicto de tráfico que se había producido, salió del vehículo para quitarse la chaqueta y así seguir conduciendo con más comodidad. Antes de que lo pudiera hacer y echando un beso al aire a Gustavo, que se acercaba, sonó una estruendosa explosión cuya onda expansiva provocó, no sólo el incendio del coche blanco, de donde partió el estallido, sino del furgón de la Guardia civil que se hallaba delante del automóvil de Héctor. Una masacre de imprevisibles consecuencias fue el resultado de otro nuevo atentado.

¿Qué te pasa? ¡Estás pálida!

La radio y la televisión daban a conocer que ETA reivindicaba la autoría del atentado en el que habían fallecidos dos de los seis guardias que se hallaban en el furgón y tres civiles más; el resto, unas seis personas, se hallaban en estado grave.

Julia acababa de llegar de la peluquería. Colocó en una bandeja los cubiertos, un plato con jamón cocido, una servilleta y un cuenco con una abundante ensalada. Para beber, una copa de agua mineral sin gas.

Sentada en el sofá, encendió con los mandos el televisor. Estaban dando las noticias, cambió de canales hasta que dio con uno en el que hacían un concurso que consistía en acertar el título de las canciones, a cambio de unos puntos que llevarían al ganador a un lugar paradisíaco. Al poco rato, el programa fue interrumpido para dar las últimas noticias respecto al atentado que se había perpetrado esa misma mañana por ETA. El locutor, por último, dio el nombre de los civiles que habían sido víctimas entre los cuales se encontraba un tal Héctor Albear Rico. Julia se sobresaltó. Aquel nombre le sonaba, aunque no tenía seguridad en cuanto al segundo apellido.

Marcó el número de teléfono que tenía grabado en su

móvil y no obtuvo respuesta alguna. Antes de que pudiera volver a insistir, respondió a la llamada que le hacía Miguel.

--¡Hola cariño! ¿Estás sola?.

-- Sí, puedes venir. He terminado de comer.

--Yo también. Voy a tomar café contigo. Prepárate.

Julia se apresuró a retirar la bandeja, lavarse los dientes y darse una ducha rápida. Durante la misma, siguió pensando en las noticias que había escuchado en la tele temiendo que se pudiera tratar de la misma persona a la que tanto cariño había tomado. Volvería a insistir en la llamada en cuanto se marchara la visita que estaba esperando. Cuando sonó el timbre de su puerta, Julia ya había terminado de ducharse y con una toalla de baño que cubría su desnudo cuerpo, salió a recibir a Miguel. Cuando éste hubo entrado, se lanzó al cuello de Julia besándolo con pasión y quitándole la toalla que cubría su cuerpo comenzó a morder con suavidad los pezones de los pechos de Julia. Casi sin respirar, sus cuerpos se dirigieron al patio de la casa y sobre la mesa de mármol, Miguel extendió la toalla que segundos antes le había quitado a Julia, colocando el cuerpo de ella boca arriba y una vez ésta fue penetrada inició, simultáneamente, la masturbación del pene de Julia, que eyaculó al propio tiempo que él se corría, cuando así se lo demandó.

--¿Quieres café?

-- Sí, pero sin leche.

--¡Ya!.

--¡Cómo deseaba estar contigo! Desde el lunes que no he podido verte. ¡Esto no hay quién lo resista y encima mi mujer, dándome por culo!.

--¿Por culo? No sabía que también fuera transexual.

--¡No mujer, lo digo en sentido figurado!.

--¿Como me lo has hecho a mí?.

--No, a ti no te lo he hecho en sentido figurado. Como habrás comprobado, cada vez me pones más cachondo. Ninguna tía me ha puesto así en mi vida.

--Será porque con las que te has acostado no tenían sus “atributos” bien dispuestos. ¡Huy! ya son las cuatro Miguel. Tengo que abrir la peluquería. He quedado con una clienta a primera hora de la tarde.

--Sí, me marcho ya. Te llamaré esta noche. ¿Qué haces?

--Estoy buscando una tarjeta. Quiero comprobar una cosa -Julia estaba rebuscando en un bolso de entre las tarjetas que en él acumulaba, hasta que encontró la que deseaba: la de Héctor Albear. Rico era su segundo apellido. Efectivamente se trataba de la misma persona cuyo

nombre había oído en la televisión-

--¿Qué te pasa? ¡Estás pálida!.

--¡Miguel, ha ocurrido una desgracia! Un amigo mío ha sido víctima del atentado provocado por ETA en la ciudad. ¿Podrías llevarme al Hospital? Me harías ese gran favor.

--Avisaré en casa. ¿Cuándo te recojo en la gasolinera?.

--Dentro de una hora. A las cinco.

-- De acuerdo. Cariño, no te preocupes, tranquilízate.

Debe ser alguien importante en tu vida para que estés como estás.

--Es una buena persona y me temo que le puedo hacer mucha falta. Los amigos estamos para eso; pero no te pongas celoso, no he mantenido relaciones con él, desde que te conozco.

Lloro por él.

Habían transcurrido dos meses desde aquel terrible atentado. Julia daba rienda suelta a toda su capacidad afectiva entregándose a la tarea humana de transmitir cariño a Héctor en aquellos momentos en que la vida, cruelmente, se ensañaba con él.

Héctor estaba vivo, pero sus dos piernas habían sido amputadas. Su estado de ánimo era demoledor. Aurora, su antigua criada y Julia, eran las dos únicas personas que habían asumido la responsabilidad de darle el apoyo humano que tanto necesitaba.

--Aurora, ya estoy aquí. ¿Qué tal ha pasado la tarde?.

--Intranquilo. Muy intranquilo. Le han tenido que poner una inyección. Ahora se ha quedado dormido. Yo, ya no sé qué hacer para que reaccione. Está mudo; como en otro mundo. Le hablo y apenas me contesta.

--Lo mismo le pasa conmigo. Los psiquiatras que le están atendiendo dicen que lo único que podemos hacer es lo que estamos haciendo: estar a su lado. ¡Dios quiera que todo esto pase pronto y despierte de nuevo a la vida!.

-- No sé si hubiera sido mejor,...

-- Ni yo ¿Tú cómo vas?

--¡Pues cómo voy a ir con un hijo drogadicto que no me deja ni a sol ni a sombra hasta que consigue lo que quiere!. A principios de esta semana estuvo veinticuatro horas en la cárcel por una redada que hubo en un barrio. Engancharon al más tonto, al que no había hecho nada más que ir a comprar unas pastillas. Así que con él, tengo siempre el alma en vilo y por lo que veo me queda aún mucho que pasar.

--Eso nunca se sabe, porque a veces, una se hace unas cuentas y luego son otras.

--Hoy has venido muy pronto.

--Sí, es que este sábado, como estaba lloviendo, ha habido menos trabajo; así que he aprovechado para que te puedas marchar antes. ¿Has traído paraguas?.

--No, no me lo he traído.

--Llévate el mío y toma, coge un taxi.

-- Julia, es mucho dinero.

--Hoy en día nunca se tiene bastante. De todas formas lo que te sobre lo empleas en lo que te parezca.

--Gracias Julia. Te lo agradezco y te lo cojo porque sabes cuánto lo necesito. Ahora, quiero que sepas que valoro el gesto con toda mi alma.

--¡Venga, no seas tonta y date prisa en marchar, no te coja la tormenta que se avecina!.

--Si quieres, mañana,...

--Mañana ni se te ocurra acercarte en todo el día, que para eso estoy yo aquí.

--Entonces vendré a las ocho de la tarde para que cojas el tren de las nueve.

--¡Vale!.

Se despidieron con un beso y Aurora salió apresuradamente del Hospital mientras Julia se metía en el baño de la habitación, en donde instantes antes habían estado hablando ambas. Cambió sus zapatos por unos cómodos zuecos, su gabardina por un gran pañuelo que cubrió sus espaldas, se recogió el pelo y se lavó las manos. Cuando hubo terminado, sin apenas hacer ruido, colocó el sillón en un ángulo de la habitación desde donde podía divisar la cara de Héctor y el lluvioso paisaje del exterior. Tomó asiento. Julia analizó la realidad de Héctor. Su vida había sufrido un fuerte revés. Seguramente lo superaría todo, pero la amputación de sus piernas, estar condenado a una silla de ruedas era algo que hacía menos llevadera la muerte de su amigo. Allí estaba postrado dos meses. No hablaba con nadie. Todo eran monosílabos. Solía tener los ojos cerrados la mayor parte del día y, de vez en cuando, por el rostro resbalaban lágrimas de dolor e im-

potencia como las que en esos instantes volvían a fluir.

--¿Por qué lloras? ¿Te duele algo?.

-- No. Lloro por él Julia, por él. Le amaba. Le amo Julia y cada día que pasa es más dura su pérdida. Hubiera preferido mil veces que la bomba me hubiera destrozado a mí. Pero a él, era aún tan joven, podría haber rehecho su vida. Yo, ya no tengo ganas de vivir la que me queda.

--Lo comprendo. ¡Desahógate, llora, es bueno! Por fin has roto el silencio. Necesito que hables, que me hagas tu confidente. Sé lo mucho que estás pasando. Es horrible, pero no hay más remedio que continuar. Lo primero que tienes que hacer, es pensar qué habría pasado si se hubiera quedado,...

--¿Inválido, como yo?.

-- No quería decir eso, perdona.

--Julia, yo le amaba. Por primera y única vez había encontrado a la persona que compendia todas mis aspiraciones y no encuentro motivo alguno para seguir como estoy. Quiero que me hagas un favor: si me ocurriera algo, que me incineren y esparzas mis cenizas en el mar.

--Pero, ¿por qué me dices eso a mí?.

--Porque sé que eres la única persona que me quiere, que siempre has estado enamorada de mí, aunque nunca

te hayas atrevido a decírmelo y, porque te he nombrado mi heredera universal y ésa es mi voluntad.

--¡Gustavo!

--No digas nada. Lo sé todo. Sí, cómo me has querido en la distancia y cómo estás sufriendo por mí.

--¡Nunca me hubiera atrevido!...

--Lo sé. Y yo, de no haberse cruzado en mi camino Gustavo, no habría tenido inconveniente alguno en compartir mi vida contigo. Te he querido y te quiero; pero tú, que sabes mucho más que yo de eso, no ignoras que el cariño es un sentimiento distinto al del amor.

--¡Sí, tienes razón! Pero no sé lo que estará pasando por tu cabeza. Sólo te pido que no tires la toalla aún. Es pronto, puede haber una segunda oportunidad, yo estoy dispuesta a estar a tu lado el tiempo que tú dispongas.

--No Julia. Lo tengo todo previsto. He tenido horas suficientes como para saber qué es lo que debo hacer con mi vida. De momento, cuando me den el alta, quiero ingresar en una residencia, frente al mar; recuperarme allí, si es que puedo. Intentar darle tiempo al tiempo hasta tenerlo todo más claro y poder ver las cosas con frialdad para que la decisión que adopte sea la correcta. Pero no quiero que sufras ni que tú tengas que asumir más responsabilidades de las que ya tienes. Todo se arreglará.

Verás como todo tiene arreglo. ¿Por qué lloras tú, ahora?

--Porque temo adivinar lo que piensas y me hace daño.

Ella estrechó sobre su pecho la cabeza de Héctor saboreando de nuevo la decepción que sufre todo aquel que ama, sin posibilidad alguna de llegar a ser amado.

Tuvo miedo

Desde la silla de ruedas en la que se hallaba impávido, había contado con largas horas para analizar su vida en la que había habido un “antes” y un “después” desde que conoció a Gustavo. El presente, el ahora, ya no significaba nada sin él. Se querían, se amaban y eso era motivo suficiente para que se rebelara ante la muerte que se lo había arrebatado sin darle siquiera la oportunidad de poder luchar, cara a cara, contra ella.

Extraía del pasado los momentos en los que había sido feliz y aunque la intensidad de los mismos era inmensa, no vencían a los que con tanta negatividad estaba sobrellevando, -era la lógica consecuencia depresiva en la que se hundía irremediabilmente- .

Alguien, en un momento importante de su vida, le había declarado que los recuerdos eran una forma de morir en el presente y, no deseaba más de ese bálsamo que, tan sutilmente, envenenaba sus sentidos.

Sólo se reprochaba el no haber sido todo lo sincero que debiera con Gustavo. Los celos eran malos consejeros y él se sintió herido por ellos cuando descubrió aquella foto que Gustavo llevaba en su cartera. Se trataba de la misma persona a la que había conocido en casa de Julia. Se tra-

taba de Eneida. Debió haberle hecho saber a Gustavo que conocía el paradero de su esposa para que, por lo menos, hubiera tenido la oportunidad de decidir o no, verla. Tuvo miedo. Como mujer, Héctor era consciente de que ella no le vencería, se sabía lo suficientemente deseado y amado por Gustavo como para temer rivalidad entre ambos; pero Eneida llevaba algo en sus entrañas que él no le habría podido ofrecer jamás. Algo que Gustavo añoraba y cuya existencia Héctor le ocultó: un hijo.

Héctor no puso en duda que, a pesar de la separación matrimonial, ese hijo hubiera sido concebido mucho antes de que Gustavo y él hubieran empezado a mantener relaciones sexuales – recordaba la conversación mantenida con Eneida durante el verano, en la que le había comentado que se hallaba embarazada de casi siete meses -. A Héctor le constaba que esa niña, de la que tanto le había hablado Julia tras su nacimiento, era hija del amor que Eneida sentía por Gustavo y deseaba que la fortuna que iba a heredar de él Julia, fuera administrada por ésta, de forma y manera que no le faltara nada a la niña. Héctor se iría al otro mundo con la tranquilidad de haber podido evitar que Eneida descubriera que el hombre por el que se había roto su vínculo matrimonial, era el mismo que ella había conocido como amigo de Julia en una noche de nostálgica felicidad – para ello contó con que Julia, conocedora del secreto de Héctor, destruyera todas las fotos que ambos poseían en sus respectivos domici-

lios, a los que ésta accedió a espaldas de Eneida, con las llaves que de ambos inmuebles le habían sido entregadas a tal fin, por Héctor- .

Héctor ¿me oyes?...

Mayo, en su primera quincena, era tan desapacible como de costumbre. Las yemas de los rosales, despertando; las palmeras, iniciando sus panochas de dátíl dulzón; los naranjos, reventando de azahar picoteado por abejas. La vida cumplía su ciclo: era primavera -rebelión exultante de la floresta-.

Las empleadas encargadas de atender a los residentes, estaban terminando de recoger las bandejas en donde se había servido la merienda.

--¿Ha terminado ya?.

--Sí, muchas gracias.

--¿Qué tal se encuentra hoy?.

-- Hoy me encuentro sin hallarme.

--Siempre con esas frases tan poéticas, pero con tintes tan depresivos.

La joven recogió del césped una fotografía que se había caído del libro que estaba leyendo Héctor sobre la vida de Virginia Wolf.

-- ¡Qué guapo! ¿Es algún familiar?.

-- Algo más que eso.

--¡Una cosa así me haría falta a mí! Yo por un hombre con esta cara, estaría dispuesta a todo. Lo tendría encajado para que no me lo robaran, trabajaría para él. ¿Es de aquí? Si viene a verle que no se le olvide presentármelo. Nunca se sabe,... Perdona, pero he debido decir algo que le ha molestado ¿verdad? Perdona, hablo demasiado ¿Quiere que le suba al porche? Parece que está refrescando.

--No, muchas gracias, prefiero terminar de contemplar esta puesta de sol.

--Está bien, como quiera. Aquí detrás tiene la manta, por si le coge frío.

Héctor vio alejarse a aquella joven que, como la estación reinante, eclosionaba a la vida. Contempló la fotografía de Gustavo en la que aparecía sentado en una terraza de la playa con el mar Mediterráneo al fondo. Sus almendrados ojos azules, sus gruesos labios entreabiertos tras los cuales se percibía la blancura de sus alineados dientes, sus manos, sus brazos, sus hombros, su cuello, su cabeza, su negro y sedoso cabello, todo,...todo era algo hermoso que había pertenecido a Héctor y que ya jamás recuperaría. Estaba decidido. No quería continuar. Consciente de que se iba a liberar de la carga que le aplastaba, marcó en el móvil el número de Julia que le atendió de inmediato.

--¿Julia?

--¡Ay Héctor, te iba a llamar más tarde! ¿Cómo te encuentras hoy?. Recuerda que mañana voy a recogerte para que pases el fin de semana en casa, que me lo prometiste.

--Julia, gracias por todo tu cariño. Si, por una improbable opción, antes de morir, me dieran la posibilidad de que se cumpliera alguno de mis últimos deseos, ése, sería volver a tener frente a mí a Gustavo; pero como él me está esperando, pediría que te amaran tanto como yo le he amado a él. Perdona todo el dolor que pueda ocasionarte; pero por el amor que me tienes, tú comprenderás. Recuerda que la tragedia de los seres es la soledad. Lucha por no sentirte nunca sola en la vida, porque yo, si puedo, te ayudaré para que así sea. Te quiero Julia, no lo olvides nunca, pase lo que pase. Has sido en estos últimos meses de mi vida la materialización de la piedad: ¡Dios te bendiga!.

--¡Héctor! ¡Héctor! ¿Qué te ocurre?... ¡Dime! ¡Contesta! ¡Espera, voy rápidamente!.

--No hará falta Julia. Ya no va a hacer falta.

Héctor desconectó el móvil y lo dejó con lentitud a los pies de su silla de ruedas. Cogió la manta de viaje que se hallaba en el respaldo del asiento, se cubrió las espaldas con ella, colocó en su regazo la fotografía de Gustavo,

extrajo de uno de los bolsillos de su bata una cuchilla de afeitar y, con rapidez absoluta, sesgó las venas de sus dos muñecas.

Sin aspaviento alguno, dulcemente, observó cómo la sangre brotaba galopadamente como el agua de la presa a la que se le abren las compuertas para inundarlo todo. Sin poder evitar mancharla, introdujo la fotografía entre la camisa y su pecho y el inmenso crepúsculo se tiñó de rojo, anunciando días de viento huracanado.

Tres meses. Sólo tiene tres meses.

Eneida fue localizada a través de la Guardia civil del pueblo, por su abogado que, a su vez, había recibido la noticia del fallecimiento de Gustavo en el mismo atentado que había padecido Héctor. “Qué desgraciada coincidencia – se dijeron ambas amigas – pero a veces la vida jugaba esas malas pasadas”–reconocieron-.

Los acontecimientos se fueron desarrollando de forma cruelmente sosegada. Eneida sufrió por Gustavo. Le había amado y le seguiría amando. Sentía que en su alma, había quedado un espacio vacío por la ausencia de él. Era distinto saber que habitaba sobre su mismo cielo y que podría seguir corriendo el riesgo de demandar su presencia, a no poder contar con ella por la crueldad de la muerte.

Intentó, con la ayuda de Julia, paliar el dolor dando como positiva la rapidez de la muerte de Gustavo, si se hacía la odiosa comparación con la suerte que había corrido Héctor, antes de provocar la suya. Eneida ignoraba que cuando Julia hablaba de Héctor, lo estaba haciendo de la persona con la que Gustavo había compartido la última y más bella etapa de su vida.

Una mañana, Eneida comprobó que el estado de su

hija no era el usual: sus labios y sus uñas estaban de un alarmante color morado. Inmediatamente puso en conocimiento del Pediatra tal circunstancia y éste le recomendó el urgente ingreso.

-Una habitación gris, pequeña, repleta de sillas de tapicería roída; un póster pegado en la pared que reflejaba el cuerpo desnudo de un rollizo niño pidiendo silencio; en el techo, la luz de neón de frialdad cruel, en la pequeña mesa central, revistas de Medicina- . Julia observaba todo, impaciente, esperando a que le permitieran entrar en la habitación donde, dos horas antes, había sido ingresada Julia, que ya contaba con tres meses de edad.

--¿Es usted Julia?.

--¡Sí!.

--Puede pasar; pero por favor, llévelo todo con discreción; tenga en cuenta que hay gente por los pasillos. Las noticias no son agradables.

Julia sintió que su cuerpo se iba a desplomar. Como pudo, siguió a la enfermera que la acompañó hasta llegar a la habitación en donde se hallaba la niña.

Eneida, sentada en el sillón, tenía en sus brazos, tal cual una de las piedades de Miguel Ángel, a aquel pequeño cuerpo que acababa de perder la vida. Julia contuvo el llanto y se acercó a las dos, preguntando:

--¿Ha sufrido?

--¡Julia, cómo puedo saberlo! ¡Sólo sé, que nos ha abandonado!. No ha resistido su corazón y yo tengo que resistir. ¿Por qué Dios, por qué tan pronto?. No me has dado la oportunidad siquiera de que me pudiera llamar mamá. ¡Qué duro Julia!. ¡Qué solas nos hemos quedado!

--Todo lo que amábamos lo hemos perdido.

--¿Qué nos queda?.

--Nosotras, sólo quedamos nosotras.

--Disculpen. Si lo desean, los trámites están efectuados por si se quieren llevar a la niña. Ahora no hay mucha gente. Si la cubren con la toquilla, nadie se dará cuenta de lo ocurrido. Ahora, si lo prefieren podemos llamar a la Funeraria para que efectúe el traslado.

--¡No, prefiero, preferimos llevárnosla a casa! ¿Verdad Julia? ¡Ayúdame!.

Julia y Eneida, ésta con su hija en brazos y sus ojos ocultos por unas negras gafas, recorrieron todo el laberinto de pasillos hasta llegar al ascensor, que paró de vacío. Ambas se miraron, se compenetraron en el dolor. En la planta tercera subió un niño acompañado de su madre.

--¿Van hacia abajo?.

--¡Sí!.

--¿Qué llevas ahí tapado? ¡Enséñamelo!.

--¡Calla niño! No molestes a la señora.

--Llevo a mi niña.

--Yo tengo cuatro años ¿y ella?.

--Tres meses. Sólo tiene tres meses.

--¿Llora cuando le pinchan? Yo ya no lloro.

--¿Estás malito?.

--Sí, está siguiendo un tratamiento, por eso se le ha caído el pelo. Espero que al final dé buenos resultados.

--¡Ojalá, que así sea!.

--¡Adiós!.

Salieron del ascensor y confundidas entre las gentes, llegaron a la parada de taxis sin que nadie percibiera nada alarmante.

--Julia, ¿me haces un favor? Toma, aquí tienes el certificado del médico. Con él puedes arreglar todo lo de la Funeraria. Quiero que sea incinerada mañana y recoger sus cenizas por la tarde. Habla, si es necesario, con Miguel, tu amigo. No quiero que intervenga la Iglesia. Yo te espero en casa. Allí velaremos a nuestra Julia. Compra unas botellas de güisqui y lo que te parezca. ¡Ah! compra

también velas. Suficientes velas blancas para iluminar a Julia.

--Eneida ¿puedo decirte lo que pienso en estos momentos?: que tienes un par de ovarios. Haré todo lo que desees, todo menos una cosa.

--¿Cuál?.

--Dejarte sola. No Eneida, tú no me vas a fallar también. Alguien a quien quise y sigo queriendo, me advirtió que el mal de esta sociedad, del ser humano, es la soledad y quiero luchar para que ésta no me gane la partida como en anteriores ocasiones. Llamaré a Miguel para que haga todos los trámites, pero no te dejaré sola aunque me lo pidieras de rodillas. ¡Mira, Juan, mi amigo el taxista, él nos llevará a casa!.

--Juan, disimuladamente sal de la parada y recógenos a espaldas del edificio.

--De acuerdo Julia, tú mandas.

Ambas se dirigieron al lugar previsto y subieron al taxi de Juan que las estaba esperando. Julia le explicó a Juan todo lo que había ocurrido y él, comprendiendo la situación y por tratarse de quien se trataba, no dudó en ningún momento en dar por terminada su jornada de trabajo para así estar al lado de sus amigas en tan tristes circunstancias.

Llegaron a casa los tres con el cadáver de la niña. Eneida lo colocó sobre su cama y el desgarró en su corazón fue inevitable cuando contempló la cuna vacía.

Julia ya había llamado a Miguel que llegó de inmediato para ayudarlas en los trámites burocráticos del entierro.

Juan salió a efectuar las compras que le encargaron y le advirtieron de que no comunicara a nadie lo ocurrido. Eneida quería que no la perturbara la gente. Deseaba hacer lo que le apetecía: emborracharse junto con Julia y sus dos amigos, ahogar el dolor.

A las diez de la noche, el diminuto cuerpo de la niña se hallaba dentro de un pequeño cajón blanco que había traído la Funeraria con suma discreción. Miguel, por encargo de Julia, había comprado un gran ramo de rosas blancas que fueron deshojadas en la mesa donde se hallaba depositado el féretro. Alrededor de ella encendieron varias velas de distinta altura y grosor y recibieron al amanecer, cargados de alcohol, dolor y amistad, en la terraza del pequeño ático, frente a los incipientes rayos solares que pugnaban con las nubes para inundar de luz a aquella jornada de rotunda tristeza.

El corazón, no tiene sexo

--¿Volverás a la ciudad?.

--Julia, de eso quería hablarte ahora que ha pasado todo. Sabes que vine para alejarme de Gustavo, para recibir el nacimiento de Julia, sin extorsión alguna. Ahora, en corto espacio de tiempo, todo ha cambiado: mi hija ha muerto, Gustavo también. Dos de los seres a los que más he querido, me han abandonado, sólo me quedas tú Julia y no tengo fuerzas para alejarme de ti. Mi futuro es incierto, como el de la mayoría de las personas, dirás; pero en mi caso, sin ganas de esforzarme en replantérmelo a solas.

--Pues déjate llevar Eneida. Sabes que, gracias a la herencia de Héctor, mi economía ha mejorado, casi podría decirse que soy rica y, encima tengo esta peluquería, que no va mal. Tú estás sola; yo, no digamos; nos queremos de una forma especial y la vida nos ha dado la oportunidad de que nos conociéramos. ¿Por qué tenemos que echar por la borda todo lo que tenemos?... Mi mayor ilusión sería que trabajáramos juntas en la peluquería. Podríamos ampliar el negocio, instalar sauna, gimnasio, mil cosas, lo que se te ocurriera a ti. Tú te encargarías de la administración. Todo lo que poseo puedes considerar-

lo también tuyo y, para mayor garantía si quieres, como sigo siendo varón a efectos legales, podemos contraer matrimonio.

--¡Julia! ¿Has dicho contraer matrimonio?...

--¡No te rías de mí!

--¡No, no me río de ti! Lo que ocurre es que nunca en mi vida me habría podido imaginar que me fuera a pedir en matrimonio un transexual y, lo mejor de todo, que encima no me pareciera descabellada la idea de contraerlo. Lo mío debe de ser el morbo; primero con un gay y ahora,...

--Ahora ¿con quién? ¡No, no lo digas!

--Ahora, con un ser humano como la copa de un pino, que no es varón ni es hembra, ni falta que le hace, porque es lo suficientemente hermoso como para no tener necesidad ni de artículo ni de género; el corazón, no tiene sexo. Julia, no me parece descabellada la idea. Sabes que Gustavo, no sé por qué razón, a pesar de nuestra separación, hizo testamento y en él fui declarada heredera universal; que el piso de la ciudad me pertenece por entero. Por él nos darían una cantidad importante, gracias a la revalorización de la zona. Podría comprar el estudio en donde vivo y el dinero sobrante invertirlo en la ampliación del negocio que me has propuesto.

--¿Quiere decir todo ello, que te quedas?.

--¡Sí, me quedo Julia! Ya que la vida me ha vapuleado como lo ha hecho y yo, no voy a poder evitar mi destino, voy a trazar mi camino. Quiero tenerte cerca, necesito de tu apoyo, de tu cariño; no quiero volver a jugar a ser “autosuficiente”. Necesito querer y que me quieran, sentir que alguien me necesita tanto como yo a él.

--¿Entonces?...

--Sólo pongo una condición Julia.

--¿Cuál?.

-- Que no me pidas sexo.

-- ¡Qué dices! ¿Estás de broma?.

--¡Nunca se sabe!.

--Como no me convirtiera al lesbianismo. Eso sí que tendría gracia. ¿Cómo me llamarían entonces?.

--”El transexual lesbiano más divino del mundo”.

--Pues mira, me gusta; me gusta el nombre. Mucho más que el de: “El transexual de los cojones”.

--¿Quién te llama así?.

--¡El cura de este pueblo, que está como un tren!.

--Pues cuídate de él, que ya sabes que hay amores que empiezan con el odio y...

--Quieres decir que,...

--¡Julia! ¿Aún no nos hemos casado y, ya me estás poniendo los cuernos?...

--¡Perdona querida, ha sido un “lapsus”! ¿Se dice así?

Rieron, rieron como hacía tiempo que no lo habían hecho y, lo más importante era que lo estaban haciendo de ellas mismas - signo inequívoco de que algo empezaba a funcionar, tras la esperanza -.

Este libro terminó de imprimirse
en Elx (Alicante)
mayo XXIII

